

La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 754

MADRID, 16 JUNIO 1928

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



BIBLIOTECA
MADRID

DE
MADRID

España ha triunfado una vez más por el prestigio de sus artistas. En la Exposición Internacional de Venecia, donde, como es sabido, concurren cada dos años todas las naciones con una selección de obras representativas, la sección española está siendo una de las más elogiadas y visitadas. En uno de nuestros próximos números habrá de consagrarse á este acontecimiento la debida atención y comentario. Pero importa recoger pronto actualidad de tal modo grata para nuestro país, reproduciendo el bellissimo lienzo «Virginia», original de Fernando Labrada, que se ha distinguido en el magnífico conjunto, donde figuran, entre otros, los pintores Bacarissas, Sunyer, Zubiaurre, Morcillo, Verdugo Landi, Ortiz Echagüe, Hermoso, Meifren, los escultores Clará, Adsuara, Bonome, Vicent, Orduna, y los grabadores Espina, Castro Gil y Esteve Botey

EL MONUMENTO A DON JUAN VALERA

Un capítulo de «Pepita Jiménez»

El monumento á Valera tendrá la virtud de recordar á los olvidadizos la figura y la obra del excelso estilista y novelista ejemplar. Será, para los que aún ignoren su nombre eximio, una interrogación que los mueva á conocer el porqué de semejante exaltación merecidísima; en eso está el valor y la razón de ser de las estatuas. Pero ¿no sería mejor divulgar las obras?

La literatura tiene también sus «monumentos nacionales», que el Estado debería conservar codiciosamente, y ningún modo mejor que haciendo ediciones populares de ellos, bien pagadas para que no fuese sólo la gloria el premio de los grandes artistas, y muy copiosas para que estuviesen en manos de todos.

LA ESFERA gusta de ese modo de exaltación, y ante el monumento á D. Juan Valera, prefiere escuchar al autor. ¿Cuál preferir de sus obras? Valera, no obstante su copiosa y admirable labor, fué siempre el autor de «Pepita Jiménez». He aquí el capítulo culminante de esa obra:

LA visita empezó del modo más grave y ceremonioso. Los saludos de fórmula se pronunciaron maquinalmente de una y otra parte, y D. Luis, invitado á ello, tomó asiento en una butaca, sin dejar el sombrero ni el bastón, y á no corta distancia de Pepita. Pepita estaba sentada en el sofá. El velador se veía al lado de ella con libros y con la palmatoria, cuya luz iluminaba su rostro. Una lámpara ardía además sobre el bufete. Ambas luces, con todo, siendo grande el cuarto, como lo era, dejaban la mayor parte de él en la penumbra. Una gran ventana que daba á un jardincillo interior estaba abierta por el calor, y si bien sus hierros eran como la trama de un tejido de rosas, enredaderas y jazmines, todavía por entre la verdura y las flores se abrían camino los claros rayos de la luna, penetraban en la estancia y querían luchar con la luz de la lámpara y de la palmatoria. Penetraban además por la ventana-vergel el lejano y confuso rumor del jaleo de la casa de campo, que estaba al otro extremo, el murmullo monótono de una fuente que había en el jardincillo, y el aroma de los jazmines y de las rosas que tapizaban la ventana, mezclado con el de los don-pedros, albahacas y otras plantas que adornaban los arriates al pie de ella.

Hubo una larga pausa, un silencio tan difícil de sostener como de romper. Ninguno de los dos interlocutores se atrevía á hablar. Era, en verdad, la situación muy embarazosa. Tanto para ellos el expresarse entonces, como para nosotros el reproducir ahora lo que expresaron, es empresa ardua; pero no hay más remedio que acometerla. Dejemos que ellos mismos se expliquen, y copiemos al pie de la letra sus palabras.

•••••

—Al fin se dignó usted venir á despedirse de mí antes de su partida—dijo Pepita—. Yo había perdido ya la esperanza.

El papel que hacía D. Luis era de mucho empeño, y, por otra parte, los hombres, no ya novicios, sino hasta experimentados y curtidos en estos diálogos, suelen incurrir en tonterías al empezar. No se condene, pues, á D. Luis porque empezase contestando tonterías.

—Su queja de usted es injusta—dijo—. He estado aquí á despedirme de usted con mi padre, y como no tuvimos el gusto de que usted nos recibiese, dejamos tarjetas. Nos dijeron que estaba usted algo delicada de salud, y todos los días hemos enviado recado para saber de usted. Grande ha sido nuestra satisfacción al saber que estaba usted aliviada. Y ahora, ¿se encuentra usted mejor?

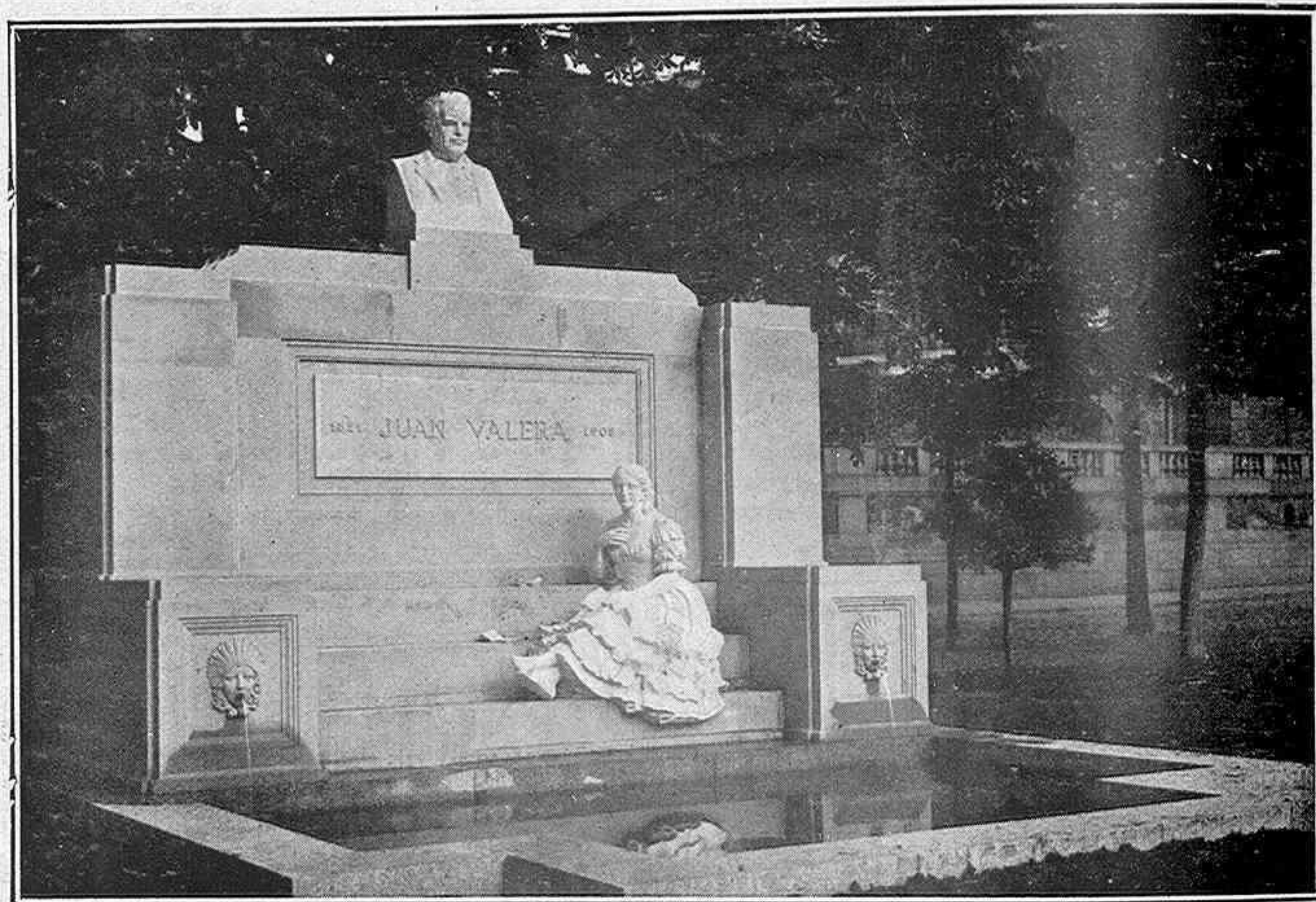
—Casi estoy por decir á usted que no me encuentro mejor—replicó Pepita—; pero como veo que viene usted de embajador de su padre, y no quiero afligir á un amigo tan excelente, justo será que diga á usted, y que usted repita á su padre, que siento bastante alivio. Singular es que haya venido usted solo. Mucho tendrá que hacer D. Pedro cuando no le ha acompañado.

—Mi padre no me ha acompañado, señora, porque no sabe que he venido á ver á usted. Yo he venido solo, porque mi despedida ha de ser solemne, grave, para siempre quizás, y la suya es de índole harto diversa. Mi padre volverá por aquí dentro de unas semanas; yo es posible que

no vuelva nunca, y si vuelvo, volveré muy otro del que soy ahora.

Pepita no pudo contenerse. El porvenir de felicidad con que había soñado se desvanecía como una sombra. Su resolución inquebrantable de vencer á toda costa á aquel hombre, único que había amado en la vida, único que se sentía capaz de amar, era una resolución inútil. D. Luis se iba. La juventud, la gracia, la belleza, el amor de Pepita no valían para nada. Estaba condenada, con veinte años de edad y tanta hermosura, á la viudez perpetua, á la soledad, á amar á quien no la amaba. Todo otro amor era imposible para ella. El carácter de Pepita, en quien los obstáculos recrudescían y avivaban más los anhelos; en quien una determinación, una vez tomada, lo arrollaba todo hasta verse cumplida, se mostró entonces con notable violencia y rompiendo to-

do sentimiento, y voy á discurrir con frialdad, como si se tratase del asunto que me fuese más extraño. Aquí hay hechos que se pueden comentar de dos modos. Con ambos comentarios queda usted mal. Expondré mi pensamiento. Si la mujer que con sus coqueterías, no por cierto muy desenvueltas, casi sin hablar á usted palabra, á los pocos días de verle y tratarle, ha conseguido provocar á usted, moverle á que la mire con miradas que auguraban amor profano, y hasta ha logrado que le dé usted una muestra de cariño, que es una falta, un pecado en cualquiera, y más en un sacerdote; si esta mujer es, como lo es en realidad, una lugareña ordinaria, sin instrucción, sin talento y sin elegancia, ¿qué no se debe temer de usted cuando trate y vea y visite en las grandes ciudades á otras mujeres mil veces más peligrosas? Usted se volverá loco cuan-



Monumento á D. Juan Valera, recientemente inaugurado en Madrid, obra del Sr. Coullaut Valera (Fot. Zárraga)

do freno. Era menester morir ó vencer en la demanda. Los respetos sociales, la inveterada costumbre de disimular y de velar los sentimientos, que se adquiere en el gran mundo, y que pone dique á los arrebatos de la pasión y envuelve en gasas y cendales y disuelve en perifrasis y frases ambiguas la más enérgica explosión de los mal reprimidos afectos, nada podían con Pepita, que tenía poco trato de gentes y que no conocía término medio; que no había sabido sino obedecer á ciegas á su madre y á su primer marido, y mandar después despóticamente á todos los demás seres humanos. Así es que Pepita habló en aquella ocasión y se mostró tal como era. Su alma, con cuanto había en ella de apasionado, tomó forma sensible en sus palabras, y sus palabras no sirvieron para envolver su pensar y su sentir, sino para darle cuerpo. No habló como hubiera hablado una dama de nuestros salones, con ciertas pleguerías y atenuaciones en la expresión, sino con la desnudez idílica con que Cloe hablaba á Dafnis, y con la humildad y el abandono completo con que se ofreció á Booz la nuera de Noemi.

Pepita dijo:

—¿Persiste usted, pues, en su propósito? ¿Está usted seguro de su vocación? ¿No teme usted ser un mal clérigo? Sr. D. Luis, voy á hacer un esfuerzo; voy á olvidar por un instante que soy una ruda muchacha; voy á prescindir de to-

do vea y trate á las grandes damas que habitan palacios, que huellan mullidas alfombras, que deslumbran con diamantes y perlas, que visten sedas y encajes y no percal y muselina, que desnudan la cándida y bien formada garganta y no la cubren con un plébeyo y modesto pañolito; que son más diestras en mirar y herir; que por el mismo boato, séquito y pompa de que se rodean son más deseables por ser en apariencia inasequibles; que disertan de política, de filosofía, de religión y de literatura; que cantan como canarios, y que están como envueltas en nubes de aroma, adoraciones y rendimientos, sobre un pedestal de triunfos y victorias, endiosadas por el prestigio de un nombre ilustre, encumbradas en áureos salones ó retiradas en voluptuosos gabinetes, donde entran sólo los felices de la tierra, tituladas acaso, y llamándose únicamente para los íntimos Pepita, Antoñita ó Angelita, y para los demás la Excm. Sra. Duquesa ó la Excm. Sra. Marquesa. Si usted ha cedido á una zafia aldeana, hallándose en vísperas de la ordenación, con todo el entusiasmo que debe suponerse, y si ha cedido impulsado por capricho fugaz, ¿no tengo razón en prever que va usted á ser un clérigo detestable, impuro, mundanal y funesto, y que cederá á cada paso? En esta suposición, créame usted, Sr. D. Luis, y no se me ofenda, ni siquiera vale usted para marido de una mujer honrada. Si usted ha estrechado las

manos con el ahinco y la ternura del más frenético amante; si usted ha mirado con miradas que prometían un cielo, una eternidad de amor, y si usted ha... besado á una mujer que nada le inspiraba sino algo que para mí no tiene nombre, vaya usted con Dios, y no se case usted con esa mujer. Si ella es buena, no le querrá á usted para marido, ni siquiera para amante; pero, por amor de Dios, no sea usted clérigo tampoco. La Iglesia ha menester de otros hombres más serios y más capaces de virtud para ministros del Altísimo. Por el contrario, si usted ha sentido una gran pasión por esa mujer de que hablamos, aunque ella sea poco digna, ¿por qué abandonarla y engañarla con tanta crueldad? Por indigna que sea, si es que ha inspirado esa gran pasión, ¿no cree usted que la compartirá y que será víctima de ella? Pues qué, cuando el amor es grande, elevado y violento, ¿deja nunca de imponerse? ¿No tiraniza y subyuga al objeto amado de un modo irresistible? Por los grados y quilates de su amor debe usted medir el de su amada. ¿Y cómo no temer por ella si usted la abandona? ¿Tiene ella la energía varonil, la constancia que infunde la sabiduría que los libros encierran, el aliciente de

por la lectura de los cantores bíblicos y de los poetas profanos, se fingía mujeres más elegantes, más graciosas, más discretas que las que por lo común se hallan en el mundo real. Yo conocía, pues, el precio del sacrificio que hacía y hasta le exageraba, cuando renuncié al amor de esas mujeres, pensando elevarme á la dignidad del sacerdocio. Harto conocía yo lo que puede y debe añadir de encanto á una mujer hermosa el vestirla de ricas telas y joyas esplendentes, y el circundarla de todos los primores de la más refinada cultura, y de todas las riquezas que crean la mano y el ingenio infatigables del hombre. Harto conocía yo también lo que acrecientan el natural despejo, lo que pulen, realzan y abrillantan la inteligencia de una mujer el trato de los hombres más notables por la ciencia, la lectura de buenos libros, el aspecto mismo de las florecientes ciudades con los monumentos y grandezas que contienen. Todo esto me lo figuraba yo con tal viveza y lo veía con tal hermosura, que no lo dude usted, si yo llegué á ver y á tratar á esas mujeres de que usted me habla, lejos de caer en la adoración y en la locura que usted predice, tal vez sea un desengaño lo que reciba, al ver

ahora, usted no me ama. Eso que ama usted es la esencia, el aroma, lo más puro de su alma, que ha tomado una forma parecida á la mía.

—No, Pepita; no se divierta usted en atormentarme. Esto que yo amo es usted, y usted tal cual es; pero es tan bello, tan limpio, tan delicado esto que yo amo, que no me explico que pase todo por los sentidos de un modo grosero y llegue así hasta mi mente. Supongo, pues, y creo, y tengo por cierto, que estaba antes en mí. Es como la idea de Dios, que estaba en mí, que ha venido á magnificarse y desenvolverse en mí, y que, sin embargo, tiene su objeto real, superior, infinitamente superior á la idea. Como creo que Dios existe, creo que existe usted y que vale usted mil veces más que la idea que de usted tengo formada.

—Aún me queda una duda. ¿No pudiera ser la mujer en general, y no yo singular y exclusivamente, quien ha despertado esa idea?

—No, Pepita; la magia, el hechizo de una mujer, bella de alma y de gentil presencia, habían, antes de ver á usted, penetrado en mi fantasía. No hay duquesa ni marquesa en Madrid, ni emperatriz en el mundo, ni reina ni princesa en todo el orbe, que valgan lo que valen las ideales y fantásticas criaturas con quienes yo he vivido, porque se aparecían en los alcázares y camarines, estupendos de lujo, buen gusto y exquisito ornato, que yo edificaba en mis espacios imaginarios, desde que llegué á la adolescencia, y que daba luego por morada á mis Lauras, Beatrices, Julietas, Margaritas y Eleonoras, ó á mis Cintias, Gliceras y Lesbias. Yo las coronaba en mi mente con diademas y mitras orientales, y las envolvía en mantos de púrpura y de oro, y las rodeaba de pompa regia, como á Ester y á Vasti; yo les prestaba la sencillez bucólica de la edad patriarcal, como á Rebeca y á la Sulamita; yo les daba la dulce humildad y la devoción de Ruth; yo las oía discurrir como Aspasia ó Hipatia, maestras de elocuencia; yo las encumbraba en estrados riquísimos, y ponía en ellas reflejos gloriosos de clara sangre y de ilustre prosapia, como si fuesen las matronas patricias más orgullosas y nobles de la antigua Roma; yo las veía ligeras, coquetas, alegres, llenas de aristocrática desenvoltura como las damas del tiempo de Luis XIV en Versalles, y yo las adornaba, ya con púdicas estolas, que infundían veneración y respeto, ya con túnicas y peplos sutiles, por entre cuyos pliegues airosos se dibujaba toda la perfección plástica de las gallardas formas; ya con la *coa* transparente de las bellas cortesanas de Atenas y Corinto, para que reluciese, bajo la nebulosa velatura, lo blanco y sonrosado del bien torneado cuerpo. Pero, ¿qué valen los deleites del sentido, ni qué valen las glorias todas y las magnificencias del mundo cuando un alma arde y se consume en el amor divino, como yo entendía, tal vez con sobrada soberbia, que la mía estaba ardiendo y consumiéndose? Ingentes peñascos, montañas enteras, si sirven de obstáculo á que se dilate el fuego que de repente arde en el seno de la tierra, vuelan deshechos por el aire, dando lugar y abriendo paso á la amontonada pólvora de la mina ó á las inflamadas materias del volcán en erupción atonadora. Así, ó con mayor fuerza, lanzaba de sí mi espíritu todo el peso del universo y de la hermosura creada, que se le ponía encima y le aprisionaba, impidiéndole volar á Dios, como á su centro. No, no he dejado yo por ignorancia ningún regalo, ninguna dulzura, ninguna gloria; todo lo conocía y lo estimaba en más de lo que vale cuando lo desprecié por otro regalo, por otra gloria, por otras dulzuras mayores. El amor profano de la mujer no sólo ha venido á mi fantasía con cuantos halagos tiene en sí, sino con aquellos hechizos soberanos y casi irresistibles de la más peligrosa de las tentaciones: de la que llaman los moralistas tentación virgínea, cuando la mente, aún no desengañada por la experiencia y el pecado, se finge en el abrazo amoroso un subidísimo deleite, inmensamente superior, sin duda, á toda realidad y á toda verdad. Desde que vivo, desde que soy hombre, y ya hace años, pues no es tan grande mi mocedad, he despreciado todas esas sombras y reflejos de deleites y de hermosuras, enamorado de una hermosura arque ipo y ansioso de un deleite supremo. He



Inauguración del monumento á Valera.—El Sr. Francos Rodríguez pronunciando su discurso
(Fot. Díaz Casariego)

la gloria, la multitud de grandiosos proyectos, y todo aquello que hay en su cultivado y sublime espíritu de usted para distraerle y apartarle, sin desgarradora violencia, de todo otro terrenal afecto? ¿No comprende usted que ella morirá de dolor, y que usted, destinado á hacer incruentos sacrificios, empezará por sacrificar despiadadamente á quien más le ama?

—Señora—contestó D. Luis haciendo un esfuerzo para disimular su emoción y para que no se conociese lo turbado que estaba en lo trémulo y balbuciente de la voz—. Señora, yo también tengo que dominarme mucho para contestar á usted con la frialdad de quien opone argumentos á argumentos como en una controversia; pero la acusación de usted viene tan razonada (y usted perdone que se lo diga), es tan hábilmente sofisticada, que me fuerza á desvanecerla con razones. No pensaba yo tener que disertar aquí y que aguzar mi corto ingenio; pero usted me condena á ello, si no quiero pasar por un monstruo. Voy á contestar á los extremos del cruel dilema que ha forjado usted en mi daño. Aunque me he criado al lado de mi tío y en el Seminario, donde no he visto mujeres, no me crea usted tan ignorante ni tan pobre de imaginación que no acertase á representármelas en la mente todo lo bellas, todo lo seductoras que pueden ser. Mi imaginación, por el contrario, sobrepuja á la realidad en todo eso. Excitada

cuánta distancia media de lo soñado á lo real y de lo vivo á lo pintado.

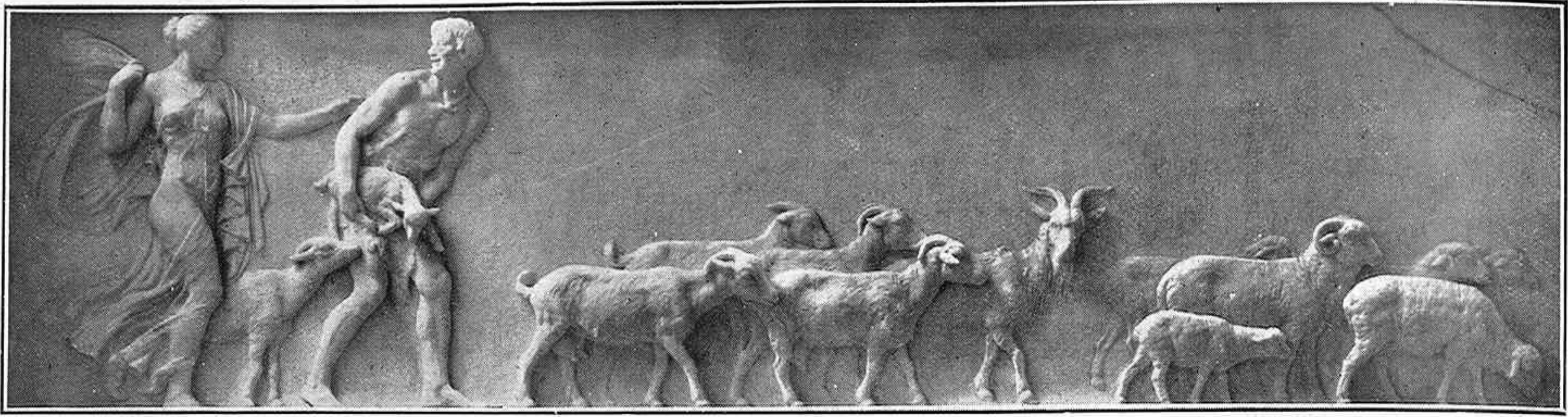
—¡Estos de usted sí que son sofismas!—interrumpió Pepita—. ¿Cómo negar á usted que lo que usted se pinta en la imaginación es más hermoso que lo que existe realmente? Pero, ¿cómo negar tampoco que lo real tiene más eficacia seductora que lo imaginado y soñado? Lo vago y aéreo de un fantasma, por bello que sea, no compete con lo que mueve materialmente los sentidos. Contra los ensueños mundanos comprendo que venciesen en su alma de usted las imágenes devotas; pero temo que las imágenes devotas no habían de vencer á las mundanas realidades.

—Pues no lo tema usted, señora—replicó don Luis—. Mi fantasía es más eficaz en lo que crea que todo el universo, menos usted, en lo que por los sentidos me transmite.

—¿Y por qué menos yo? Esto me hace caer en otro recelo. ¿Será quizás la idea que usted tiene de mí, la idea que ama, creación de esa fantasía tan eficaz, ilusión en nada conforme conmigo?

—No; no lo es; tengo fe de que esta idea es en todo conforme con usted; pero tal vez es ingénita en mi alma; tal vez está en ella desde que fué creada por Dios; tal vez es parte de su esencia; tal vez es lo más puro y rico de su ser, como el perfume en las flores.

—¡Bien me lo temía yo! Usted me lo confiesa



«Dafnis y Cloe», relieve decorativo del monumento, recientemente inaugurado, á D. Juan Valera

(Fot. Zárraga)

procurado morir en mí para vivir en el objeto amado; desnudar, no ya sólo los sentidos, sino hasta las potencias de mi alma, de afectos de mundo y de figuras y de imágenes, para poder decir con razón que no soy el que vivo, sino que Cristo vive en mí. Tal vez de seguro, he pecado de arrogante y de confiado, y Dios ha querido castigarme. Usted entonces se ha interpuesto en mi camino y me ha sacado de él y me ha extraviado. Ahora me zahiere, me burla, me acusa de liviano y de fácil; y al zaherirme y burlarme se ofende á sí propia, suponiendo que mi falta me la hubiera hecho cometer otra mujer cualquiera. No quiero, cuando debo ser humilde, pecar de orgulloso defendiéndome. Si Dios, en castigo de mi soberbia, me ha dejado de su gracia, harto posible es que el más ruin motivo me haya hecho vacilar y caer. Con todo, diré á usted que mi mente, quizás alucinada, lo entiende de muy diversa manera. Será efecto de mi no domada soberbia; pero repito que lo entiendo de otra manera. No acierto á persuadirme de que haya ruindad ni baja en el motivo de mi caída. Sobre todos los ensueños de mi juvenil imaginación, ha venido á sobreponerse y entronizarse la realidad que en usted he visto; sobre todas mis ninfas, reinas y diosas, usted ha descollado; por cima de mis ideales creaciones, derribadas, rotas, deshechas por el amor divino, se levantó en mi alma la imagen fiel, la copia exactísima de la viva hermosura que adorna, que es la esencia de ese cuerpo y de esa alma. Hasta algo de misterioso, de sobrenatural, puede haber intervenido en esto, porque amé á usted desde que la vi, casi antes de que la viera. Mucho antes de tener conciencia de que la amaba á usted, ya la amaba. Se diría que hubo en esto algo de fatídico; que estaba escrito; que era una predestinación.

—Y si es una predestinación, si estaba escrito—interrumpió Pepita—, ¿por qué no someterse, por qué resistirse todavía? Sacrifique usted sus propósitos á nuestro amor. ¿Acaso no he sacrificado yo mucho? Ahora mismo, al rogar, al esforzarme por vencer los desdenes de usted, ¿no sacrifico mi orgullo, mi decoro y mi recato? Yo también creo que amaba á usted antes de verle. Ahora amo á usted con todo mi corazón, y sin usted no hay felicidad para mí. Certo es que en mi humilde inteligencia no puede usted hallar rivales tan poderosos como yo tengo en la de usted. Ni con la mente, ni con la voluntad, ni con el afecto atino á elevarme á Dios inmediatamente. Ni por naturaleza, ni por gracia subo ni me atrevo á querer subir á tan encumbradas esferas. Llena está mi alma, sin embargo, de piedad religiosa, y conozco y amo y adoro á Dios; pero sólo veo su omnipotencia y admiro su bondad en las obras que han salido de sus manos. Ni con la imaginación acierto tampoco á forjarme esos ensueños que usted me refiere. Con alguien, no obstante, más bello, entendido, poético y amoroso que los hombres que me han pretendido hasta ahora; con un amante más distinguido y cabal que todos mis adoradores de este lugar y de los lugares vecinos, soñaba yo para que me amara y para que yo le amase y le rindiese mi albedrío. Ese alguien era usted. Lo presentí cuando me dijeron que usted había llegado al lugar; lo reconocí cuando vi

á usted por vez primera. Pero como mi imaginación es tan estéril, el retrato que yo de usted me había trazado no valía, ni con mucho, lo que usted vale. Yo también he leído algunas historias y poesías; pero de todos los elementos que de ellas guardaba mi memoria, no logré nunca componer una pintura que no fuese muy inferior en mérito á lo que veo en usted y comprendo en usted desde que le conozco. Así es que estoy rendida y vencida y aniquilada desde el primer día. Si amor es lo que usted dice, si es morir en sí para vivir en el amado, verdadero y legítimo amor es el mío, porque he muerto en mí y sólo vivo en usted y para usted. He deseado desechar de mí este amor, creyéndole mal pagado, y no me ha sido posible. He pedido á Dios con mucho fervor que me quite el amor ó me mate, y Dios no ha querido oírme. He rezado á María Santísima para que borre del alma la imagen de usted, y el rezo ha sido inútil. He hecho promesas al santo de mi nombre para no pensar en usted sino como él pensaba en su bendita Esposa, y el santo no me ha socorrido. Viendo esto, he tenido la audacia de pedir al cielo que usted se deje vencer, que usted deje de querer ser clérigo, que nazca en su corazón de usted un amor tan profundo como el que hay en mi corazón. Don Luis, dígame usted con franqueza, ¿ha sido también sordo el cielo á esta última súplica? ¿O es acaso que para avasallar y rendir un alma pequeña, cuitada y débil como la mía, basta un pequeño amor, y para avasallar la de usted, cuando tan altos y fuertes pensamientos la velan y custodian, se necesita de amor más poderoso, que yo no soy digna de inspirar, ni capaz de compartir, ni hábil para comprender siquiera?

—Pepita—contestó D. Luis—, no es que su alma de usted sea más pequeña que la mía, sino que está libre de compromisos, y la mía no lo está. El amor que usted me ha inspirado es inmenso; pero luchan contra él mi obligación, mis votos, los propósitos de toda mi vida, próximos á realizarse. ¿Por qué no he de decirlo, sin temor de ofender á usted? Si usted logra en mí su amor, usted no se humilla. Si yo cedo á su amor de usted, me humillo y me rebajo. Dejo al Creador por la criatura, destruyo la obra de mi constante voluntad, rompo la imagen de Cristo, que estaba en mi pecho, y el hombre nuevo, que á tanta costa había yo formado en mí, desaparece para que el hombre antiguo renazca. ¿Por qué, en vez de bajar yo hasta el suelo, hasta el siglo, hasta la impureza del mundo, que antes he menospreciado, no se eleva usted hasta mí por virtud de ese mismo amor que me tiene, limpiándole de toda escoria? ¿Por qué no nos amamos entonces sin vergüenza y sin pecado y sin mancha? Dios, con el fuego purísimo y resplandeciente de su amor, penetra las almas santas y las llena por tal arte, que así como un metal que sale de la fragua, sin dejar de ser metal, reluce y deslumbra, y es todo fuego, así las almas se hinchen de Dios, y en todo son Dios, penetradas por dondequiera de Dios, en gracia del amor divino. Estas almas se aman y se gozan entonces, como si amaran y gozaran á Dios, amándole y gozándole, porque Dios son ellas. Subamos, juntos en espíritu, esta mística y difícil escala; asciendan á la par nuestras almas á esta bien-

aventuranza, que aun en la vida mortal es posible; mas para ello es fuerza que nuestros cuerpos se separen; que yo vaya á donde me llama mi deber, mi promesa y la voz del Altísimo, que dispone de su siervo y le destina al culto de sus altares.

—¡Ay, Sr. D. Luis!—replicó Pepita toda desolada y compungida—. Ahora conozco cuán vil es el metal de que estoy forjada y cuán indigno de que le penetre y mude el fuego divino. Lo declararé todo, desechando hasta la vergüenza. Soy una pecadora infernal. Mi espíritu grosero é inculto no alcanza esas sutilezas, esas distinciones, esos refinamientos de amor. Mi voluntad rebelde se niega á lo que usted propone. Yo ni siquiera concibo á usted sin usted. Para mí es usted su boca, sus ojos, sus negros cabellos, que deseo acariciar con mis manos; su dulce voz y el regalado acento de sus palabras; que hieren y encantan materialmente mis oídos; toda su forma corporal, en suma, que me enamora y seduce, y al través de la cual, y sólo al través de la cual se me muestra el espíritu invisible, vago y lleno de misterios. Mi alma, reacia é incapaz de esos raptos misteriosos, no acertará á seguir á usted nunca á las regiones donde quiere llevarla. Si usted se eleva hasta ellas, yo me quedaré sola, abandonada, sumida en la mayor aflicción. Prefiero morirme. Merezco la muerte; la deseo. Tal vez al morir, desatando ó rompiendo mi alma estas infames cadenas que la detienen, se haga hábil para ese amor con que usted desea que nos amemos. Máteme usted antes, para que nos amemos así; máteme usted, y, ya libre mi espíritu, le seguirá por todas las regiones y peregrinará invisible al lado de usted, velando su sueño, contemplándole con arrobamiento, penetrando sus pensamientos más ocultos, viendo en realidad su alma, sin el intermedio de los sentidos. Pero viva, no puede ser. Yo amo en usted, no ya sólo el alma, sino el cuerpo, y la sombra del cuerpo, y el reflejo del cuerpo en los espejos y en el agua, y el nombre y el apellido, y la sangre, y todo aquello que le determina como tal don Luis de Vargas; el metal de la voz, el gesto, el modo de andar y no sé qué más diga. Repito que es menester matarme. Máteme usted sin compasión. No; yo no soy cristiana, sino idólatra materialista.

Aquí hizo Pepita una larga pausa. D. Luis no sabía qué decir, y callaba. El llanto bañaba las mejillas de Pepita, la cual prosiguió sollozando.

—Lo conozco: usted me desprecia y hace bien en despreciarme. Con ese justo desprecio me matará usted mejor que con un puñal, sin que se manche de sangre ni su mano ni su conciencia. Adiós. Voy á libertar á usted de mi presencia odiosa. Adiós para siempre.

Dicho esto, Pepita se levantó de su asiento, y sin volver la cara, inundada de lágrimas, fuera de sí, con precipitados pasos, se lanzó hacia la puerta que daba á las habitaciones interiores. D. Luis sintió una invencible ternura, una piedad funesta. Tuvo miedo de que Pepita muriese. La siguió para detenerla, pero no llegó á tiempo. Pepita pasó la puerta. Su figura se perdió en la obscuridad. Arrastrado D. Luis como por un poder sobrehumano, impulsado como por una mano invisible, penetró en pos de Pepita en la estancia sombría.

JUAN VALERA



LA CONDESA DE PARDO BAZAN

LA MUJER GALLEGA

(MENOSPRECIO ABSURDO)

que hay este soberbio alarde de modestia verdadera:

¿Quién soy? Allá en el bosque, una hoja caída.
Cual otras que ahora caen, cayeron, caerán;
Abril las dió la vida. Noviembre las arroja
Al suelo y en su día las barre el huracán.

Y aun citaba á Clara Carral, Janny Garrido, Sara Lorenzana, Carmen Receiro, y, en memoria de las de otras edades, á la condesa de Altamira y á sor Isabel Rodríguez, de Allarú.

Patria de poetisas y de pensadores, como Concepción Arenal y la autora de *La cuestión palpitante*, Galicia sigue dando á sus mujeres preciadas supremacías. ¿Será esa superioridad la que, en una reciente encuesta, un espíritu femenino, sin duda desconocedor de toda esa poesía, fruto del encanto que guarda el alma de la mujer gallega, quiere perdonar como un pecado?

La leyenda del gallego tosco, bueno sólo para bajos menesteres, siempre de ínfima condición social, fué siempre incompatible con la realidad, que llenaba la historia de nombres gallegos preclaros. También había quien pensaba que el idioma de Galicia era tosco y rudo; pero de ella pudo decir Emilia Pardo Bazán: «Aparece en las obras de Rosalía dulce, palpitante, cariñosa, de cera para la rima, purificada de las asperezas y vulgarismos que solían afearla en otros poetas,



ROSALIA DE CASTRO

y al mismo tiempo francamente aldeana, salpicada de giros y locuciones rústicas, cuyo sabor de fresa silvestre no habíamos apreciado hasta que el poeta nos las brindó servidas en fuente de plata.»

Todo el encanto de la Carmiña de *La Casa de Troya*, á que aquella señora, seducida por tan simpática figura, perdona «que sea gallega», no es sino la síntesis del alma de las mujeres de Galicia: una afortunada síntesis en que Pérez Lugín, que las conocía, encarnó á todas las gallegas «de verdad», tan distintas de las gallegas de teatro, creación perdurante de algún comediógrafo desventurado que no conocía ni siquiera el tierno y melancólico paisaje de que es reflejo claro el alma de aquellas mujeres.

¿Qué región, con ser todas las españolas pródigas en mujeres admirables, podrá señalar, al que quiera estudiarla, tres monumentos elevados á mujeres que, años más, años menos, vivieron en la misma época y lograron alzar sus obras: y su fama sobre las obras de sus coetáneos masculinos?

Las mujeres españolas, además, deben singular afecto, y aun extremada gratitud, á las gallegas, porque gallegas fueron las dos mujeres que en tiempos muy distintos de los actuales, cuando las faldas eran aún un estigma de inferioridad, lucharon bravamente, sin miedo á nada ni á nadie, ni siquiera al ridículo, el arma más terrible contra la mujer, con que pretendían anonadarlas los incomprensivos, por la emancipación de la mujer.

Concepción Arenal, en una de sus obras, la primera que dedicó al problema feminista, llegó á pedir para la mujer la función sacerdotal, y la pidió con gran suma de argumentos convincentes. No se llega á tanto hoy, cuando ya la mayor parte del camino está recorrida y cuando sólo por arcaísmo se niegan á una abogada los derechos que su título la confiera, aunque en un campo más realista y positivo, el de la medicina, no se cierra á la mujer ninguno de los caminos, porque un médico puede marchar en servicio de los seres humanos.

Después, cuando en un momento de amargura ante la general incomprensión, Concepción Arenal pareció menos radical, D.^a Emilia, en las columnas de su *Nuevo Teatro Crítico*, sostuvo la campaña y, fiel al rótulo de su revista y á la verdad, recordó las opiniones tan claras y terminantes del padre Feijóo en defensa de los derechos y preeminencias de la mujer.

Á Concepción Arenal y á Emilia Pardo Bazán, que predicaron con el ejemplo aun más que con la palabra, deben las mujeres españolas actuales toda la amplitud de horizontes que la vida social las ofrece, y cuéntese que era en aquellos tiempos en que, al exaltar en el Ateneo la figura de la gran penalista, se silenciaba

Y no creáis, señoras; no creáis que esa popularidad y ese prestigio de Rosalía de Castro en Galicia sea caballeroso tributo rendido á su sexo, en el que no suelen abundar los poetas, porque en Galicia han existido siempre mujeres que brillaron en el cultivo de las bellas artes y, sobre todo, en la poesía...

Tal dijo el infortunado Vales Jaiide en una conferencia que dedicó en Madrid á la inspirada autora de

Airiños, airiños, aires;
airiños d'a miña terra...

y para probar, con sólo nombres actuales, la verdad de su afirmación, mentó luego á Sofía Casanova, Narcisa Pérez de Reoyo, Avelina Valladares, Filomena Dato de Murráis y á Emilia Calé.

Á Sofía Casanova, para recordar aquella poesía que dice:

Todo en la costa anunc a la tormenta;
las aves que se vuelven asustadas
y el convulsivo choque de las olas,
por invencibles genios arrastradas.
Gruesa la mar, la noche negra, y lejos,
entre los densos pliegues de las brumas,
una barca se ve, sola y perdida,
que arrasta el viento y cubren las espumas.

Á Narcisa Pérez de Reoyo, que «vivió lo que una flor», y, no obstante, escribió romances tan bellos como el titulado *La caída de las hojas*, en el que parece previó su próximo y prematuro fin al decir:

Adiós, adiós, naturaleza augusta,
raudal de poesía melancólica

Á morir voy cuando mi planta apenas
en el umbral de la existencia toca.

De Avelina Valladares recordó aquella composición que empieza:

Orfiñá quedei no mundo
desqu'a luz no mundo vin...

y termina:

Rompe, Señor, a bóveda fulsente
Pr'ond'o sol, sui cair, veloz camiña;
Ahi as nubes e baixa esprendente
A tirar de este mundo á pobre orfiña.

De Filomena Dato, la que comienza:

Anduriña viaxeira,
que lixeira
cruzach'a terra y-o mar
pousa xa, prob'anduriña,
cansadiña,
pousa xa podes pousar.

Y hasta la misma Concepción Arenal, ejemplar atávico de los antiguos celtas, entre los que solían valer más y raciocinar mejor las mujeres que los hombres—añadía el conferenciante—, no se desdeñó en escribir hermosas poesías, de las que puede tomarse como tipo aquella que consagra á una persona que le pedía con insistencia apuntes para escribir su biografía, y en la



Proyecto de monumento á Rosalía de Castro, obra original del llorado escultor Mateo Inurria



Monumento á doña Emilia Pardo Bazán, erigido en la calle de la Princesa, de Madrid

(Fot. Díaz Casariego)

toda su labor redentora de la mujer, y la condesa de Pardo Bazán, protestando de aquel silencio, hacía notar que esa labor de Concepción Arenal era más trascendente que todas las otras, porque ni los presos ni los pobres eran tantos ni tan sometidos á esclavitud como las mujeres, que constituían más de la mitad del género humano.

Sólo como mal chiste de sainete malo puede sonar una frase contra la mujer gallega, y asombra realmente que Armando Palacio Valdés no haya podido borrar aún de una de sus novelas lo que los gallegos, aun más que las gallegas, que son suficientemente elevadas para poder desdeñar, consideran ofensivo.

Ante ello, sin embargo, más que indignación, Galicia debe sentir piedad: se trata, más que de menosprecio, de ignorancia ó de olvido.

A las mujeres gallegas no las sorprenderá, sin duda, la injusticia; toda su vida la padecieron Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán.

La gran novelista sostuvo ardientes polémicas,

y fué constantemente zaherida, sólo por ser mujer, por los que alían meno que ella.

De Rosalía de Castro nos cuenta su esposo, el historiador gallego Manuel Murguía, en el prólogo de *A orillas del Sar*, que inútilmente aguardó durante su vida la hora de las alabanzas. ¡Menos mal que supo aguardarla, más que tranquila, desdeñosa! Así lo cuenta Murguía:

«Cuando la vi encerrada en las cuatro tablas que á todos nos esperan, exclamé: «¡Descansa al fin, pobre alma atormentada, tú que has sufrido tanto en este mundo!»

Y esta exclamación salió tan de lo íntimo, respondió tanto á la emoción del momento, que pudiera decir que fué instintiva. Era imposible otra cosa. Nadie como yo sabía que jamás ojos algunos derramaron en sus días de aflicción lágrimas más amargas que las suyas, ni otro corazón como el suyo soportó en la tierra más duros golpes. El Cielo se apiadó de la infortunada el día de su muerte.

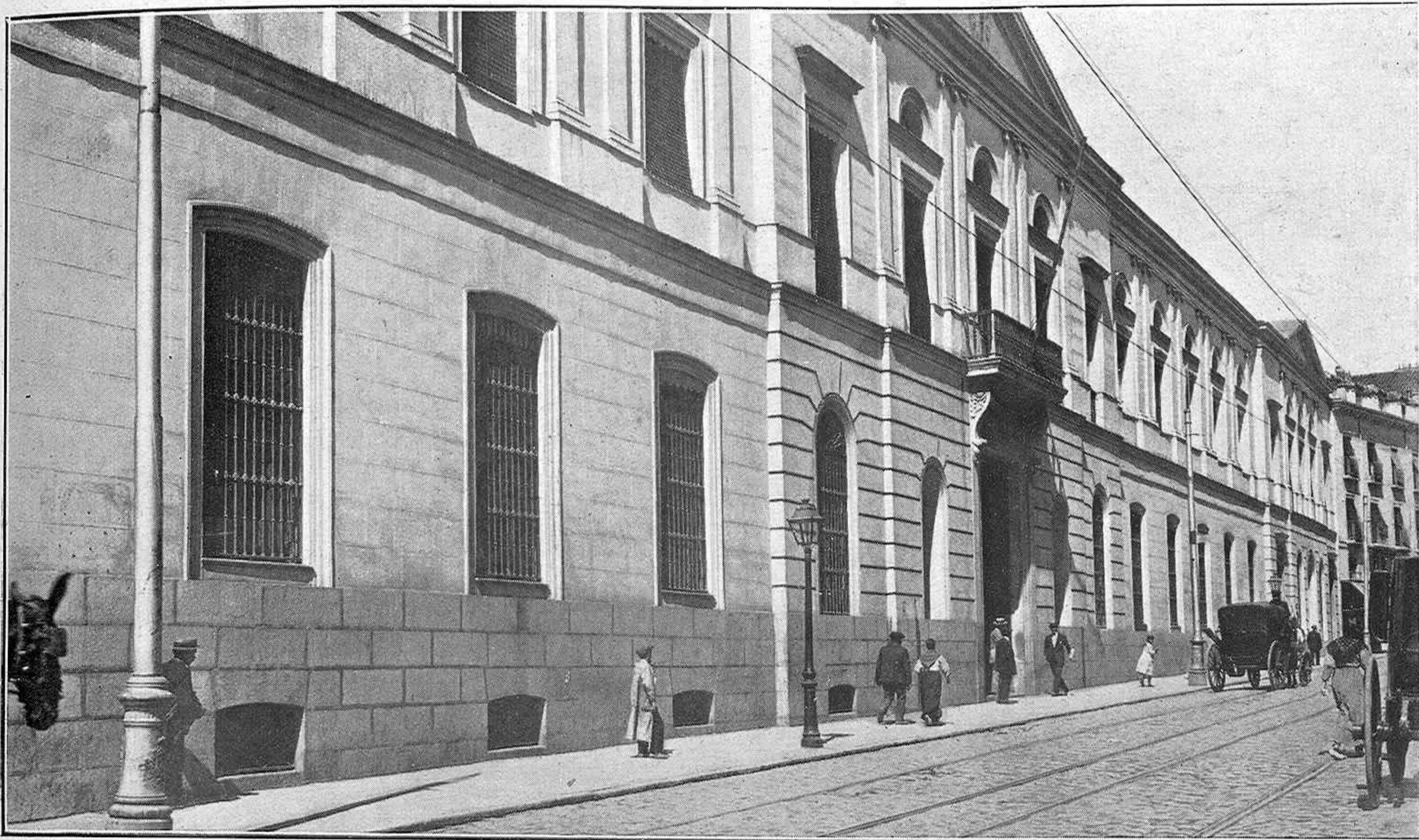
Por lo demás, ingenua y confiada, puestas sus esperanzas en manos de Dios, y confiada en su infinita misericordia, nada la halagaba sino la paz de su casa. La misma gloria no la importaba. Los vanos ruidos del mundo se apagaban á sus puertas...

Por fortuna, semejantes contradicciones no la importaban. Le eran indiferentes los triunfos, pues amaba la soledad y el olvido, y si algo podía consolar aquella alma verdaderamente inconsolable, era pensar que tal vez el Cielo le concediese un breve descanso, y aprovecharlo para producir algo que honrase su país y lo hiciese amar á los extraños; algo que dijese, con razón, que cuantos la tenían por la primera, debían tenerla.»

•••••

Así son las mujeres gallegas. ¿No es verdad que es más que injusticia menospreciarlas?

D. T.



Universidad Central de Madrid.—El vetusto caserón de la calle Ancha de San Bernardo, para el que nunca fueron pródigos los recursos del Estado

«Los verdaderos doctorados de Madrid son los que se cursan en los seminarios y laboratorios de la mencionada Junta.»

LUIS OLARIAGA, en *El Sol*.

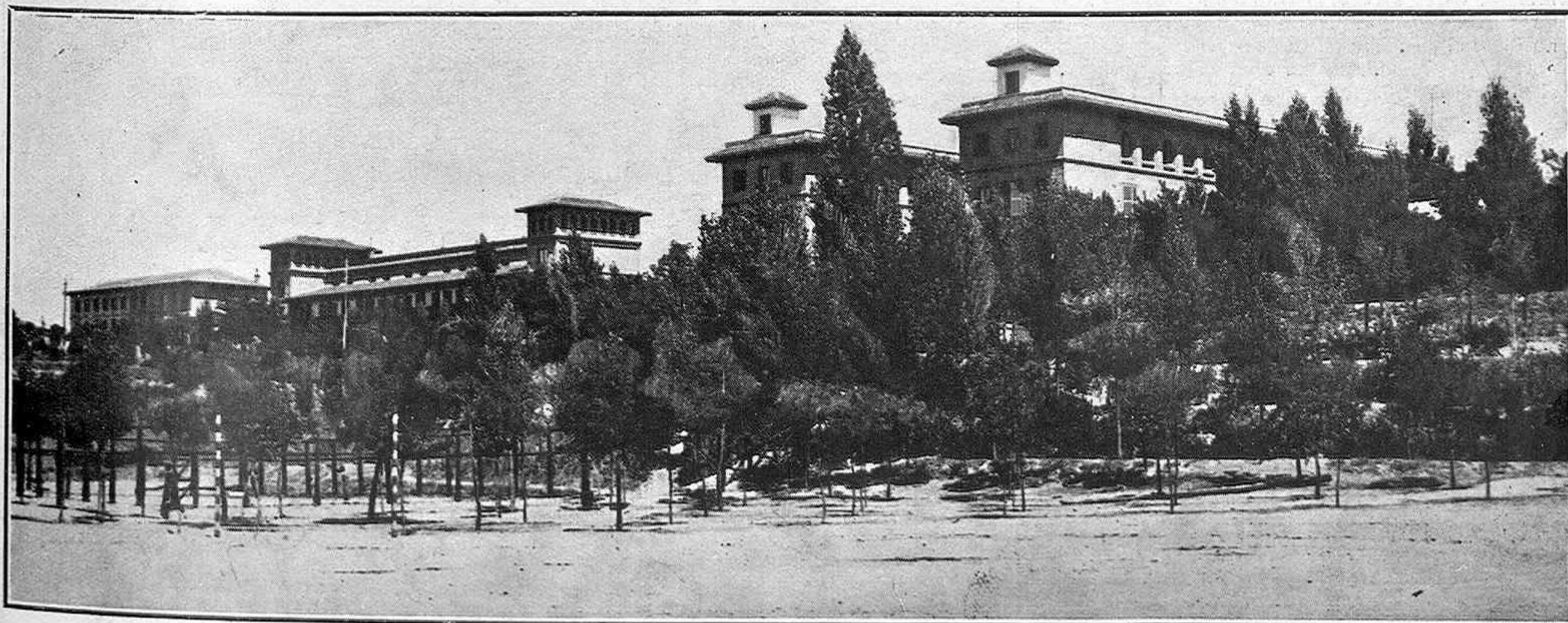
POBRE Universidad! Como si no tuviera bastante con sus propias lacras, por todas partes la salen enemigos dispuestos á convertir en leña el árbol caído. ¡Y hablábamos de la Ciudad Universitaria!

Ahora, en estos días, la campaña arrecia: la reforma universitaria promulgada por el Go-

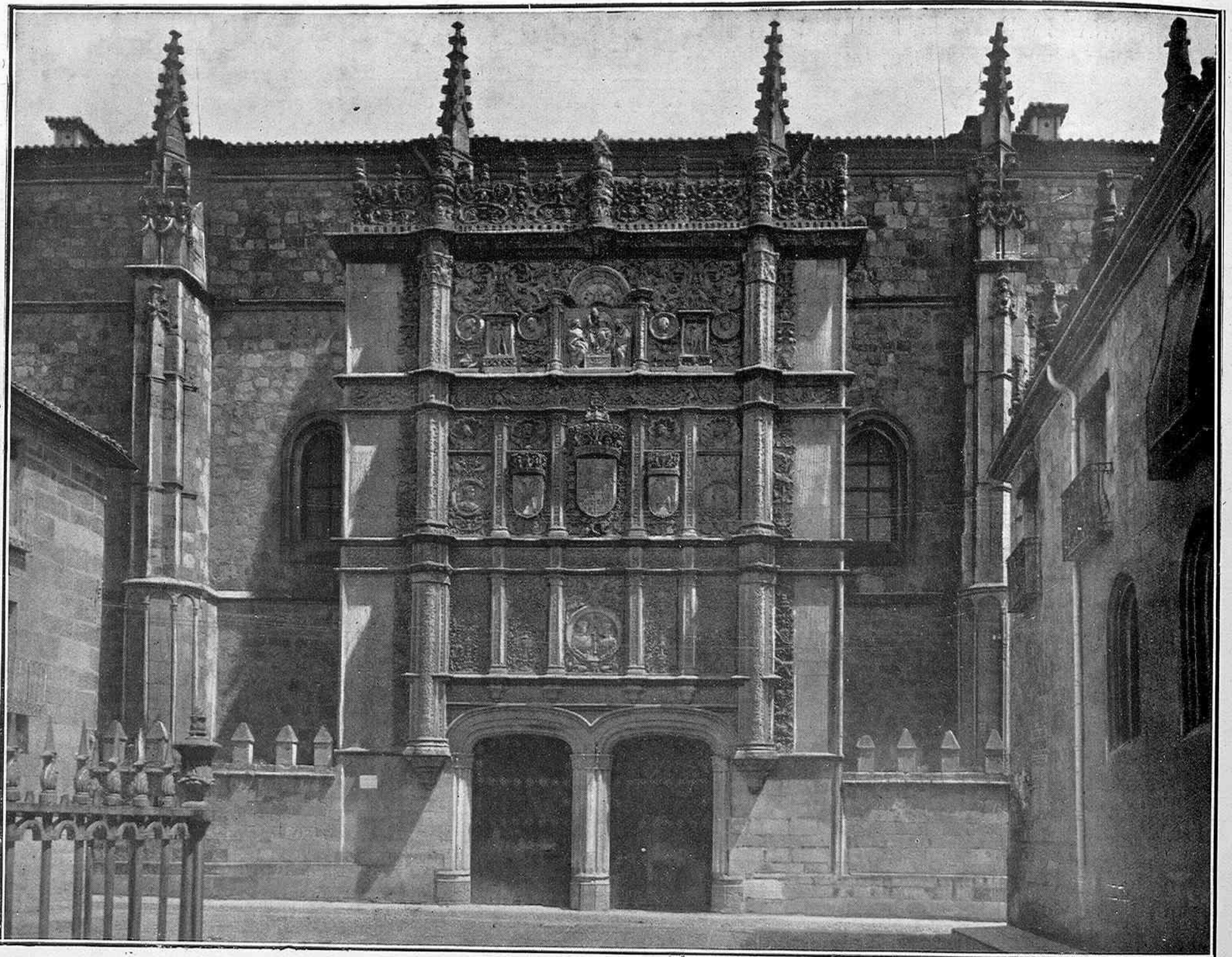
bierno ha tenido la virtud de enardecer los ánimos, y mientras la Universidad calla y sigue lanzando licenciados y doctores, como lanza ejemplares impresos una máquina rotativa, tratan de repartirse sus vestiduras los organismos circununiversitarios.

No estaría mal ese celo si llevase envuelto el deseo de realizar una obra de misericordia: enseñar al que no sabe; pero no se trata de eso: de lo que se trata es de saber si, por si había pocos titulados universitarios, debe aumentarse la tirada mediante nuevas rotativas, y, de haber una sola, quién debe manejarla.

El título de doctor no le confería hasta ahora sino la Universidad Central, y aun así, según la cuenta de los que no se percatan de que eso de los títulos académicos es, en definitiva, poco más que un recurso tributario grato al ministro de Hacienda, había demasiados doctores. Aunque ya pasó de moda la disparatada frase, en boga hace unos lustros, de «más industriales y menos doctores», aun era opinión generalizada la de que teníamos exceso de producción doctoril. Ahora podrán conceder la borla todas las Universidades del Reino, desde la de Barcelona á la de Murcia, y, por añadidura, aunque con refren-



Residencia de Estudiantes de Madrid.—La «Residencia» es también un establecimiento oficial, pero no lo parece; bien situado, coquetón, cuidado con mimo de los que se dan al hijo predilecto, los luce



Universidad de Salamanca.—El prestigio histórico y la belleza arquitectónica de la Universidad de Salamanca, ¿serían obstáculo para la investigación?
(Fot. Gombau)

do—que viene á ser el azúcar de que protestaba Arrieta ante su patrona—, algunas Universidades de esas cuyo reino no debería ser de este mundo, y que á veces confunden al Creador con un personaje shakesperiano y le dicen, como si no fuese algo más: «Tú serás rey.»

Hay quien teme que por ese camino volvamos al sistema del *tibi quoque*, que cultivaron las Universidades primitivas; pero, ¿qué más da? ¿Tanto vale un título de doctor? Ni aun cumplido el acuerdo del Colegio de doctores de llevar la placa sobre el frac y la insignia en la *boutonnière*, que daría al doctorado nuevo esplendor y probada eficacia, haciéndole servir para algo más que como requisito administrativo para fines suntuarios, valdría la pena de disputar por tan poca cosa.

Además, si nos atenemos á la frase de Olariaga, aun vale menos, porque también en eso de los doctorados hay «viles falsificadores» y «verdadera tía Javiera». A lo mejor cree uno que es doctor, y ¡apenas se llama Pedro como licenciado!

Menos mal que el Sr. Olariaga reconoce que los fabricantes de verdaderos doctores son los mismos que fabrican los falsos, y así es, en efecto: al que no es catedrático de Universidad le andan buscando, ó lo anda buscando, que no es lo mismo; y la diferencia entre los doctores de la mano derecha y los de la mano izquierda debe ser, por tanto, cuestión de clima: un boticario, por ejemplo, será falso si no ha pasado de la latitud de la calle de la Farmacia, y será de ley, si ha llegado á la de los altos del Hipódromo: una dife-



En la Universidad de Barcelona se hizo Menéndez Pelayo. ¿Podría negársela el derecho á doctorar?
(Fot. Cano Barranco)



La Universidad Agustiniana.—Un partido de «foot-ball» en un patio escorialense, que envidiarían todas las Universidades españolas

rencia que á primera vista parece salvable con diez céntimos de tranvía y un par de docenas de zancadas; pero que es fundamental, porque, sin duda, la virtud generativa de los catedráticos de la Universidad no está en ellos, ni siquiera en el Estado, que sostiene por igual, aunque no sostiene igualmente, una y otra fábrica de doctores, sino en la tutela de la Junta de Ampliación de Estudios. ¡Y había quien pensaba que todos los catedráticos eran mayores de edad!

Si un particular encomendase la dirección de una industria á un ciudadano capacitadísimo

para dirigirla, y viese que luego le ponía una tienda enfrente, aunque lo hiciera con sus propios recursos, y no con los del mismo particular, probablemente se llamaría á engaño; pero el Estado no repara en esas pequeñeces, y la Universidad, su hija, menos. Podrían llamarse á engaño, en último extremo, los estudiantes de la Universidad, á quienes los catedráticos guardasen los secretos que tenían á disposición de los «residentes», por ejemplo.

Para negar á la Universidad capacidades para la investigación, sería necesario demostrar que

no hay en ella investigadores ó que no tiene medios para investigar.

Lo primero no puede demostrarse, ya que los investigadores de la Junta de Ampliación de Estudios son, con raras y seguramente pasajeras excepciones, los mismos profesores de la Universidad; lo segundo no es imputable á la Universidad misma, sino á los que distribuyen desde las alturas del poder—que no son las alturas de las poltronas ministeriales—los elementos de trabajo: mientras las posibilidades no sean las mismas para todos, la eficacia de la labor de algunos no será demostrativa de superioridad, sino fruto de predilección.

Sin más medios que los puramente universitarios—mucho más menguados entonces que hoy—hizo Cajal una escuela de histólogos, famosa en el mundo, y su adormecedora cátedra, en que susurraba distraídamente ante centenares de alumnos sus lecciones, mientras pensaba en otra cosa, no le impidió tener á mayor altura intelectual y material su seminario correspondiente.

Y Cajal no fué único. Codesa, por ejemplo, hacía lo propio en su cátedra; tenía también su seminario—salvo el rótulo también—, y para la *turba multa* no creía necesario más trabajo que el de hacerla aprender el alfabeto.

Dondequiera que hubo, en Madrid ó en provincias, en la Universidad ó en el Claustro, un investigador maestro, hubo una escuela de investigadores, sin que á nadie se le ocurriera pedir la exclusiva.

Ahora mismo, sin citar más que un caso, ¿no está en Zaragoza Rososolano, que es algo más que una escuela?

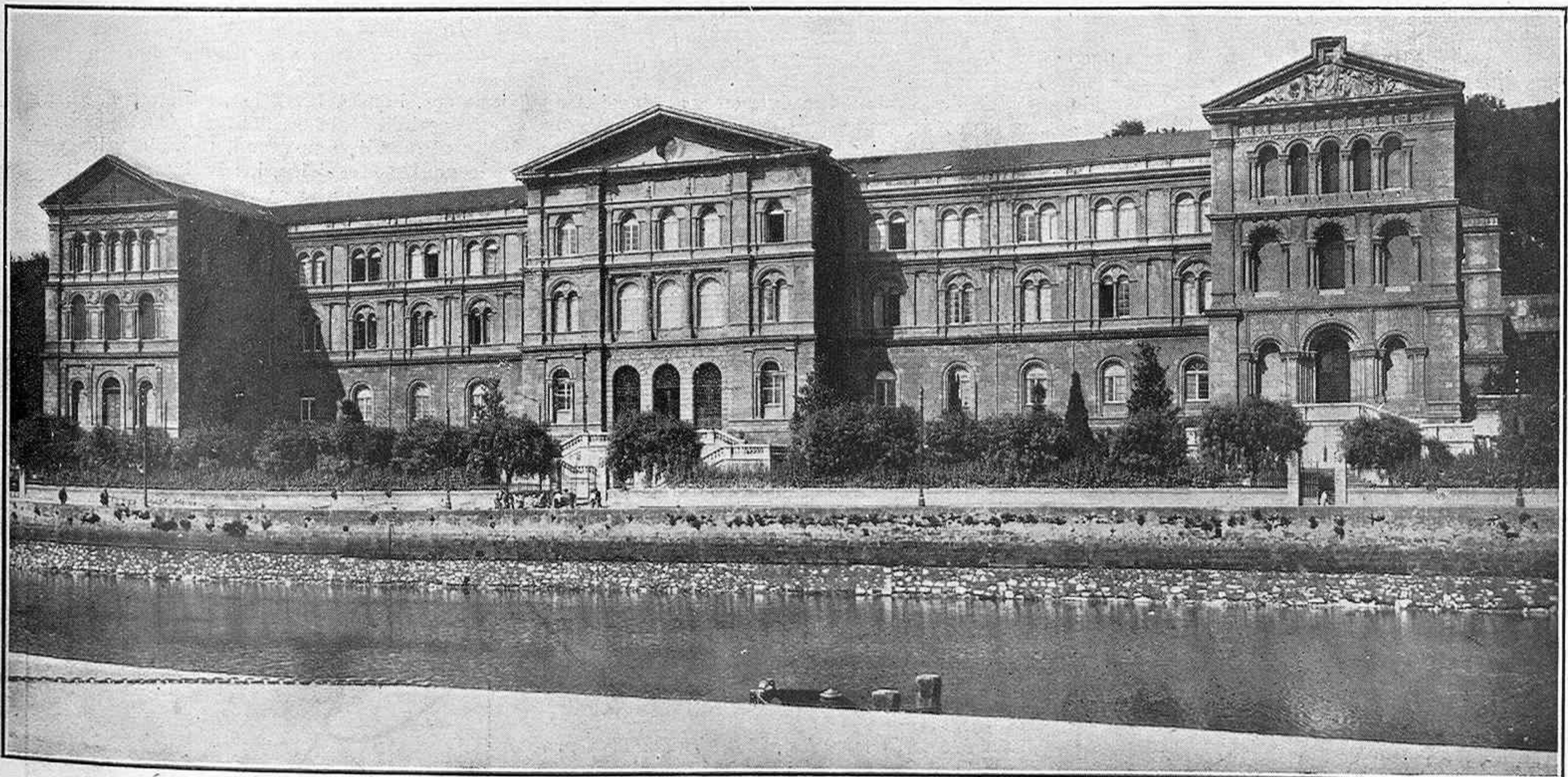
¿Quién duda de que Menéndez Pidal, con ó sin «Centro de Estudios históricos», hubiese tenido discípulos y continuadores?

Los tuvo antes y los hubiera tenido después; al cabo, á Menéndez Pidal se llegó por Menéndez Pelayo.

Eso es lo fundamental, y lo demás son pompas y vanidades; hay quien se pone el birrete de doctor para explicar la importancia de la asignatura, y hay quien le guarda en la mesa de noche, aunque no puede idearse más incómodo gorro de dormir.

Hagan, pues, doctores todas las Universidades españolas y algunas más, si eso es posible; la ciencia no perderá nada, y, en cambio, subirá la recaudación; cosa no despreciable, porque no sólo de ciencia vive el hombre.

A. M.



La Universidad de la Compañía.—La Universidad de Deusto tiene un magnífico edificio (Fot. Tonida)

LA ESTATUA Á CONCEPCIÓN ARENAL

LA MUJER VESTIDA DE HOMBRE

(Comentario de CRISTOBAL de CASTRO)

UNA PRECURSORA

La Comisión formada para erigir una estatua, por subscripción pública, á Concepción Arenal, tiene un ancho campo de operaciones. Porque no solamente se trata de perpetuar su insigne obra de misericordia y pedagogía en las cárceles, incluso y asilos, sino de que perdure en el mármol su más fina y original labor de precursora del Feminismo, en la zona audaz de la indumentaria masculina, de la camaradería con el hombre, de la supresión absoluta de toda diferencia externa en los sexos.

Mas ha medio siglo, la genialísima española, emulando á Aurora Dupin—que, firmándose *Jorge Sand*, pasaba de la redacción á la barricada con tanto fuego como de los brazos de Musset á los de Chopin—, vestía en Madrid traje masculino. Sólo que *Jorge Sand* era la Furia del Amor, y Concepción Arenal la Musa del Infortunio. La gran novelista francesa vivió, con porfiados escándalos, para sí y para los placeres, mientras la pedagoga hispana vivió por los demás y para los dolores de los demás.

En Aurora Dupin, el traje de hombre tenía mucho del petimetre, y en la Arenal, mucho del *clergyman*. Pero en ambas significó, hace casi un siglo, ese símbolo de nivelación política, económica y social que propagan las feministas de hoy con sus perfiles de muchachas-muchachos.

VESTIDA DE HOMBRE

Así, vestida de hombre, con levita, cuello y corbata, el cabello corto, en guedejas, á lo *garçon*, la faz enérgica y viril, ancha la frente, ennoblecida por arrugas de pensamiento, Concepción Arenal ofrece el aire, grave y hondo, de un filósofo ó de un artista.

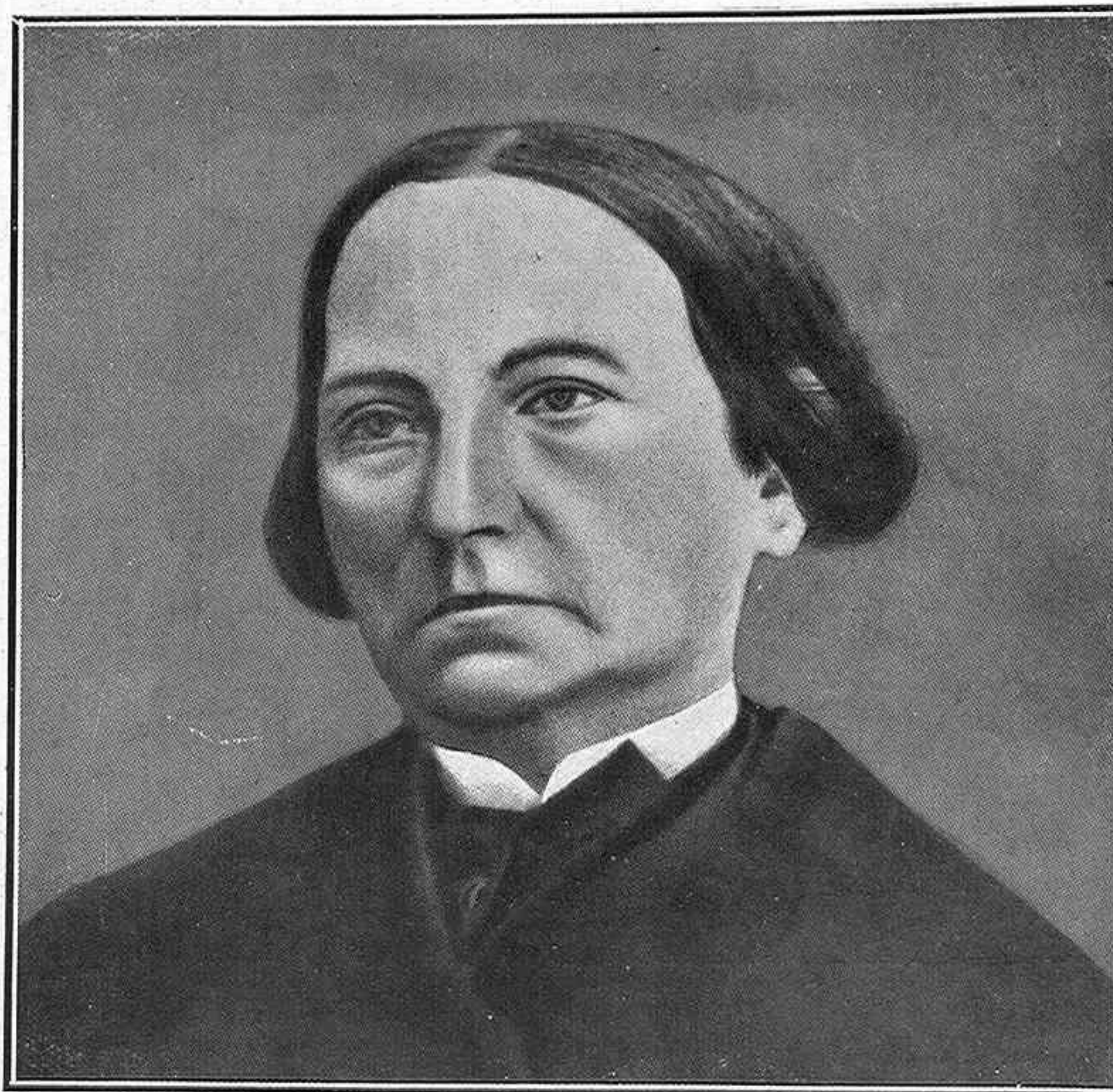
Nuestras «garzonas» de hoy quedarán un poco perplejas ante esta precursora audaz que ha cerca de ochenta años penetraba en la redacción de *La Iberia* embozada en su capa, dialogando con Ca'vo Assnsio, ó en el Café de Lorenzini abrochándose la levita, entre Alcalá Galiano y Romero Alpuente.

LA MAESTRA Y LAS DISCÍPULAS

¿Qué diríamos hoy si sus discípulas más intré-



CLARA CAMPOAMOR
Do tora en Derecho



CONCEPCION ARENAL

pidas—la doctora Soriano, Clara Campoamor, María Huici y Victoria Kellen—salieran por Madrid vestidas de hombre? Lo menos que sucedería habría de alarmar al buen burgués, sobre todo á la púdica burguesa. Porque lo curioso del caso no está en haber retrocedido casi un siglo en cuestiones de ética indumentaria, sino en que la doctrina va por un lado y la realidad por el otro. Es decir, que las avanzadas doctrinales del feminismo guardan perfectamente la ortodoxia, mientras las masas sin doctrina popularizan el tipo andrógino, el pitillo, el *cocktail* y el peinado «á lo chico».

En los tiempos de Concepción Arenal sólo ella vestía de hombre; convivía en las redacciones y en los cafés con los hombres; era, en lo externo, un hombre más. Hoy, al cabo de ochenta años, Madrid está poblado de chicas-chicos; pero las discípulas de Concepción Arenal guardan en este punto indumentario las reglas de moral burguesa.

No señalamos la contradicción como reproche, claro está, sino como simple fenómeno. Creemos que el hábito no hace al monje, ni el vestido tiene que ver con el sexo. Pero hemos de insistir en que el ambiente de «La Gloriosa», tan denso para toda audacia feminista, fué despejado y disipado por la firmeza de esta dama, tan varonil.

LA MUSA DEL INFORTUNIO

Pero esta dama en traje de hombre, despojada, por consiguiente, de todo indicio externo de feminidad, de todo aparato de ternura, es la Ternura hecha conciencia, la feminidad con categoría apostólica.

Su vida, de apariencia tan extravagante, es una maternidad fina, sutil, delicada, refinadísima. Esta madre sin hijos adopta en su entendimiento y en su corazón á todos los hijos sin madre, con un amor enteramente mesiánico.

Su *Memoria sobre los niños abandonados*, presentada al Congreso del Canadá cuando España es como un suburbio de la civilización, nos limpia de la roña egoísta. Su *Manual del visitador del preso* renueva el ciclo cordial español, iniciado por Juan Luis Vives Su *Empleo del domingo*

en las prisiones es como un generoso decálogo de la ciencia penitenciaria.

La Cárcel y el Hospicio, esos terribles antros dantescos, operan en su entendimiento privilegiado con la más implacable é indeleble cirugía. Su piedad no ofrece las formas, frágiles y suaves, del rosal de la Porciúncula, sino las robustas y perennes del Madero del Gólgota.

La revelación de esta grave Musa del Infortunio, en plena época romántica, cuando el sollozo es una gala y la tristeza una dignidad, tiene los caracteres de algo estupendo. Su intervención en los Congresos internacionales de París, Londres, Estocolmo, Canadá, San Petersburgo, etcétera, tiene en aquella época categoría de milagro. Hoy mismo, al cabo de ochenta años, la mujer española suele estar ausente de ellos. Hoy mismo, ni la Academia de Ciencias Morales y Políticas premia Memorias femeninas como *La Beneficencia*, *la Filantropía* y *la Caridad*; ni los sabios extranjeros traducen manuales como *El visitador del pobre* ó como *La cárcel llamada Modelo*; ni en la producción penalista española se registran estudios tan documentados y sagaces como *Las colonias de Australia* y *la pena de deportación*.

LÁGRIMAS Y ARRUGAS

Sola y única en el páramo intelectual y cordial de un siglo, Concepción Arenal es el noble hito feminista del XIX. Pero sus anticipaciones sociarias y científicas, oteando el porvenir, alcanzan todo el campo actual de la evolución penitenciaria: desde el Reformatorio, á los Tribunales para niños.

Los problemas que ella entreviera y planteara, en libros y artículos, medio siglo ha, están vivos y palpitantes al cabo de tantos lustros. Su robustez intelectual y sentimental, en medio de las damiselas románticas, engendra una piedad austera, honda, filsofía, penetrante. Mientras las damiselas, al salir del baile ó del teatro, alargan al mendigo su mano, trémula y lírica, ella recorre los Hospicios, las Inclusas, los Hospitales, las Cárcels, para redactar sus Manuales y forjar las nuevas conciencias.

Mientras las damiselas sollozan, ella medita. En el semblante de Concepción Arenal no hay lágrimas, porque hay arrugas...



VICTORIA KELLEN
Doctora en Derecho

ESPAÑA MONUMENTAL



Palacio de Vallehermoso, en Ecija
(Fot. Hielsehz)



*El narrador de cuentos
por J. Bentata*

Quien á la zorra desuella...

AQUEL atardecer, un blando céfiro oreaba la selva.

Maese Zorro, que andaba de non, emprendió un trotecillo sobre el húmedo césped y, hopo arrastras y nariz al viento, fuése en busca de aventuras. ¡Cuán pagado andaba de su soberbio pellico!

Muy majo y pisaverde de suyo, solía entreteñer sus ocios vagando por entre el tupido bosque, olfateando á diestro y siniestro en demanda de un amorío. Pero aquella tarde se fatigaba en vano; ni la tierra presentaba el menor rastro de presa, ni la brisa le traía husmillo especial que le encalabrara los sentidos; no había sombra de raposa en unas cuantas leguas á la redonda. Sin embargo, á fuerza de meter el agudo hocico por los matorrales, topó con una hermosa gallina silvestre que muy descuidada cubría su nidal.

Encantado, maese Zorro sujetó á la pobre ave con las patas y comenzó á succionarle la sangre con la mayor fruición; mas, de súbito, empinó las orejas y los pelos del espinazo se le erizaron; algo se removía entre las breñas, que

no era, ciertamente, lo que á él le convenía, y, por si le quedara alguna duda, un formidable é inconfundible rugido conmovió la selva entera. No andaba lejos Su Majestad.

La sangre se le heló á maese Zorro, y, por lo que pudiera tronar, decidió ceder respetuosamente el puesto al soberano de las selvas y trató de escapar con un gentil compás de pies.

No le valió su diligencia, que no bien le divisó el felino, en dos brinco se le puso al lado. ¡Y por Alá que no venía con fueros el rey de la floresta! Traía, á lo que parecía, un hambre calagurrita-

na; sacudía la encrespada melena, batiase los flancos con precipitados golpes de la cola y mostraba la espantable boca abierta, armada de unos colmillos de más que regular tamaño.

Maese Zorro tomó un aire muy compungido y quebrantado, humilló la chata frente y, levantando una de las patas, que simuló quebrada, dijo así:

—La paz sea sobre nuestro señor, dueño legítimo de bosques y animales. Alá ciegue á quien le mirare sin el respeto debido á su grandeza. Ya ves, ¡oh, mi amo!, lo débil y enfermo que

me encuentro, y, sin embargo, desde mediodía me arrastro por la selva en busca de tu blanco rostro, espejo del bien y de la generosidad.

—¿...?

—Mi mujer, señor, hablando con perdón, es la más cuca y desobediente de las zorras. Juré ante testigos que la divorciaba por tres veces para desvanecer toda esperanza de componenda; pero no consigo que se marche.

—Poco digno eres de ser macho. Hasta el hombre, que tan relajado anda de energía, sabe que la letra con sangre entra, y que á la hem-



Topó con una hermosa
gallina silvestre...

bra conviene apalearla con cierta frecuencia para que se le bajen las ínfulas.

—Señor, ¿cómo hacer si ella es mucho más robusta y fuerte que yo y, por añadidura, la defienden sus nueve hijos? Y que, dicho sin menoscabo de tu realeza, bien pudieran mis zorritos entrar en docena con los cachorros del león.

Así, te imploro, magnífico sultán, que pongas orden en mis asuntos domésticos y decidas con tu autoridad lo que conviniere en este pleito, sentando, como dices, la mano sobre aquella díscola raposa y su ensoberbecida prole.

Dudó un punto el león si seguir el primer impulso desayunándose con el quejoso y supri-



Un formidable é inconfundible rugido conmovió la selva entera...

se introdujo por la angosta abertura.

El león, sentado sobre sus patas traseras, esperaba la aparición de la tropa zorruna, para concluir con ella de cuatro zarpazos.

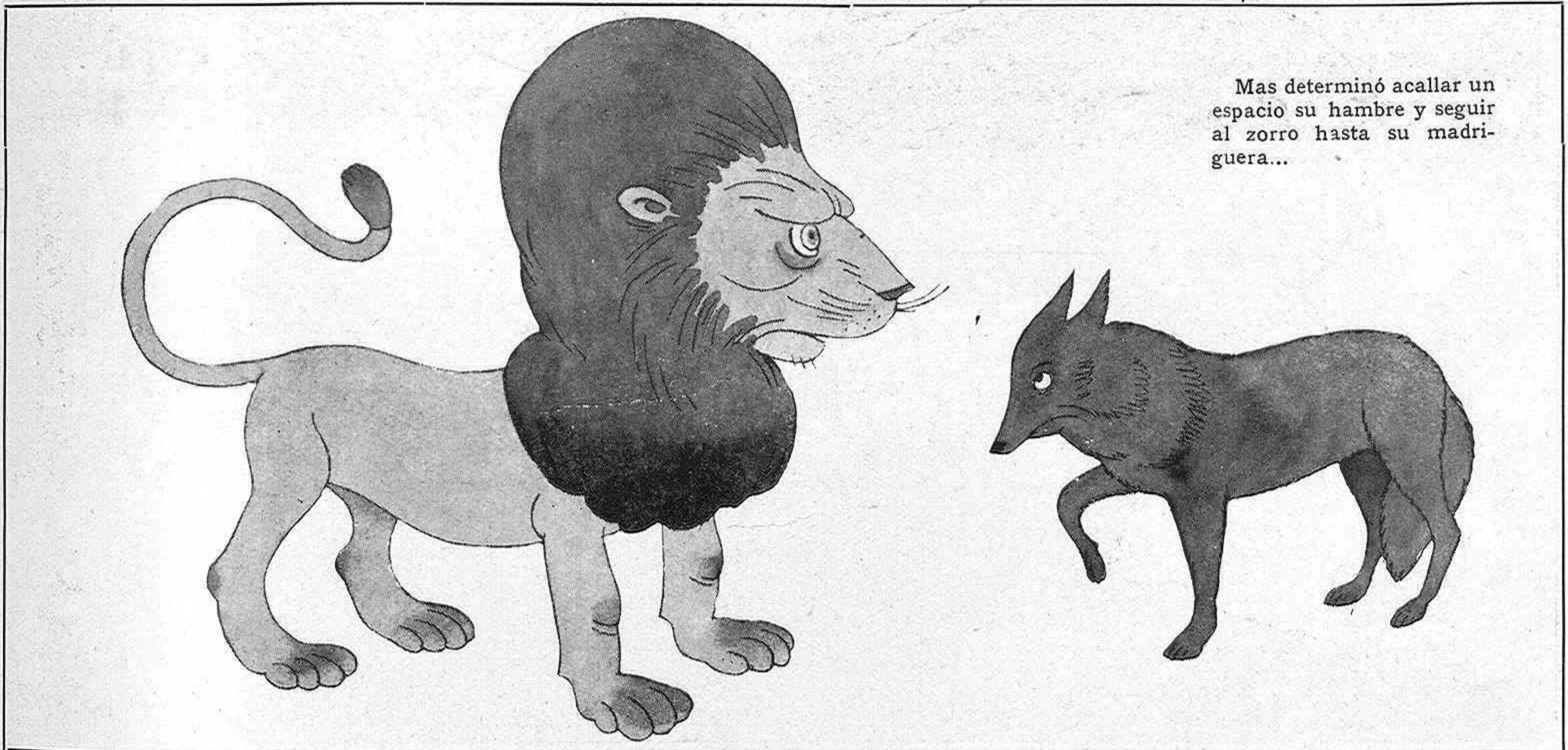
Pasó un rato, y cómo no se presentase bicho viviente, asomóse Su Majestad al agujero y dijo:

—Date prisa; ¡párecete bien, vil raposo, hacer esperar á tu señor? Sal, que se me está agotando la paciencia.

Y contestó el interpeado, muy á su salvo, con tono melífluo:

—No esperes, ¡oh, sultán de los animales!, por que mi mujer y yo acabamos de hacer las paces.

Y como la entrada de la zorrera era harto men- guada para que cupie-



Mas determinó acallar un espacio su hambre y seguir al zorro hasta su madriguera...

mir de raíz discusiones y zambras; mas determinó acallar un espacio su hambre, seguir al zorro hasta la madriguera, y allí acabar con toda la reñidora é inquieta familia.

Su Majestad leonina se relamía los labios imaginando el dilatado banquete que se le presentaba. Pero quien toma la zorra y la desuel- la ha de saber más que ella.

Pusiéronse en marcha rey y vasallo, y, en acercándose á la madriguera, el zorro se adelantó y

El león, sentado sobre sus patas traseras, esperaba la aparición de la tropa zorruna...



ra tanta majestad, volvió grupas el león, lanzando un horri- so rugido.

.....

Esto dice el apó- logo; pero tú, enten- dido, toma enseñan- za; ve de aprove- charte cuando la fortuna te sonríe, y no hipoteques el bien presente por el futuro, porque lo pa- sado es muerto, lo venidero ausente, y sólo te pertenece el momento actual.

J. BENTATA

(Dibujos de Echea)



I

En los anchurosos patios
de la señorial morada
del conde Diego-Laínez,
multitud abigarrada
de pajes y de guerreros
se agita, mueve y afana,
preparando los arneses,
limpiando petos y mallas,
arreglando los corceles
y reparando las armas;
ni una canción, ni un suspiro,
ni una copla, ni una lágrima;
ni risas inextinguibles,
ni voces descompasadas,
ni gritos desaforados,
ni blasfemias, ni plegarias.
Así comenzó la historia
de aquellos siglos de hazañas,
y así conquistó Castilla
los laureles de su fama.

II

Quando la tarde declina
y el sol fugitivo escapa
buscando otros horizontes
entre celajes de plata,
Rodrigo, puesto de hinojos
ante una imagen sagrada,
lloraba el amor perdido
de su Jimena adorada:
la belleza peregrina
de la región asturiana
en quien bondad y hermosura
corrían justas y cañas,
pues nunca tan bellas prendas
tuvieron mejor posada.
Perdiólo por el su honor,
no por desdén ni mudanza,
pues al padre de Jimena
dióle muerte en liza franca,
porque ante el rey don Fernando
hizo mancilla á las canas

de su buen padre Laínez,
señor de su noble casa;
y siendo el honor del hijo,
honor que del padre alcanza,
nunca perdurar podría
si en deshonor se fincara.
Por eso quiere Rodrigo,
á quien el agravio agravia,
ofrecer á su Jimena,
cuando su amor le tornara,
un trono con mil trofeos,
pregones de sus hazañas,
un corazón noble y bueno
y un nombre puro y sin tacha.
Por ello implora del cielo
le preste en tan noble causa
fortaleza en el combate,
en la distinción templanza,
energía en la pelea
y prudencia en la demanda.
Así eran los caballeros
de la España legendaria.

III

Cerca de la media noche,
un rumor de gente armada
se percibe hacia el postigo
que divide la muralla
del castillo de Vivar,
donde Rodrigo moraba.
Se descorren los cerrojos,
se hacen chirriar las bisagras,
y los puentes levadizos
del castillo se levantan
para dar paso á Rodrigo,
que al frente de su mesnada
sale al campo á guerrear
por su patria y por su dama:
que aquellas gentes de acero,
dotadas de fe cristiana,
siempre en nobles ideales
sus empresas inspiraban.
Iba montado Rodrigo
en su bien apuesta jaca,

de cimera y peto armado,
broquel, robusta alabarda,
ancha espada damasquina
y espuela zaragozana.
Le acompañan con sus gentes,
Alvar-Fáñez de Minaya,
Per-Anzules, Pero Hernández,
don Diego Ordóñez de Lara,
Peláez, Núñez, Porcelos,
Iván, don Gonzalo Arias,
y otros varios fijosdalgos
de la región castellana.
Todos marchan en silencio,
que es de duelo la jornada,
y así, cruzando los valles
y salvando las montañas
por atajos y veredas,
hacia el enemigo avanzan,
que las gentes de Rodrigo,
ni perezosas ni tardas,
siempre que á combate van,
hacia la victoria avanzan;
por eso marchan de prisa,
porque el triunfo les aguarda,
y es el triunfo un homenaje
y un honor para la patria;
es gloria para el que vence
y es una ofrenda á la dama.

IV

Era la ciudad de Burgos,
cuando estos sucesos pasan,
la capital de Castilla
que Fernando gobernaba.
Y aunque entonces don Rodrigo
era sólo una esperanza,

pues nunca los pocos años
gozaron de gran privanza,
ya tenía partidarios,
pregoneros de su fama,
que dieron á este suceso
las versiones más extrañas.
Por eso en aquellos días
el pueblo tan sólo hablaba
de la muerte de Lozano,
que á salvo el honor dejaba
de la casa de Laínez;
del valor y la arrogancia
de Rodrigo, dando al conde
castigo en liza abonada;
del conflicto de deberes
en que Rodrigo se hallaba,
y del misterioso viaje
de Rodrigo y su mesnada.
En cambio, allá en los salones
de audiencia del regio alcázar,
Jimena pidió justicia,
el rey ofreció otorgarla,
Laínez dió sus excusas,
y el pueblo se entera y calla:
que es el pueblo el mejor juez
y pocas veces se engaña.
Así transcurren los días
y se pasan las semanas
discutiendo allá en la Corte
si debían pagar parias
al alemán ó al romano,
según el Nuncio afirmaba,
en tanto que el buen Rodrigo,
que no entiende de palabras,
luchando siembra el espanto
en las huestes musulmanas;
derrota Jeques y Emires,

pueblos y villas asalta,
conquista las fortalezas
que en su camino encontrara,
y al esfuerzo de su brazo
nadie resistir osaba,
pues fué á buscar en la lucha,
ó la muerte en la batalla,
ó gloria con que saciar
de su corazón el ansia:
que el pecho que pierde amores
sólo con gloria se sacia.

V

Pasados algunos meses
de incertidumbres amargas,
una mañana de Mayo,
en la que el sol alumbraba
las enhiestas fortalezas
de la ciudad castellana,
por la parte del Oriente
una bandera morada,
por heraldos precedida,
hacia la ciudad avanza,
envuelta en nube de polvo
como aparición extraña.
Se oyen sonar los clarines,
se ven brillar las adargas,
los cascos y las cimera,
los broqueles y las lanzas,
y cuando ya se aproximan
á los muros de la plaza,
un inmenso griterío
vino á interrumpir la calma
de la Ciudad de los Jueces,
que á don Rodrigo aclamaba.
Sonaron las chirimías,

VI

Hallábase el rey Fernando
sentado en la regia estancia,
donde despachar solía
los mensajes y demandas,
cuando llegó don Rodrigo
á las puertas del alcázar,
y audiencia pidió á su rey,
que no tardó en otorgarla.
Recibióle don Fernando
descendiendo de la grada,
que es honor que pocas veces,
otorgaban los monarcas,
y al verse así recibido,
con estimación tan alta,
hincó la rodilla en tierra
y dijo en voz mesurada:
—Señor: por deuda de honor
agravio causé en mi ánima,
y no fuera bien nascido
si tal agravio excusara.
Fice bien aunque al havello
de amores perdí esperanza;
por ello busqué la muerte
en el campo de batalla,
mas no debí merecella
cuando no logré alcanzalla.
Hoy, á tus pies humildoso,
después de rudas batallas,
vos ofrezco, por ser vuestro,
el botín de esta vegada,
y si no vos causa enojo,
pediros quiero una gracia
que, á pesar de ser merced,
no encontraréis desusada,
y es que falléis en justicia
de mi Jimena la causa,
que no es vida la que vivo
viendo á Jimena enojada.
Y así diciendo Rodrigo,
cogióle el rey la palabra,
y estrechándole en sus brazos,
desta manera le habla:
—Decís bien, mi buen Rodrigo,
y vuestra razón es tanta,
que fuera grave injusticia
dar enojo por tardanza.
Has luchado y has vencido,
y son tus victorias tantas,
que nadie podrá decillas
si se detiene á contallas.
Bien mereces galardón
por tu gloriosa campaña,
que es gloriosa como tuya,
y como tuya, fidalga.
Jimena, que piensa en ti,
se encuentra por mí enterada
que vives por merecella
y luchas por conquistalla,
y pues yo soy su tutor
y su honor en mí descansa,
agora dicto sentencia
que bien la tengo estudiada.
Y acto seguido, Fernando
de esta suerte sentenciaba:
—El que defiende á su padre,
deuda de la sangre paga,
y exento queda de pena
si en noble liza matara;
mas si deja en orfandad
á mujer joven y honrada,
debe de casar con ella,
que en justicia castellana,
*amor que mata otro amor,
sólo con amor se allana.*

BALDOMERO AMEZAGA

(Dibujos de Bartolozzi)



ACABA DE PUBLICARSE

«EL AÑO ARTÍSTICO»

Nuestro José Francés, el compañero cuyo nombre y cuya obra están de tal modo vinculados a LA ESFERA desde su primer número, acaba de publicar los tomos once y doce de su obra monumental «El Año Artístico», reunidos en un nuevo volumen que comprende los años 1925 y 1926. Se sabe hasta qué punto la nobleza crítica, la cultura disciplinada, el conocimiento directo y personalísimo de José Francés va haciendo en esa serie de tomos la verdadera Historia de las Artes contemporáneas en España. El ilustre novelista da a esta publicación excepcional las dotes de su estilo brillantísimo, y la hace con ello amena y atractiva para toda clase de lectores. El tomo recién publicado es acaso uno de los más interesantes y nutridos de diversos capítulos. Trátase en él, entre otras muchas materias, de las siguientes:

Exposición del traje regional.—Exposición de retratos de niños.—Exposición internacional de artes decorativas en París.—Exposición internacional de Bellas Artes en Venecia.—Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid.—La Academia Española de Bellas Artes en Roma.—La Exposición Joaquín Sunyer.—El Salón de Otoño.—La Exposición de Humoristas en Avilés.—El arte asturiano contemporáneo.—El centenario de la Catedral de Toledo.—Los concursos nacionales de Bellas Artes.—La escultura policromada española.—Eliás Salaverría, el pintor del misticismo

vasco.—La Exposición de Arte Gallego en Santiago (1926).—El primer Salón de médicos artistas.—El pintor José María López Mezquita y su obra.—El escultor José Clavá y su obra.—La Exposición General de Sevilla.—Una Exposición de arte nuevo catalán.—Exposición de arte español en Méjico.—El grabado alemán moderno.—La Exposición de arte argentino.—La Exposición de artistas ibéricos.—La Exposición Menéndez Pidal.—Muñoz Degraín y su obra.—Las pinturas murales de Sorolla para la Hispanic Society de Nueva York.—Los pensionados de paisaje de la Escuela de Bellas Artes.—Los humoristas franceses Forain y Herman Paul, en España.—La Exposición de Zuloaga.—Viejo Madrid; Nuevo Madrid.—Los jóvenes artistas mexicanos.—Etc., etc.

«El Año Artístico» forma un volumen de más de ochocientas páginas bellamente ornamentadas por Ramón Manchón, y reproduce más de doscientos grabados en láminas especiales.

Con motivo de la aparición del nuevo libro de José Francés, nos parece oportuno traer a estas páginas algunos fragmentos del magnífico estudio que consagró a nuestro querido compañero uno de los más ilustres críticos brasileños, Sylvio Julio, quien en su libro «Apostólicamente», publicado en Río de Janeiro el año 1926, rindió espontánea justicia al autor de «El Año Artístico». He aquí esos fragmentos:

José Francés y la crítica de arte

QUÉ papel desempeña en el mundo mental la crítica de arte? ¿Cuáles son sus límites? ¿Cuáles son sus normas?

Manifiéstanse tres corrientes en las tentativas de su definición, medida y proceso. Que debe ser simple manifestación momentánea del ánimo individual respecto de la ajena labor, suponen algunos. Muchos que la exigen determinado cientifismo, la consideran como enjuiciadora. Por último, los sincretistas piensan que debe participar del alma fugaz del impresionismo y de la dirección objetiva de la didáctica, pero no perdiendo, sin embargo, su equilibrio puramente diseñador, analítico y descriptivo.

No creen los que la toman como mero pasatiempo que sirvan sus discursos de faro y empadronamiento esclavizándola a las variaciones del gusto de cada observador.

Juran los que la hacen catedrática y social que sólo el instinto educativo puede darla nobleza y razón de ser.

Aceptando desinteresadamente su influencia en la colectividad, la consideran los últimos capitalmente positiva, explicativa, positiva.

Todos saben defender su criterio, y, en realidad, puede dividirse en tantos aspectos como agrupaciones distintas en torno de su ejercicio.

Realmente, la crítica surge de la inclinación particular de quien contempla una obra cualquiera y depende del estado físico de cada uno. Después puede formarse en esa nebulosa inicial el raciocinio, el cotejo y el estudio. Primero sentimos, y luego, en seguida, amortiguamos nuestro intimismo ocasional para, a la luz de las leyes generales, combatir ó elogiar.



Portada de «El Año Artístico», de José Francés

Reconocemos que la crítica severa y honesta debe combinar la simplicitad de sus sacerdotes por ciertos géneros estéticos con la equidad de la experiencia. No concebimos el truculento demoledor, sino el verdadero juez que abre la voz de su corazón a los siglos distintos.

Y esto es lo que acontece en el gran escritor español José Francés. Cuando maneja la pluma y descubre los secretos de la producción intelectual, lo practica siempre con criterio proporcionado, fina sensibilidad y amable estilo.

No dogmatiza. No diviniza. Hospitalario y entusiasta, acepta todas las filosofías, siempre que sus intérpretes revelen inteligencia, amor a la belleza y sinceridad.

Leve, ondulante, aparentemente epidérmico, el don vulgarizador de José Francés ahonda y se infiltra en todas las reconditeces cerebrales humanas. José Francés es como un viajero de los países misteriosos é inquietos del ensueño; el eterno deslumbrado, el sincero que agita los sonos festivos del campanario de la estética por el placer de escucharlos en las vibraciones cristalinas y vitalizadoras.

No se imagine, sin embargo, que José Francés descuida la meditación y la sabiduría. Hombre sociable, culto y delicado, prefiere la gracia y la condescendencia al dogmatismo calafateado de citas. Caballeroso, emplea con envidiable agilidad el espiritualismo sistema de ocultar las bases de su preparación teórica. Todo el que lo lee percibe en seguida que únicamente una vocación invencible y un incansable estudio pueden producir esas páginas saltarinas que su pluma

burila sobre lienzos, estatuas, grabados y dibujos.

Difícil, pero digno y hermoso, es huir, como él hace, de la pedantería. José Francés, especialista en asuntos de historia artística, disfraza perfectamente su vasto caudal de conocimientos técnicos y sugiere las

más amplias y fuertes concepciones con enorme desprendimiento.

«Un caso—afirma Correa Calderón—de esfuerzo puro y de voluntad, es el de José Francés, al cual se junta un juvenil y generoso entusiasmo más que á nadie; desde hace mucho tiempo, el arte español le debe gratitud. El ha ponderado la obra de los maestros ya consagrados; valoró á los jóvenes maestros; descubrió artistas jóvenes desconocidos, que ya triunfaron.»

Lo que nos impele á aplaudir á José Francés—aparte de otras diversas causas—es ese *juvenil y generoso entusiasmo* á que se refiere Correa Calderón.

Es precisamente ese factor suyo el que no consiente al querido compañero descender á la mediocridad de un repetidor de papeletas. Si no fuera así, en vez de sus crónicas legibles, diáfanas y movidas, martillaría bloques indigestos de transcripciones que sólo conseguirían irritar nuestra paciencia.

Agrádanos el tono en que habla José Francés, sin frivolidad ni pesantez. Su palabra es flúida, instructiva, arístocrática, forma castigada y limpia de nefelibatismo, pensamiento flexible y serio, hace de sus libros algo encantador para quien los lee. Cuando enumera autores para sustentar una opinión, hácelo por honradez. Jamás utiliza trozos de otras obras, sino cuando el momento es oportuno y propicio y no para apropiarse originalidad ajena.

Otra de sus cualidades es la indiferencia. Benévolo en circunstancias especiales, mantiénese siempre en un terreno nivelado por su espíritu valuativo. Natural de la tierra de los impetuosos románticos, sus elogios no se crían en invernaderos, nacen y crecen á la luz del sol característico y típico. Veamos, por ejemplo, este comienzo de su artículo sobre el ilustrador mejicano Garza Rivera:

«Tiene un bello nombre, una extraña figura y un raro arte misterioso.

Las dos palabras del nombre son ya un paisaje, un paisaje lacustre, donde el ave zancuda traza la interrogación de su silueta á contracielo gris y entre los juncos húmedos.»

Y de ese modo continúa no menos retorcido de estilo, hasta encerrar el perfil del ilustrador mejicano.

Apura en su lenguaje el sentido del color como Rubén Darío limara antes en el suyo lo que concierne al sonido. Apasionado de la línea, visualista extremado, en sus períodos los tonos se mezclan

y se conjugan disciplinadamente para reflejar la complejidad de las cosas y de los seres.

Naturaleza, figura humana, simbolismo de las ideas, imprecisión de sentimientos, violencia de instintos, y una porción de complicados laberintos psíquicos cantan cromáticamente en sus palabras.

Pero, sin embargo, la minuciosa percepción de José Francés no cae en exageraciones de notario

nos, todos pasan ante nuestros ojos agitados por la pluma de José Francés, y estudiándoles, deslindándoles estructuralmente, llegamos á idénticos conceptos de los emitidos por el crítico. Señal que sus lecciones obedecen á una lógica irrepreensible y apostólica. □

•••••

Abundan las informaciones en esa colección de estudios que José Francés titula *El Año Artístico*. Narrativos por un lado, son por otro cuadernos sentimentales esos tomos sujetos á una denominación serial desde 1912 hasta hoy. Es una obra inconfundiblemente necesaria. No se efectúa acontecimiento en el ramo de la estética española que allí no se anote y surja con prisa de cinematógrafo y selección de museo.

Allá para 1980 ó 2000, tal vez los historiadores se disputarán los ejemplares de *El Año Artístico* por su tremenda disposición. Porque entonces esos volúmenes, ahora ya interesantes, desempeñarán dentro de su esfera el papel que representa el libro de Herodoto en la mental reconstitución de la antigüedad. Y porque el nombre de José Francés subsistirá, no sólo por sus más sólidas novelas, sino por su campaña tenaz en pro de la pintura, de la escultura, de la caricatura, de todo cuanto es arte en la España actual.

Hay que afirmarlo así, ya que su labor no se limita solamente á las colaboraciones periodísticas. Procura despertar la curiosidad del público hacia la materia artista; explica las ventajas de su cultivo, y cuando entorno suyo ve discípulos y compañeros de ideal, practica, realiza, ejecuta lo que antes predicó. Así, José Francés promueve exposiciones donde el tacto más inconsútil acoge creaciones artísticas de especies incatalogables y opuestas.

Conviene que se destaque ese aspecto

de la obra de José Francés, porque retrata al hombre capaz de dominio, al ciudadano desinteresado, al caudillo que no abdica de sus atributos raciales para esconderse en la torre de las ilusiones. Abomina de cabotinismos y lleva adelante empresas que le valdrán las gratitudes futuras. Español, quiere ante todo ser español. Artista, quiere ser artista. Y de aquí á ciento, á trescientos años el nombre de José Francés se inscribirá entre los de los bienhechores de la sensibilidad moderna que en la patria de Velázquez tienen sus más elevados exponentes.

SYLVIO JULIO



JOSE FRANCES

que redacta contratos. Apto para la disección y la síntesis, no agota al principio la aportación de los elementos parciales de un trabajo; pero después de esa operación profesional enfócalos en conjunto y á las distancias exigidas por las leyes científicas.

Pero es difícil de descifrar el secreto de esa tarea peculiar porque sus oraciones elegantísimas descuellan sobre las afirmaciones y negaciones de su espíritu un estrellado manto.

Esto se comprueba en cualquier artículo suyo. Pintores muertos y pintores vivos; arquitectos viejos ó mozos; grabadores anticuados ó moder-

FANTASIA VEGETARIANA



Me he tropezado con Ramírez; ya saben ustedes quién digo, Ramírez, el profesor de Historia natural; pues me lo he tropezado en la Carrera de San Jerónimo, y que quieras que no, he tenido que cenar con él. Ramírez nunca fué excesivamente efusivo y la insistencia con que me invitaba despertó en mí grandes recelos. «Tal vez quiere convertirme», pensé conforme nos acercábamos al restaurant.

Porque Ramírez es vegetariano, y huelga decir que nuestra cena se compuso exclusivamente de farináceas y leguminosas, más una conferencia de Ramírez dedicada, como siempre, á su profesión de fe.

—Usted sabe, amigo Ramírez—le dije mientras chupaba un espárrago como un bastón—usted sabe que yo soy un hombre razonable, abierto á todas las convicciones; una tierra blanda para sembrar cualquier idea, porque estoy ansioso de hallar la verdad aun á costa de sacrificios. Pero, vaya, amigo Ramírez, hay algo en el credo vegetariano que no acaba de convenirme.

—Contaba con esa y otras objeciones de parte de usted—replica Ramírez, impasible—; todas están contestadas en este libro que acabo de publicar y que le ofrezco.

Me limpio las puntas de los dedos por si se hubieran manchado de aceite y agarro el libro. Se titula *Todos somos unos*, y la cubierta, en colores vivos, representa unas fauces humanas, por las que se precipitan, como en las cavernas de un infierno apocalíptico, innúmeros seres del reino animal: cerdos, vacas, aves, ovejas, caballos, antílopes, etc., etc., que van siendo devorados por la implacable quijada del rey de la creación.

—Mi teoría es—dice Ramírez—extender por el mundo el culto budista hasta que los dogmas de Sakia Muni sean practicados por toda la raza humana. Estos dogmas afirman la naturaleza sagrada de la vida y la necesidad de abstenerse de todo alimento animal. Están de acuerdo con los más modernos preceptos higienistas, y así calculo yo que, para el año 1980, casi toda la humanidad será vegetariana.

Fuíme á casa silencioso, pero no convencido; añadí al festín de Ramírez un par de buenas chuletas de ternera, hecho lo cual me metí en la cama, abrí el libro que me había dedicado y me dispuse á examinar sus teorías.

Las cuales reconocían al hombre como rey de la creación, pero una especie de rey constitucional sin derecho á comerse á sus súbditos. Afirmaba, además, Ramírez, que un gobernante ilustrado y humano debía administrar su reino liberalmente, para hacer la felicidad de todas las criaturas.

Aunque á ciertos espíritus poco sensibles les

parezcan algo extravagantes las ideas de Ramírez, lo cierto es que se fueron abriendo paso, y el nombre de nuestro ilustre naturalista, después de ser aclamado con elogio en las Academias, saltó á las columnas de los periódicos y luego al medio de la calle, donde la multitud lo exaltó como uno de los más grandes bienhechores que tuvo la Humanidad.

En seguida surgieron discípulos entusiastas, los cuales pedían protección para la vida de las plantas del mismo modo que para los animales. Los discípulos agudizaron el problema diciendo que era criminal que el arado fuera arañando la tierra sin remordimiento alguno, y sembrando la muerte entre los indefensos gusanos; como era poco honesto que el hombre, aprovechándose de

su superioridad, arrancase plantas lozanas ó plantas envejecidas en el servicio de la Naturaleza y sin piedad ninguna las echase al fuego. Aunque estos fanáticos extremistas conquistaban pocos adeptos, lo cierto es que su posición era tan lógica y estaba tan firmemente asentada como la del propio Ramírez.

Al principio todo iba bien; la Humanidad se regocijaba de haber hallado al fin la verdad y la armonía; en todas las ciudades del globo se erigieron estatuas á Ramírez, y poco faltó para que levantasen altares en su nombre. Mas al cabo de un tiempo... ¿qué ruido es ese que llega de los campos semejante al bramido del huracán agitando la selva? Increíbles manadas de animales, incontables millones de ovejas, cerdos, cabras, ciervos y aves de corral vagaban errantes por el mundo y amenazaban devorar el alimento humano (exclusivamente vegetal), y hasta empujar al Rey de la creación fuera de su reino.

Hubo que cercar los sembrados con altas y fuertes empalizadas para resistir los ataques del ganado hambriento; nubes de pájaros oscurecían el sol, y hubo que tapar con redes de alambre las cosechas. Mucha gente empezó á encontrar la situación bastante desagradable, y aunque nadie hablaba de volver á comer carne, se buscaba ansiosamente la manera de restablecer

el equilibrio de otros tiempos. Entonces se pensó en fomentar la cría de animales carnívoros, pues si el hombre, al quitar la vida de otro animal, era moralmente responsable, no así los animales inferiores, los cuales eran libres de seguir sus instintos.

Empujados por el extremo peligro de los tiempos, estos puntos de vista se extendieron rápidamente. Allá para 2860 había en el mundo más de 20.000 casas de fieras donde se practicaba la reproducción de todo animal carnívoro. Se aplicaron grandes capitales á la nueva industria, y China tuvo muy saneados ingresos con la exportación de millones de leopardos y panteras; los majestuosos leones del Cabo y del Atlas alcanzaban precios enormes; las hienas eran muy buscadas y pagadas por su gran apetito destructor; todo el oro de los yanquis pasó á la India, para pagar los millares y millares de magníficos tigres de Bengala. Aquí, en España, se cultivó mucho el lobo, y después de dejar servidas las necesidades nacionales, el Gobierno dictatorial, que estaba aún en el Poder, autorizó la exportación de lobos á otros países menos favorecidos.

Los pequeños agricultores se dedicaron á producir hurones, comadreja, gatos y perros; en las Alpujarras se consagraron á la cría de águilas, y la Sierra Morena fomentaba los buitres.

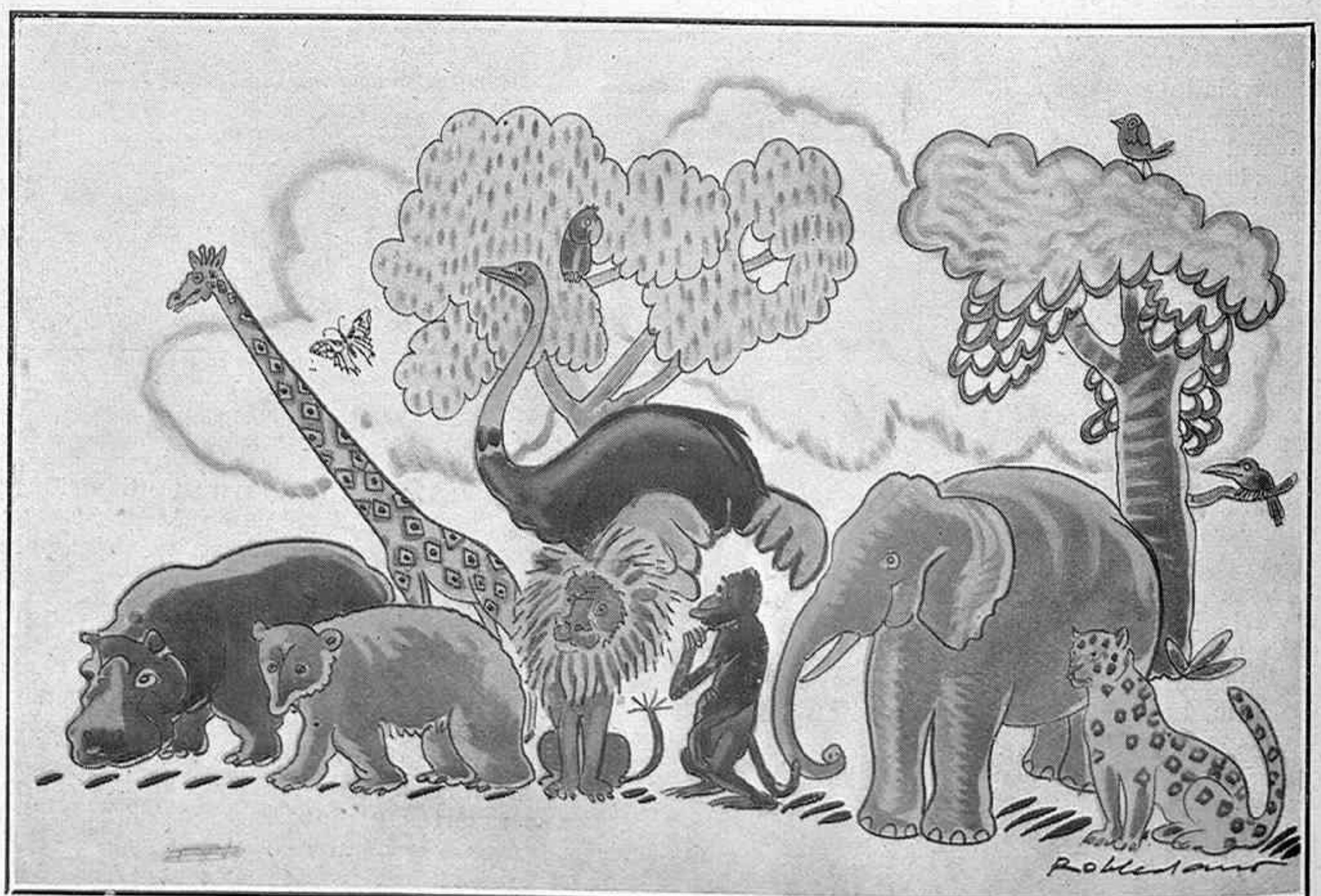
Más todo inútil: cada vez eran mayores los peligros que amenazaban á la raza humana. La Naturaleza volvía á su estado salvaje y el aire llevaba por doquier angustiosos gemidos de animales despedazados por las fieras. Los caminos no estaban seguros, y aunque el viajero escapara salvo, sentía su corazón oprimido por la cruel é inútil carnicería que las fieras, en su codicia de sangre, practicaban sin descanso.

Ramírez perdía terreno. Se le reprochó que sus doctrinas, basadas en un sentimentalismo morboso, habían apartado al hombre de su misión, que era la de comerse á los animales que sobraban para mantener el equilibrio. Las estatuas de Ramírez fueron derribadas y se abrieron de nuevo las carnicerías...

Pero ahora me doy cuenta de que no estoy leyendo el libro de Ramírez, sino haciendo la crítica de sus teorías humanitarias.

JOSÉ RODRIGUEZ DE LA PEÑA

(Dibajos de Robledano)





He aquí la pintoresca ciudad leonesa. Antigua Arcóbriga, Interomnium Flavium: Brigentium

(Fot. Cervera)

EL CABALLERO ALONSO

UN VIEJO HIDALGO LEONÉS

ESTA es la antigua ciudad. Bedunia, Arcóbriga, Interomnium Flavium... Ciudad romana ó celta ó medieval. Circundan su radio murallas seculares; sobre ellas, el alcalde de los conservadores, ó el alcalde de los republicanos, levantó un puente, apoyado en los sillares del cubo más bello, más firme, más airoso de los construídos por Quinto Marco hacia el siglo II de la era de Augusto.

La ciudad de Bedunia, durante la noche, duerme pacífica, tranquila, inalterable, sumamente satisfecha con sus recuerdos milenarios. A veces interrumpe el silencio la voz del sereno, el aullido de un perro vagabundo que el sereno ahuyenta... A veces, en la Ronda lejana discuten algunos trasnochadores la aventura galante, la aventura de caza, la aventura del círculo. Pero la ciudad, si se inquieta un instante, torna luego al reposo. En esta vieja ciudad no viven estudiantes, ni el movimiento de viajeros en su estación conmueve las calles con lejanas trepidaciones de carruajes y sonidos de cascabeles y gritos de mayores y mozos de fondas y hospederías. Todo es silencio en la vieja ciudad.

Durante el invierno, en las tardes de sol, las murallas reciben la visita de los frailes y de los curas, y también de los viejos y de las viejas. Los viejos señores pasean la muralla alta; los pobres viejos, la muralla baja. Los ricos ancianos van envueltos en amplios gabanes de piel, con su caña de Indias y su cigarro habano. Hablan del año 73. De Amadeo, de Cánovas... Los pobres viejos dejan abandonado su pardo *tapa-bocas*, arrastrándose difícilmente por el duro empedrado, y forman grupo en el semicírculo de la muralla. Estos pobres viejos, estos viejos pobres comentan los sucesos del año 70. Admiran á Prim y á Pavía, y murmuran de Cánovas y de Sagasta.

Pero entre las gentes venerandas de esta ciudad vive un hidalgo de brillante historial, de re-

ció temple, de fuerte espíritu, de alma noble y limpia sangre.

El nombre del hidalgo nos ha conmovido. Don Alonso de Quesada y Villamontiel. Su hidalguía arranca de los ricos varones de Quesada, dueños, propietarios y señores de la Valduerna. El hidalgo D. Alonso no se reúne con los viejos ni con los jóvenes, ni con los otros hidalgos de la vieja ciudad. El hidalgo D. Alonso pasea sólo, sólo distrae sus ocios, sólo habita en el caserón tradicional de la Ronda de los Gatos. Frisa en los cincuenta; alto y recio, de fina barba plateada por prematuras canas, de ojos vivos, de gesto prócer, de vibrante voz, ni soberbio, ni humilde, ni modesto, ni vano, ni pretencioso. Sabe conservar su puesto, y lleva bien el alma de sus ascendientes. La vida del caballero D. Alonso muestra una curiosa página de virtud, de elocuente ejemplaridad. Muy de mañana, el hidalgo baja á sus patios, saluda á sus gallinas y á sus perros, y á sus conejos y á sus ánades. Entretiénesese con ellos en admirables diálogos.

Visita, cuando el sol brilla sobre las tapias del huerto, los rosales y los claveles, recorre los surcos donde crecen las lechugas, contempla sus nogales y sus almendros, y detiénesese en verano á la sombra del secular álamo y lee libros de caballería. Los caballeros de la Tabla Redonda, la vida de Reinaldos de Montalbán, la del arzobispo Turpin... Luego, el Romancero, El Mío Cid, Rosaura del Guante, Bernardo del Carpio, y al fin pasea la vista por los capítulos del Ingenioso Hidalgo... Le entusiasman los amores de Luscinda y Cardenio; otras veces la aventura de la pastora Marcela.

Cuando alguna injusticia le conmueve, admira la libertad de los galeotes; sonrío con los ladrones en cuadrilla, más que cuadrilleros; ó bien repasa, si le recuerdan estos homenajes y estas vulgares vanidades de los hombres, el sincero tributo de gratitud que el caballero por excelencia

rindió á Doña Tolosa y á Doña Molinera en memorable instante.

Si la nieve cubre la ciudad, gusta D. Alonso de salir á la caza del ave fría, y ya en la noche, quiere ocultarse en la choza de los pastores ó en el rincón del derruído convento. Los cabreros suelen invitarle en las pascuas de la Natividad á la *chanfainilla* y á las sopas de ajo. Jamás rechaza la invitación.

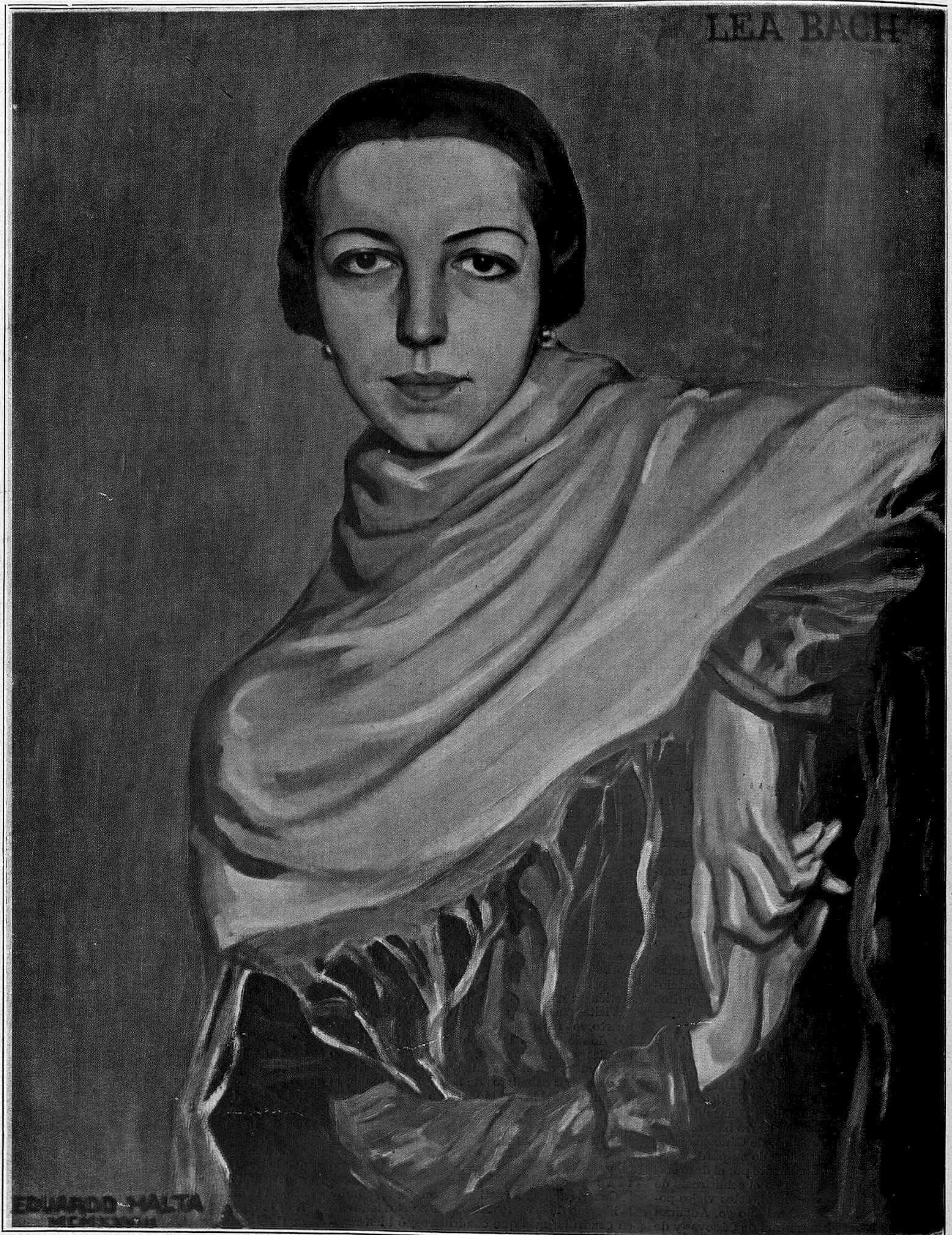
Como es fama, padece del hígado en los días de Agosto; medicínase con el agua pura y cristalina del manantial de la cumbre, muy saludable, según dicen y él comprobó.

Su mejor amigo es el libro. Si pasea en las tardes de invierno por el puente de la muralla, los demás hidalgos murmuran piadosamente de él...

Los domingos y festividades del Señor y de la Virgen asiste á misa de alba. Un sólo mes en el año cobra la renta de ocho mil reales vellón, aun reducidos por el buen caballero Alonso á maravedises. Los venteros acuden á su casa en miércoles, conmemoración del natalicio del hidalgo. De sus maravedises cuenta unas monedas para los arrendatarios, otras monedas para los pobres, otras para las gallinas, para los perros de caza y para los galgos corredores. Le agradan los pichones y las lentejas, ama la música, odia los periódicos locales, y su libro preferido es el del *Buen Amor*, del Arcipreste. También le distraen y le encantan el de *La Cetrería* y las páginas de Jorge Manrique, de quien es sumamente devoto.

En la vieja ciudad le conocen por un curioso apodo. A él le agrada escuchárselo á los muchachos cuando se lo repiten á sus espaldas en el paseo, en la muralla ó en los soportales de la plaza. A él le conduce órselo á los viejos. Suelen llamarle el caballero D. Alonso, el hidalgo de la capa raída, y suele sonreír. El caballero Alonso también sonrío.

MANUEL F. FERNANDEZ NUÑEZ



ARTISTAS ESPAÑOLAS

«Lea Bach», retrato original del pintor portugués Eduardo Malta

JOYAS DE LA ARQUITECTURA PATRIA

Es, seguramente, el monumento gótico de carácter civil más notable de Cataluña, y quizás de España. Pablo Piferrer y F. Pi Margall, en su libro *Cataluña*, de la colección *España*, dijeron que si cabe en una construcción primor, atrevimiento y elegancia, hállanse estas prendas reunidas en la Casa de la Diputación, monumento que es la admiración de los extranjeros y el honor de Barcelona.

El palacio de la calle de San Honorato se convirtió á fines del siglo xv en palacio de la Generalidad del Reino ó antigua Diputación de los tres estamentos de Cataluña, hasta que fué extinguida por Felipe V, tras la sangrienta guerra de Sucesión, ocupándolo desde 1548 la Real Audiencia del Principado. Desde 1822, la Diputación Provincial (y anteriormente el Consejo de la provincia), se alojaron con sus oficinas en este edificio, que había comenzado su construcción en 1436, hecha su frontera principal á fines del siglo xvi, y quedada terminada completamente su obra á principios de la siguiente centuria. En más de una ocasión cobijaron sus techos la celebración de Cortes, y sus muros fueron testigos mudos de suntuosas fiestas reales dedicadas á varios monarcas en sus visitas oficiales á Barcelona.

En 1416, Marcos Safont, dirigió la obra de la calle del Obispo, que más adelante diremos. El San Jorge lo esculpió en mármol el imaginero Pedro Juan. En 1420, se construyó el fastuoso patio: sencilla escalera comunicaba con el piso alto y se mantuvo todo el edificio dentro de la austeridad del gótico cuatrocentista. La escalinata y galería principal fueron labradas en 1425, y las gárgolas, acusando figuras humanas y seres fantásticos, muestran vigorosa ejecución. Lucio Borrassá pintó las vidrieras que



Medallón de San Jorge que decora la fachada del Palacio de la Generalidad, colocado sobre la puerta principal

como el maestro Juan Roure d'Anvers (año 1427). La capilla de San Jorge fué acordada en su construcción por las Cortes de 1432, edificándola Marco Safont, con la exuberancia de ornamentación del gótico florido ó castellano, no exento aquí de influencias mudéjares ú orientales en la tracería ó claraboyas de puerta y ventanales. Fué enriquecida esta capilla con toda clase de joyas para el culto y de privilegios espirituales. El bordador Antonio Sadurní, se encargó de ejecutar á maravilla verdaderas preciosidades, trabajando á sus órdenes el veneciano Gili y el saboyano Antonio de Llouyine, á

EL PALACIO DE LA GENERALIDAD EN BARCELONA

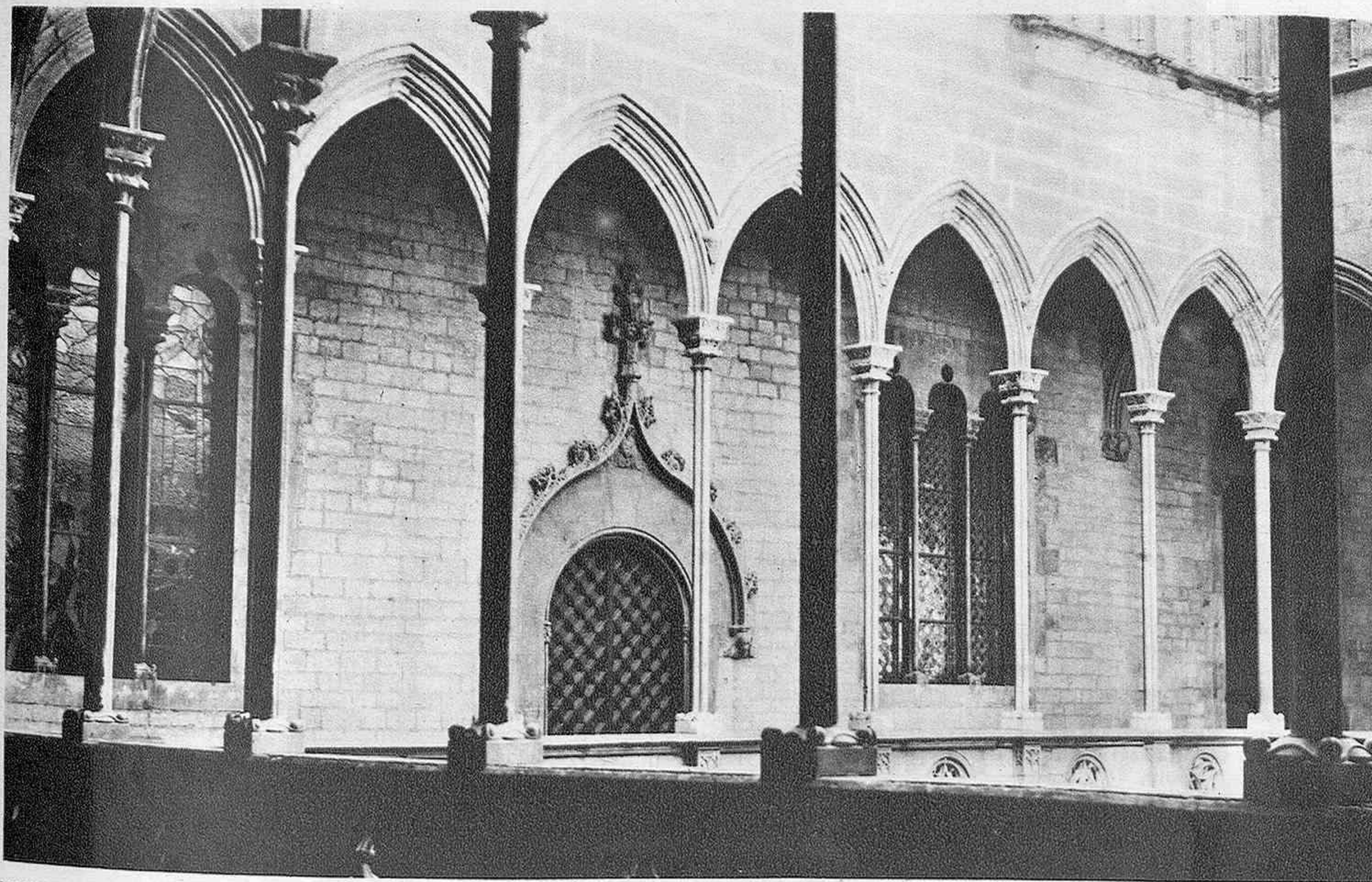
quien Puiggari atribuye el famoso frontal de San Jorge, que es de arte netamente italiano.

El cuerpo de edificio se trató de adelantar mucho en 1432, adquiriendo para ello varias casas vecinas; mas, una paralización de la obra, se prorrogó hasta más allá de los calamitosos tiempos del 1460 á 1495, en que se perturbó y empobreció Cataluña. En 1527 se continuaron los trabajos, fabricándose el patio de los Naranjos (1539 á 1546); y después, la galería superior en 1558. Fué notable ornamentación interior del mismo siglo xvi la de las imágenes ó retratos de los soberanos de Cataluña, pintados por el italiano Felipe Ariosto, en 1587 (1).

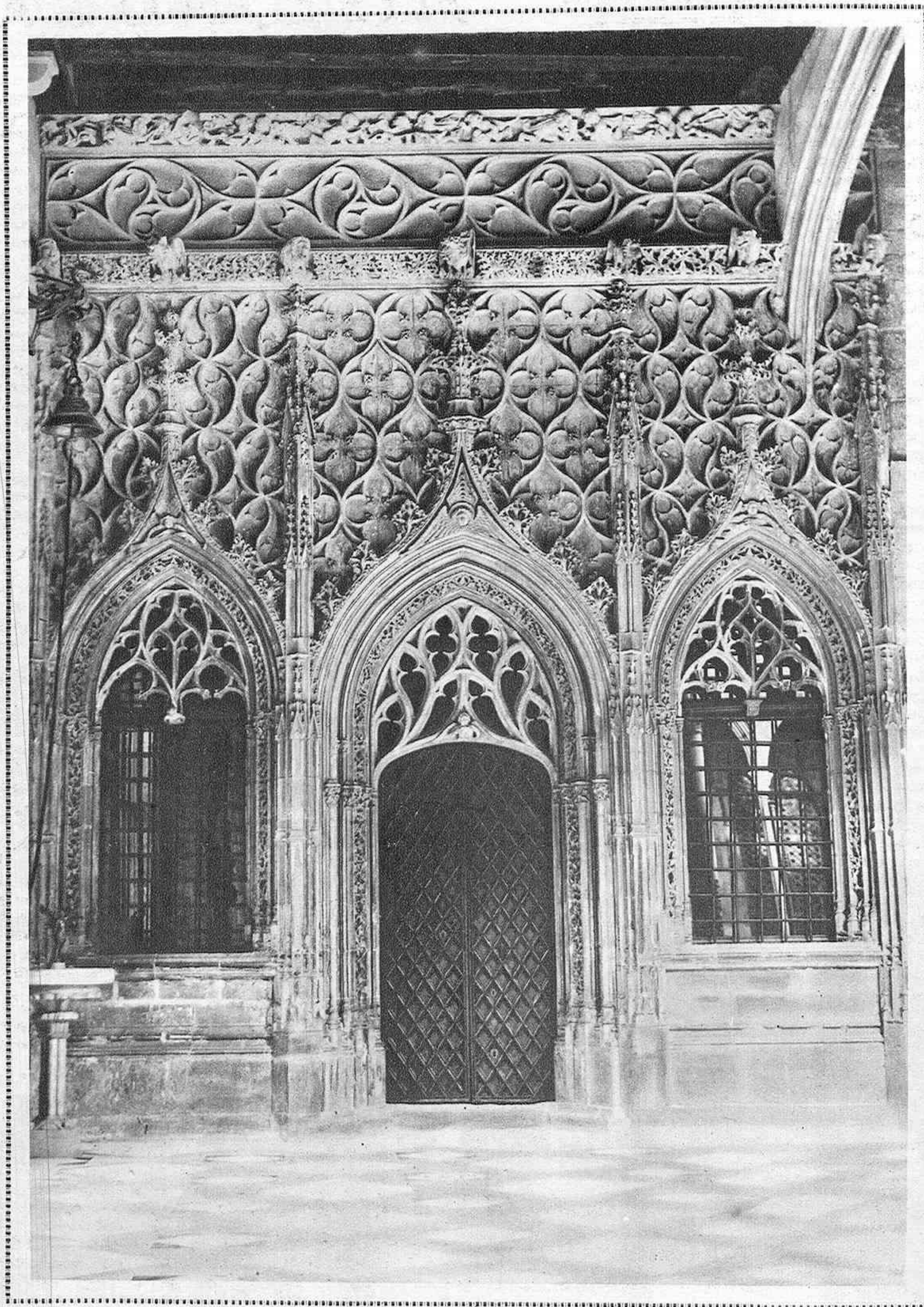
Posteriormente le fueron adosadas al palacio otras edificaciones, á fin de habilitarlo para la Diputación Provincial, edificándole la nueva frontera recayente á la plaza de la Constitución (antes San Jorge), frente al Ayuntamiento. Su estilo es monumental post-renacimiento, con columnas y balconadas que dan luz al grandioso salón recientemente decorado con bellísimas pinturas murales; pero todo ello cae fuera de los límites de estas modestas notas, así como lo referente al Salón de Sesiones, con su rico artesonado y pinturas de Fortuni, la valiosísima biblioteca de los Estudios Catalanes y otras dependencias y edificaciones que rodean y casi ocultan á la mirada del viandante el tesoro arquitectónico que nos ocupa.

La puerta proporciona ingreso á un pequeño deslunado, á través del cual, y de anchurosa entrada, se llega al gran Patio de Honor, del cual arranca la escalera que conduce á la galería alta, que es un prodigio de belleza arquitectónica y de elegancia ojival. Ligerísimos fustes soportan el

(1) Datos de D. Francisco Carreras, en su libro «Barcelona».



Maravilloso claustro gótico del Palacio de la Generalidad



Puerta de la Capilla de San Jorge

apoyo de los arcos apuntados, base del muro alto, perforado por la arquetería rebajada y antepecho de la galería superior, muy adornada de relieves, gárgolas y chapiteles. En el claustro principal vemos varias puertas y ventanales del mismo siglo XV, que comunican con distintas dependencias, destacándose entre ellas, como la más notable, la de la capilla de San Jorge, deliciosa obra mural de bellísimos relieves y delicadas tracerías, como indica la fotografía que publicamos. En el interior del oratorio es de admirar, entre otros detalles, la bóveda, cuya crucería se apunta en nueve preciosas claves, sobresaliendo la mayor ó central. En los capiteles de los estribos aparecen los emblemas de los cuatro Evangelistas. De esta capilla son los valiosos or-

namentos y joyas que aparecen catalogados en el museo municipal.

Pero lo más admirable es, sin duda, el antedicho claustro, de factura tan elegante como atrevida, pues toda la parte alta de la fábrica de sillería descansa sobre los delgadísimos fustes de la galería. Para colmo de audacia, el artífice suprimió la columna sustentante del ángulo de la escalera, la cual también es un alarde de buen gusto en las delicadas labores de sus rosetones.

En ángulo con la puerta ornamentada de la capilla, perforan el muro dos puertas de comunicación del claustro alto con el patio superior de los Naranjos, que es de aspecto sorprendente y por demás artístico, por el bello conjunto de puertas y ventanas y claustrillas laterales gótico-

renacientes, y otros detalles del período de transición, como estatuas, frisos, dinteles, gárgolas y pináculos en armónico consorcio con un jardín, surtidor, una blanca pavimentación de mármoles, modernas pinturas murales y antigua torre del reloj. La reciente restauración de este patio y su artístico embellecimiento es debida al arquitecto Sr. Puig.

Con ser este palacio de la Diputación ó de la Real Audiencia uno de los más notables de Barcelona, es, sin embargo, también uno de los menos estudiados, y tal circunstancia abona estas notas de divulgación cultural.

CARLOS SARTHOU CARRERES

(Fots. del autor)

Uno de los últimos retratos colocados en el Museo Provincial de Málaga es el que a José Nogales Sevilla ha hecho su compañero fraternal José Ponce Ponce, tan certeramente especializado en el género.

Estos dos nombres evocan —para quien no deja en olvido aquella meritoria generación de artistas malagueños que empezaron a formarse en la última parte del siglo XIX, bajo la dirección de Muñoz Degraín y de Ferrándiz— dos simpáticas figuras de pintores reclusos gustosamente en la ciudad natal, ajenos a la feria de vanidades de la Corte, entregados a lo largo de su existencia al gozo de crear belleza con arreglo a su temperamento y dentro de modestas aspiraciones.

Y, sin embargo, tanto al uno como al otro, cualidades suficientes les distinguen para que la nombradía hubiese tenido más dilatados ecos. También en otro tiempo, cuando las recompensas oficiales tenían un valor afirmativo que el uso y el abuso han desgastado después, su aportación a los Certámenes nacionales obtenía merecido premio.

Nogales y Ponce son ambos profesores de la Escuela de Artes y Oficios de Málaga. El fervor paternal y la pericia pictórica del segundo ha fijado en un lienzo el rostro inteligente, la simpática expresión del primero. Es un bello retrato en que el espíritu del modelo está desentrañado con igual fidelidad que su fisonomía: un admirable trozo de pintura en que nada se fió al efectismo externo, ni las piruetas factuales, tan frecuentes en nuestros días, sino que línea, masa y color se conciertan con sabiduría y sentimiento.

Se ha hecho bien en incorporar la figura de José Nogales al Museo; de fijar para lo futuro ese rostro tan familiar a cerca de medio siglo de vida malagueña. Desde que urtaba horas a su descanso y ocio cuando era no más que un humilde funcionario de ferrocarriles, hasta que ahora, aquejado de una grave dolencia, no deja de cumplir un solo día sus deberes de profesor de la Escuela, la vida de José Nogales ha sido un constante, un devoto sacrificio al arte.

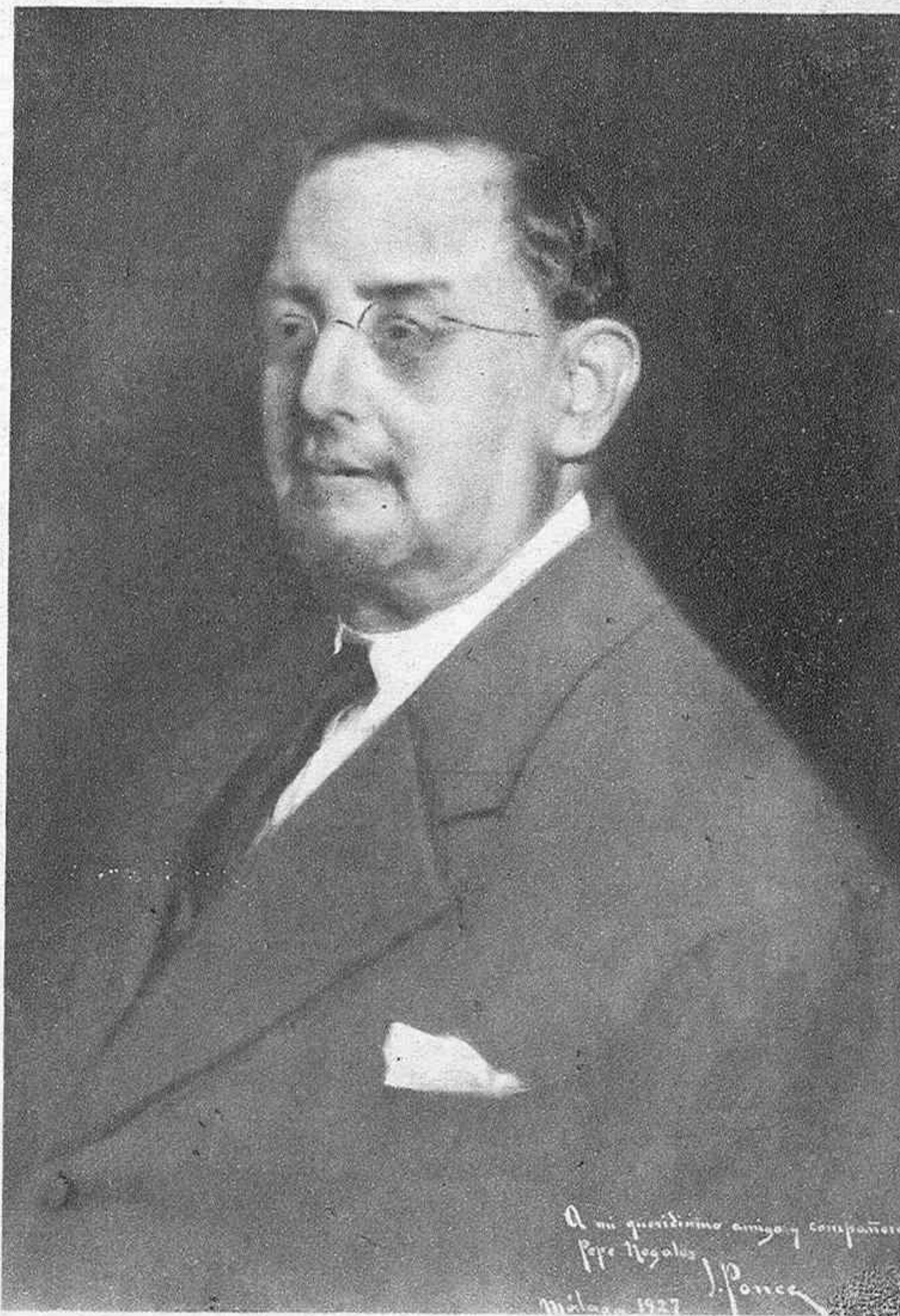
Acaso con otro carácter más amigo del exhibicionismo y audacia personales, más a tono con la época favorable a los arrivistas, que las postimerías del XIX iba a entregar como burlón legado a las incipencias del XX, José Nogales tendría ahora la reputación equivalente a su talento.

Pero él pintó siempre por el goce de pintar; buscaba en su arte no el lucro ni la gloria, sino esa íntima deleitosa emoción de transmitir al lienzo lo que sus ojos veían y lo que en su alma se formaba.

Así, su obra, aunque alguna vez—como en el ejemplar triunfo de la Santa Casilda— tuviera nacional resonancia, fué casi siempre rumor dulce, suave, contenido en los límites de su tierra andaluza, tan pródiga en maestros de ayer y de hoy.

Ya se ha dicho cómo los comienzos de José Nogales fueron difíciles. Sometido a tareas antitéticas de su inclinación natural, los primeros lienzos de Nogales son floreros, paisajes, generosas miradas a la Naturaleza.

Las «flores» de Nogales tienen una condición



Retrato de José Nogales, pintado al óleo por José Ponce

ejemplar en la pintura andaluza. Cuando se desdénaba en cierto modo el género porque las enormes composiciones históricas se creía lo único fundamental en pintura, las flores, los paisajes de Nogales decían humildemente su credo idealista y su sincera verdad cromática.

Fuó precisamente un florero, el cuadro titulado *Rosas y espinas*, lo que destacó ante el gran público la personalidad de Nogales, en la Nacional de 1890, donde se le recompensó con tercera medalla.

Tenía entonces el artista treinta años, y dos después, en la Internacional de 1892, se realizó lo que Balart, el crítico de arte más famoso y temido en aquella época, nombró el «milagro de San José Nogales».

Una medalla de oro premió justamente el *Milagro de Santa Casilda*, original del artista malagueño.

Es curioso observar, antes de seguir adelante, cómo es precisamente una alusión floral un tema que consintiera unir a la obra de gran empeño la grata predilección del artista, lo que centra la idea y la composición de este magnífico lienzo, que se equipara, con toda justicia, a *Los amantes de Teruel*, de Muñoz Degraín, y *La conversión del duque de Gandía*, de Moreno Carbonero, por citar solamente maestros de quienes Málaga se enorgullece.

Harto conocida es la piadosa leyenda de aquella princesa árabe, hija del rey moro de Toledo, Almacrin, que, sorprendida por su padre un día en que bajaba comida a los cautivos cristianos,

hubo de responder a la pregunta airada de su progenitor, que sólo llevaba flores entre los pliegues de su manto. Y obligada a descubrirlo, vióse, efectivamente, que el pan, la carne y las frutas se habían convertido en rosas de gratísimo aroma.

Años después, la princesa morisca llegó a tierras de Burgos, deseosa de escapar de la tiranía paterna, que contrariaba sus ansias de cristianizarse, y luego de recibir el bautismo, murió en una ermita inmediata a Briviesca el 9 de Abril de 1126. Cuatrocientos años después, Velandía escribe su historia, que luego Hidalgo pondrá en rotundas estrofas castellanas, y la fama del santuario donde los restos de la Santa reposaban desde su muerte acreció el número de sus devotos.

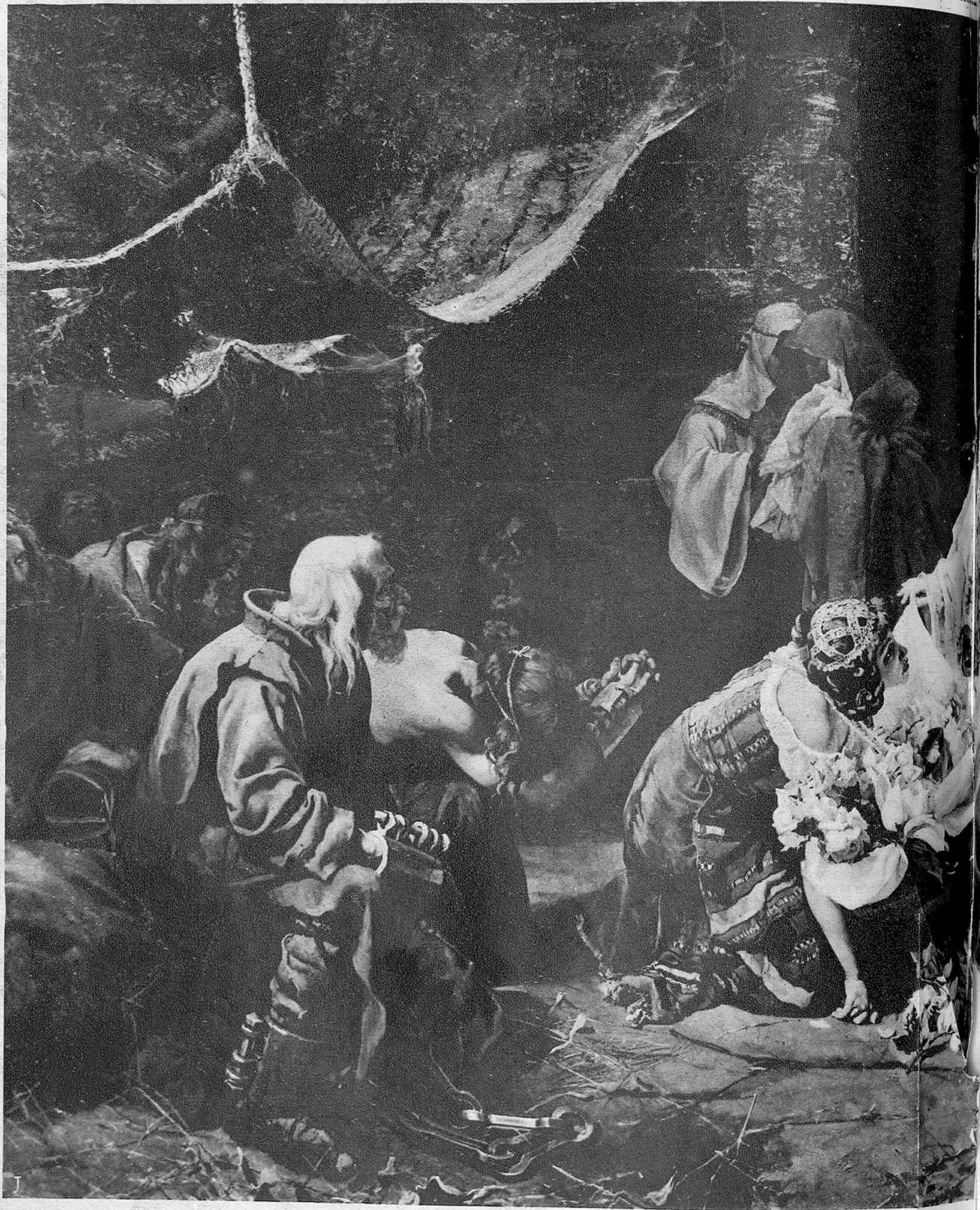
José Nogales representa en su cuadro el momento en que, llegada la princesa al calabozo donde están aherrojados los cautivos cristianos, deja caer abierta la envoltura donde llevaba los alimentos, y muestra a la mirada estupefacta de su padre las rosas que dijera portar. (Acaso en el *Milagro* lo que hay de profunda huella sentimental en el alma de las muchedumbres, a lo largo de los siglos, es ese valor simbólico de la ofrenda florida, de la ternura con que se pretende embellecer y perfumar el infortunio ajeno. Lenguaje flúido es aquel en que las palabras cuidan de unirse para un don de poesía y de ensueño. Flor, el elogio y la frase que acaricia. Como un florecimiento sería, en las mazmorras agrenas donde yacían los cautivos cristianos ó en los calabozos cristianos en que sufrían los moros cautivos, aquellas apariciones de princesa de romance con sus atavíos claros, y sus cabelleras trenzadas y sus manos blancas que se posaban sobre las frentes greñudas y las llagas incurables.)

El «milagro de San José Nogales», decía Balart, y acaso también pensaba que aquellas flores traídas desde los cuadros humildes al lienzo de grandes dimensiones y bien lograda amplitud, realizaban la maravilla de cambiar en claridad y gozo la vida obscura y atormentada del artista.

Súbitamente recibía el autor del *Milagro de Santa Casilda* ese resplandor glorial que había de iluminar también su obra en la Historia de la pintura española del siglo XIX.

Pero este cuadro, premiado con medalla de oro, y que, por lo tanto, merecía conservarse, con harta más motivo que tantos grotescos ó mediocres abortos estéticos recompensados con tercera ó segunda medalla, y que se almacenan en el Museo de Arte Moderno, está escondido en un convento de monjas, donde se le hurta a las miradas y donde no cumple aquella misión didáctica que de su indiscutible valía pudiera aprovecharse.

No es sólo *El milagro de Santa Casilda* el cuadro que proclama el arte de José Nogales. Importa recordar *El Abencerraje*, *Dáfnis*, *El Cautivo*, excelentes lienzos de figura, donde se demuestra el concienzudo dibujo y la maestría en el claroscuro que distinguen al maestro malagueño. Y recordar también los centenares de paisajes, en que la privilegiada naturaleza de la tierra malagueña fué y sigue siendo glosada por uno de sus hijos más dilectos y más fieles.



LA PINTURA CONTEMPORANEA



Estampa de París

Demasiado explotado tal vez por la literatura pintoresca, el «bouquiniste» de la orilla del Sena sigue siendo tentador para el lápiz de los artistas. Ochoa nos da una nueva visión de ese aspecto tan parisien, donde no falta el eterno bohemio melencólico que evoca a Murger

SI LAS ESTATUAS HABLARAN...

G A L D Ó S

HE aquí lo que diría:

Os aseguro, mis queridos camaradas, que no sé verdaderamente si estoy vivo ó muerto, pareciéndome como un sueño que haya podido cumplirse la fatal profecía que desde hacía mucho tiempo venía embargando mi ánimo. ¿He muerto de verdad? ¿Será posible que no pueda dar cima á los *Episodios Nacionales*? Por esto únicamente me acongojo, y no por mi ceguera, ni por mi pobreza, ni por el cieno de la envidia que de vez en cuando conmueve mi modesto pedestal. Y por ello quisiera volar, que no correr, á mi quinta de Santander, para sentarme en el despacho, mirar al campo, luego al mar y emborronar unas cuartillas, mezclando los sucesos con las figuras reales y novelescas, enlazando mi humilde prosa con mis dibujos, prestando á la fábula la verdad histórica y la verdad de la Naturaleza, cuna del arte, para de este modo terminar *Sagasta*, sin falsedades ni omisiones cobardes, haciendo palpitar en sus páginas la pasión del pueblo, el heroísmo de los caudillos y el choque de las ambiciones y aspiraciones, narrándolo todo con mi lenguaje sencillo y puro, como si hablaran los mismos personajes.

Ved qué cosa más rara. Yo, que he contado tantas historias de tanta gente, no he sabido nunca contar la mía. ¿Para qué? Mi vida, mi alma, está en mis libros. En ellos he volcado mi fantasía. Por eso me dió siempre vergüenza, y me costó sudores tener que hacer alguna pública confesión ó pronunciar en público palabras de salutación ó agradecimiento.

Volviendo á mi tema, pregunto de nuevo: ¿Soy, en realidad, un cadáver? Yo, madrileño de corazón, desde este sitio contemplo mi Madrid y lo veo igual que ayer. Esa calle de Coleros. Esa casa humilde. Ese portalillo por donde sale D. Patricio Sarmiento. Parece que estamos en Mayo de 1822. Parece que estamos en Noviembre del 76. El mismo arco de San Ginés. Los chicos llenan la calle con sus juegos y gritos. En una mujercita que cruza por este rincón legendario ven mis ojos á Solita. Y veo á Antonio Velasco Zazo, á quien muchas veces saludé por estos andurriales, envuelto en su capa, rememorando los lugares pintorescos de aquel 7 de Julio... Otra obsesión mía, y que entonces me reservaba, acompañando al futuro cronista de Madrid, sintiéndome tan madrileño como él, no obstante abrigarme con el gabán, mi flexible negro, el pañuelo blanco anudado al cuello, mi bastón y mi largo cigarro en la boca, diciéndole: ¿Quiere usted que vayamos por allí? Esa otra calle de las Veneras sabe mucho de D. Urbano Gil de la

Cuadra y de Salvador Monsalud, las figuras atraídas que pasaban entre los milicianos sentados en banquetas á la puerta de la Casa-Panadería, haciendo tertulia bajo los arcos. Oyense los versos de *El Zurriago*, la palabra fogosa de Argüelles y las frases inspiradas de Pugitos. Madrid es un campamento. Hay enorme revuelo en el parque de San Gil. Narváez vitorea á la Constitución.

Perdonad. No me había dado cuenta que estaba escribiendo.

exportando y traduciendo á diversos idiomas. ¿No se ha criticado á Cervantes? ¿No se ha criticado el *Quijote*? ¿No se ha criticado á Echegaray? ¿No se regateó el homenaje á este último? ¿Y qué? El *Quijote* es el libro universal, como Echegaray fué *Don José*, mientras que los que critican son Fulánez y Mengánez, ó cuando más Fulano y Mengano, á quienes en ocasiones suelen romperles la pluma ú otra cosa más sensible, como le ocurrió á un Zutanito que en aquella época en que se discutía á Echegaray salió

malgrado de las tertulias calenturientas del café de Fornos.

Observo de nuevo que he vuelto á escribir, y lo que ustedes quieren en esta ocasión es que les hable de mí mismo. ¡Pero si ya he dicho que no sé hacerlo! ¿Les da lo mismo que hable de mis obras? ¿Sí? Pues á ello, que el tiempo pasa.

¡Mis obras! ¿De cuál quieren que nos ocupemos? ¿De los *Episodios*? Confieso que no tuve plan al empezar la serie primera, y que me distraían más otras novelas pensadas. ¿Sería posible que algún español tuviera la paciencia de leer tanto tomo como yo compuse? Un conocido literato me dijo en una ocasión: ¿Querrá usted creer que no he leído nada de usted? Si los eruditos dicen esto, ¿cuántos *Episodios* leerán los no eruditos? Después de todo, yo no hice sino contar la historia patriótica de los días azarosos, con noble entusiasmo, con fe y con amor, sin alardes literarios, con prudencia bien entendida, sin fantasear, solamente

haciendo novela histórica que es lo que me proponía.

¿Para qué más? Con lo antedicho tienen ustedes una autocrítica que no hubiera cedido nunca. Además, siento lo que nunca sentí: castigo. Acaso el peso de los años y los achaques. Y el temor á lo que se diga de mí. ¡Se ha dicho tanto! ¡Se dicen tantas cosas de unos y otros! Mas no tienen la culpa los que las dicen sino los que las dejan publicar.

Callad. Oigo muy lejos una voz de mujer que dice:

—¿Qué es esto? ¿Te arrepientes?

Y Salvador Monsalud responde:

—No. Vamos... En marcha.

Un coche parte á escape, y Soledad grita:

—¡Salvador! ¡Salvador!

Pero esto no lo oye más que Dios, porque dice con la lengua del alma, como yo proferí mis postreras palabras, tratando de desasirme de los brazos de la Muerte y volver á poner mis pies en la tierra, para seguir enalteciendo á mi manera el nombre de España.

ANTONIO VELASCO ZAZO

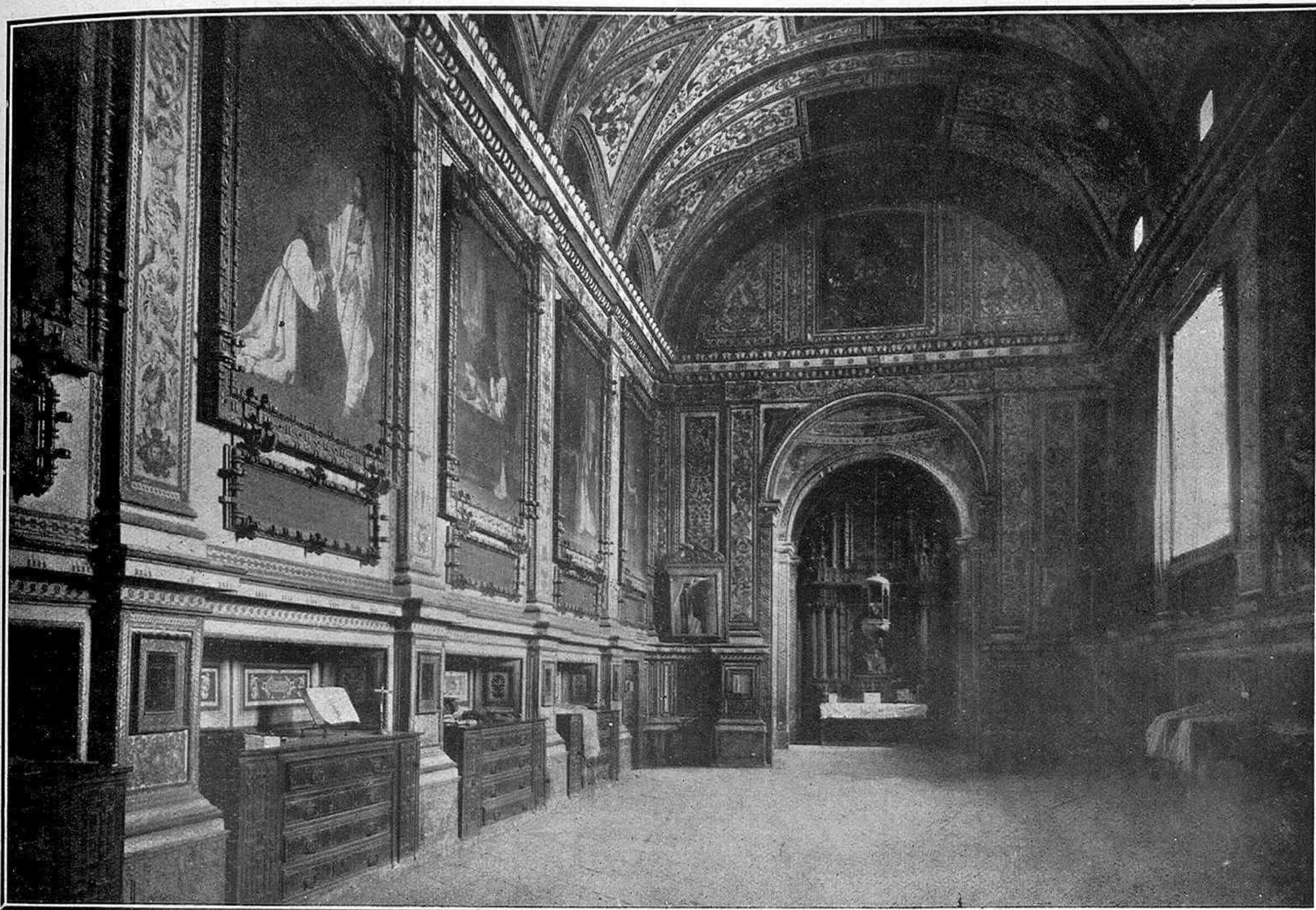


Fragmento del monumento á D. Benito Pérez Galdós, obra del escultor Victorio Macho

Me han sacado de mi mutismo los críticos improvisados que andan maltratando mis obras, acaso por determinadas tendencias que no son sino infantiles opiniones. Vaya por delante todo mi respeto y consideración hacia las ajenas opiniones, sin inconveniente de que pueda yo recoger la pública opinión y la de mis personajes, que es la que mariposea por mis libros, escritos, bien lo sabe Dios, haciendo caso omiso de lo que luego pudieran decir los intelectuales de Universidades, Academias y Ateneos. Yo recogí las opiniones de mis personajes y las volqué en los varios pasajes, sin la más lejana idea de combate ni polémica que repele mi ánimo.

Después de todo, me pregunto: ¿Puede prevalecer la crítica improvisada? No. Nada implica el prestigio de la firma si la opinión es pueril. La consagración de una firma autoriza á veces á determinadas irreverencias que en otro cualquiera no se consentirían. No faltan incautos que siguen el ejemplo; pero esto no quita ni da fama al genio. ¿Qué influye esta crítica de ahora? Nada. Constantemente se están reeditando las obras de los ingenios peregrinos,

Una excursión al Real Monasterio de Santa María de Guadalupe (1)



Sacristía del Real Monasterio de Santa María de Guadalupe, cuyas paredes decoran los cuadros de Zurbarán

LA sacristía de este sin par Monasterio fué construída durante los años transcurridos desde 1638 á 1647, según planos de autor desconocido; aunque se sabe que fué un fraile de la Orden de Carmelitas el que la proyectó y ejecutó, por encargo del prior del Monasterio de Guadalupe, padre fray Diego de Montalvo, y cuya terminación es de tiempos del padre fray Ambrosio de Castellar.

Muy de sentir es que sigamos ignorando el nombre del genio creador de esta bella y artística obra, ante la cual no pudimos por menos de recordar, extáticos, aquellas hermosas palabras de Chateaubriand: «Los que cristianamente mueren en el anónimo trabajo, no perecen, porque sus nombres, conjuntamente con sus bellas obras, en esos instantes nacen á la inmortalidad.»

Esta famosa sacristía, que goza del privilegio de atraernos con el sugestivo poder del encanto, consta de una sola nave rectangular, que mide 17,52 por 7,78 metros, con una única entrada por la antesacristía. El detalle de tener al fondo una capilla, que es la dedicada al culto de San Jerónimo, la asemeja á una pequeña iglesia. A nuestro juicio, esta sacristía constituye, arquitectónicamente considerada, la obra maestra del Monasterio. Por haberse construído con el exclusivo fin con que fué y es utilizada; por sus ajustadas proporciones, plenas de serena armonía; por su suprema elegancia y afortunada disposición de sus elementos decorativos; por contener en su recinto una de las más completas colecciones del mundo, como obra portentosa é insuperable de un solo pintor, que además, en este caso, es nada menos que el insigne Zurbarán;

y por conservar en toda su integridad el ambiente característico é inconfundible de la España de Felipe IV (el rey poeta), tan desgraciada históricamente hablando como gloriosa y deslumbradora en el mundo de las artes y de las letras; por las expresadas razones y por muchas más que en gracia á la brevedad omitimos, la sacristía de la iglesia de Guadalupe, interesantísima y valiosa joya de supremo arte, se debe considerar como la primera y más importante de España, al extremo de que quien la haya contemplado la recordará siempre.

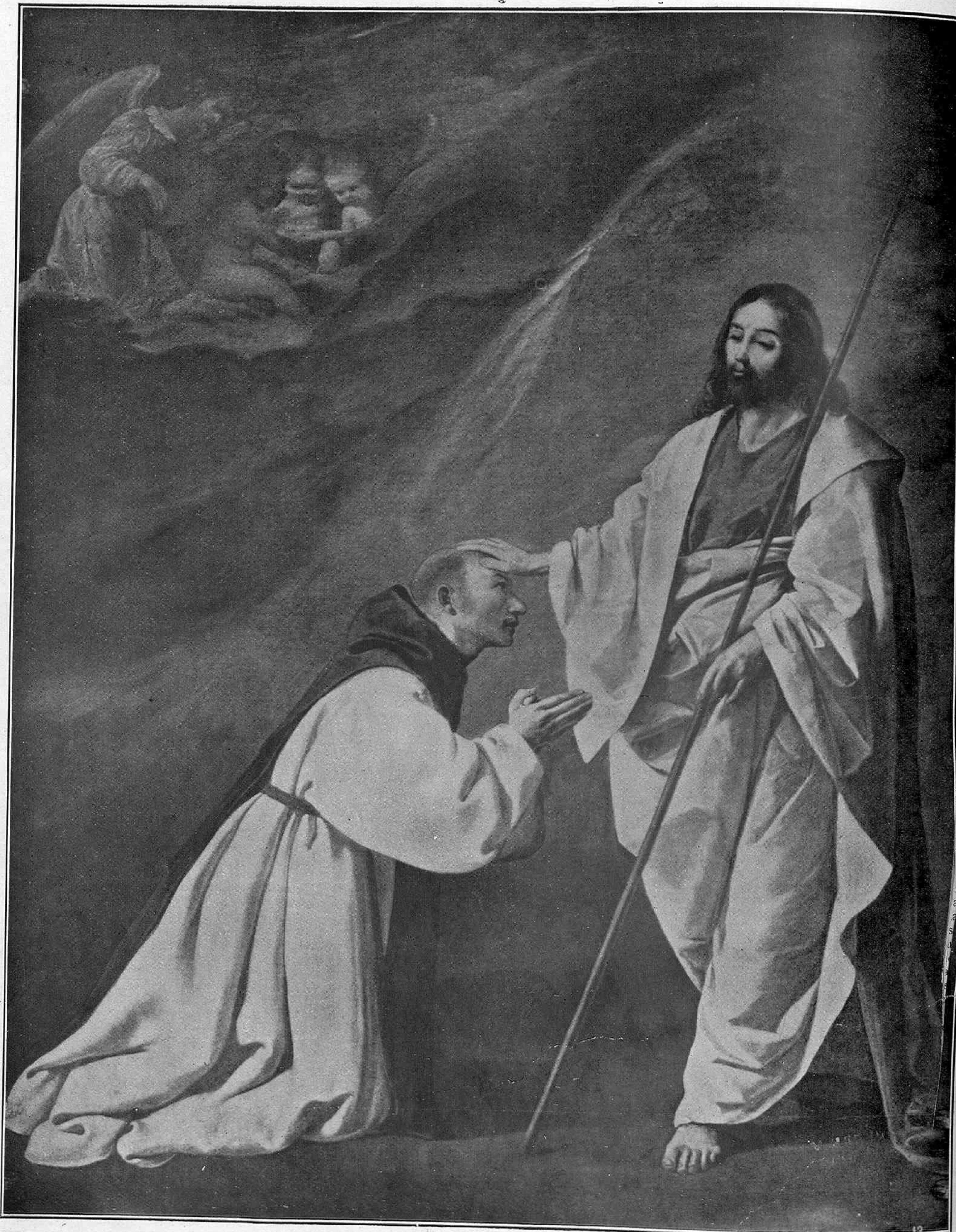
Es realmente asombrosa la exposición de riquezas de incalculable valor y mérito que sin interrupción se ofrecen á los atónitos ojos del visitante del Monasterio de Guadalupe, cada una de ellas de tan alta calidad, que parece no han de admitir superación. Recuérdese la capilla de Santa Ana, con los sepulcros de Egas, tan bellos y artísticos; la verja de la iglesia, de tan ponderado valor y mérito; el coro y sus espléndidos libros corales, únicos, etc. Pues bien: á pesar de habituarse el ánimo á las portentosas y continuadas vibraciones espirituales que produce la contemplación de sublimes obras de arte, la impresión que causa esta sacristía es de todo punto imposible de describir. Imagínese el curioso lector el efecto que sentiría en su ser al encontrarse sumergido de improviso en un fantástico recinto submarino, cuyas paredes, cubiertas de fulgurante nácar, despidieran bellísimas irisaciones en delicadas, armoniosas y sorprendentes tonalidades, alumbradas por pálidas infiltraciones de luz astral, y que súbitamente impresionaran su retina fulgurantes y cálidos destellos de oro, de rojo, de fuego, de verdes prodigiosos, como cascadas de esmeraldas; de purísimos azules ultraterrenos y de amarillos de gran vigor cromático...

Es así como á nuestra contemplación se ofrece esta maravillosa sacristía, bañada por las múltiples y diamantinas luces del más vistoso y extraordinario arco iris que ojos humanos hayan presenciado; desearíase, en verdad, no salir nunca de su estupor, sintiéndose protagonista de un maravilloso y poético cuento de hadas. Si además en los muros de ese mágico recinto de arrobador y fantástico sueño se destacaran ocho perlas de tamaño y oriente excepcionales, en este caso, los bellísimos cuadros de Zurbarán, podrían causar una emoción análoga á la que se sentiría al encontrarse debajo de la bóveda policromada de la sacristía de la iglesia de Sancta María de Guadalupe. Tan sólo por gustar y por gozar de esta emoción inefable é indescriptible se debe sentir capaz, cualquier persona de mediana sensibilidad artística, de volver, y no una, sino repetidas veces, á este Monasterio de Guadalupe, aun á pesar de los gastos, las molestias y los obstáculos de un largo y fatigoso viaje.

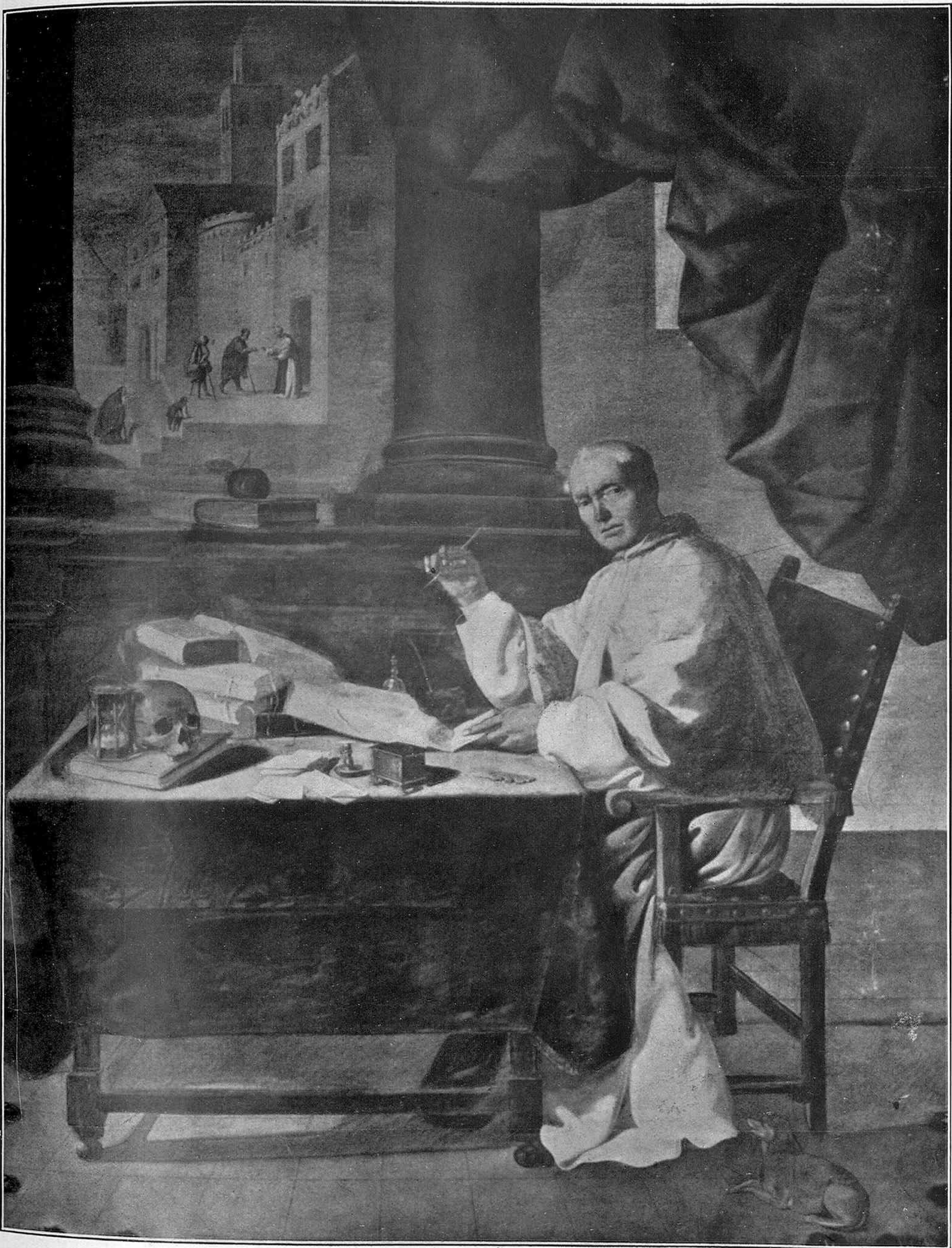
Las paredes, ornamentadas con deliciosos y felicísimos grutescos, están divididas en cinco espacios ó netos por pilastras en elegante pedestal sobre zócalos de vistoso jaspe. Los arcos dividen la bóveda en cinco tramos, á cada uno de los cuales corresponde una pintura al fresco representando un episodio ó milagro de la vida de San Jerónimo; todo rodeado de bellísimas y originalísimas orlas y festones, que atraen y cautivan la mirada desde el primer momento. La mayor parte de estos elementos arquitectónicos, como con su acostumbrado acierto y competencia hace observar el Sr. Mérida, no tienen, realmente, otro fin que el puramente decorativo.

Todos los problemas correspondientes á esta sacristía están acertadamente resueltos. Así es que para no descomponer el efecto que habrían

(1) Fragmento de un libro así titulado que en breve se dará á la publicidad.



«Jesucristo premiando las mortificaciones del Padre Salmerón», cuadro de Zurbarán, existente en la sacristía del Real Monasterio de Santa María de Guadalupe



«El padre fray Gonzalo de Illescas, obispo de Córdoba», cuadro de Zurbarán que se conserva en el Real Monasterio de Santa María de Guadalupe

de producir los muros con sus pilastras y su techo abovedado, el anónimo y genial arquitecto que supo concebir tan maravillosa obra, tuvo el acierto de embutir la cajonería, muy sencillamente tallada en granadillo y nogal, en el espesor de dichos muros, y tanto los marcos de los cuadros de Zurbarán como los de los cuatro espejos en estilo barroco que hay en los testeros, fueron tallados y dorados en estudiada y bien conseguida combinación con los temas decorativos de la nave, siendo este preferentísimo cuidado la causa de la genial e insuperable armonía que en ella reina. Aun los mismos cuadros de Zurbarán, que penden de los huecos que las pilastras forman en las paredes, armonizan magistralmente, lo cual hace suponer al Sr. Mérida, con justísima razón, á nuestro modesto juicio, la existencia de una intervención directa y eficaz del eximio pintor en la traza y consiguiente ornamentación del recinto. El hecho de estar pintados los ocho cuadros entre los años de 1638 á 1639 constituyen un convincente apoyo de esa hipótesis de tan docto maestro, toda vez que fué en esas fechas, como ya hemos dicho, cuando comenzó la construcción de la maravillosa sacristía.

Es el célebre pintor extremeño Francisco de Zurbarán y Márquez el temperamento artístico más vigoroso y recio (tan sólo superado por Goya) que ha producido la pintura española. Pues bien; Zurbarán supo dedicar el mayor y más entusiasta de sus cariños al santo Monasterio de Guadalupe, orgullo y gloria la más excelsa de su región. No sólo como español y ferviente cristiano, sino que deseoso también de poner sus geniales dotes de artista al servicio de tan nobilísima empresa, le movió á esmerarse de tal modo en el encargo de embellecer y de aumentar las riquezas del Monasterio, y especialmente de su famosa y sin par sacristía, que las mejores, las más inspiradas producciones salidas, entre otras muchas, de su pincel mágico é inmortal, sólo para allí nacieron y solamente allí se pueden admirar.

Es tan supremo el vigor que en esas producciones supo dar el genial artista á todos cuantos personajes quiso representar y fué asimismo tan intensa la vida en ellos reflejada, que hay que reconocer, al contemplarlos, que tienen alma. Tal colección de obras es, seguramente, la que podemos considerar como la cumbre de su vida artística, y cada uno de sus lienzos constituye una admirable obra maestra de la pintura española, lo que equivale á decir de la pintura universal.

El primero de los ocho cuadros, á la izquierda (hay cinco en el testero izquierdo y tres en el contrario), tiene por asunto la *Visión del P. Fray Diego de Orgaz*, el cual fué tentado por el demonio en figura de mujer, de león y de jabalí, resistiendo, victorioso, según nos cuenta la piadosa le-

yenda, á los persistentes poderes infernales. Al lado, entre rosadas y vaporosas nubes, la Virgen de Guadalupe, premia con su clemencia la fortaleza del religioso con el regalo de su aparición. En opinión del señor Tormos, autor de la más notable y completa monografía sobre estas obras de Zurbarán, este lienzo es el menos importante de la serie, y tal vez obra de algún colaborador del inmortal maestro.

El segundo de dichos cuadros es conocido con el título de *Mercedes divinas otorgadas al venerable P. Salmerón*, ó sea la aparición del Señor al referido Padre, como recompensa á la promesa que el devotísimo monje había hecho de andar siempre de rodillas. Es obra muy notable en la composición de figuras accesorias; ángeles, querubines, etc., y, sobre todo, en la pintura de los ropajes, distintivo eminente del gran pintor, muy experto en el dibujo y colorido de paños.

El tercero es el retrato del P. Fray Gonzalo de Illescas, prior de Guadalupe, obispo de Córdoba, confesor de los Reyes D. Juan II y D. Enrique IV, de quien fué valido, y de cuyo sepulcro en el Monasterio hablaremos en su debido lugar. Este cuadro es de ponderado realismo y de conseguida expresión, superándose el genial maestro á sí mismo en la ficción de la cortina que sirve de fondo y en el hábito del fraile. Este cuadro está fechado y firmado.

El cuarto de estos cuadros, que es el titulado *Misa del P. Fray Pedro de Cabañuelas*, representa el emocionante momento en que la Divina

Providencia dispuso un milagro para convencer al citado Padre, que dudaba, y así se había permitido manifestarlo á sus compañeros de comunidad, de la efectividad de la Consagración y Transubstanciación, elevándose ante sus atónitos ojos la Sagrada Forma envuelta en un nimbo de querubines, cuando el oficiante iba á consagrarla. La sorpresa, el estupor é intensísima devoción que en aquellos solemnes momentos debió sentir el monje, por Zurbarán inmortalizado, están prodigiosamente interpretados en la cabeza del oficiante, de pasmosa veracidad, estando saturado todo el cuadro, como los anteriores, de una perfecta espiritualidad y de un misticismo insuperables.

El quinto de dichos cuadros tiene por asunto *Acto de imponer el rey D. Enrique III la birreta episcopal al primer prior del Monasterio de Guadalupe, P. Fray Fernando Yáñez de Figueroa*. Es sumamente interesante este lienzo, y no sólo por su maravillosa factura, cuanto porque en él se reconoce un autorretrato de Zurbarán en el noble caballero que acompaña al rey en dicho acto, hallándose vestidos ambos personajes á la usanza de Felipe IV.

Los otros cuadros, los del lienzo de pared del Sur, no revisten la importancia de los precedentes, teniendo además en su contra estar situados á contraluz, no siendo posible por esta causa dedicarles una perfecta contemplación. Sin embargo, como el autor de ellos estaba prevenido del defecto de exposición que ya hemos

apuntado, procuró hábilmente solucionarlo valiéndose para ello de efectos de claroscuro, casi siempre obtenidos, haciendo destacar, en primer término, la blancura y la nitidez de los hábitos monacales aun á veces sobre fondos brillantes, tal y como se ven en el último de sus cuadros, que es el titulado *El P. Fray Pedro de Salamanca evitando, con el fervor de sus oraciones, la propagación de un incendio*. En él es de gran vistosidad cromática el fulgurante y rojizo reflejo de las llamas devastadoras sobre las albas vestiduras del personaje principal de la obra y asimismo de otro fraile que, presa de espanto, le acompaña en tan imponente trance.

El primero retrata al P. Fray Juan de Carrión, que es el que sirve de fondo al cuadro, y en el que, avisado el Padre de su muerte por celestial anunciación, la sabe esperar con la resignación del justo, tranquila y devotísimamente. Este lienzo es muy realista de concepción y de maravillosa técnica. El segundo y último de esta colección es el que tiene por asunto el *Momento que dedicaba al reparto de sus limosnas el caritativo P. Fray Martín de Vizcaya*, al que el genial pintor representa cumpliendo con tan misericordiosa y santa devoción en el atrio del convento, destacándose vigorosamente del fondo gris del lugar



Capilla de San Jerónimo en el Monasterio de Guadalupe y farola de la nave capitana de la escuadra turca en la batalla de Lepanto



«La Misa del Padre Fray Pedro de Cabañuelas», cuadro de Zurbarán que se conserva en el Monasterio de Guadalupe (Fots. Moreno)

en que el acto se celebra el hábito blanco del religioso.

Todos estos lienzos, que hallábanse muy deteriorados, y que, según nuestras noticias, se están restaurando, tienen al pie de ellos una cartela con epígrafes y versos en latín, originales del que fué obispo de Canarias y de León, P. Fray Juan de Toledo.

No sólo en nuestra modesta opinión, sino también en la de los más entendidos en estas materias, dichas venerables reliquias artísticas constituyen la mejor colección de las obras existentes del famoso Zurbarán, y algunas de ellas, como, por ejemplo, la titulada *Misa del P. Cabañuelas*, hubo de ser considerada por los doctos como la obra maestra del gran pintor, si muy cercana á ella no eclipsara su merecida fama, su inmensa gloria universalmente reconocida, el cuadro que con justicia lleva el nombre de *Pearla de Zurbarán* y el título de *La apoteosis de San Jerónimo*, que se conserva en la inmediata capilla de la misma advocación.

La capilla de San Jerónimo, cabecera de la sacristía, es de estilo y proporciones clásicas, con graciosa cúpula y una corta bóveda de cañón en la que está incluido el altar. También está preciosamente decorada, en aquellas partes que su arquitectura lo permite, con grutescos y adornos en oro y brillantes colores, completándose la ornamentación con ricos zócalos, marcos y cercos de finísimos y caprichosos jaspes.

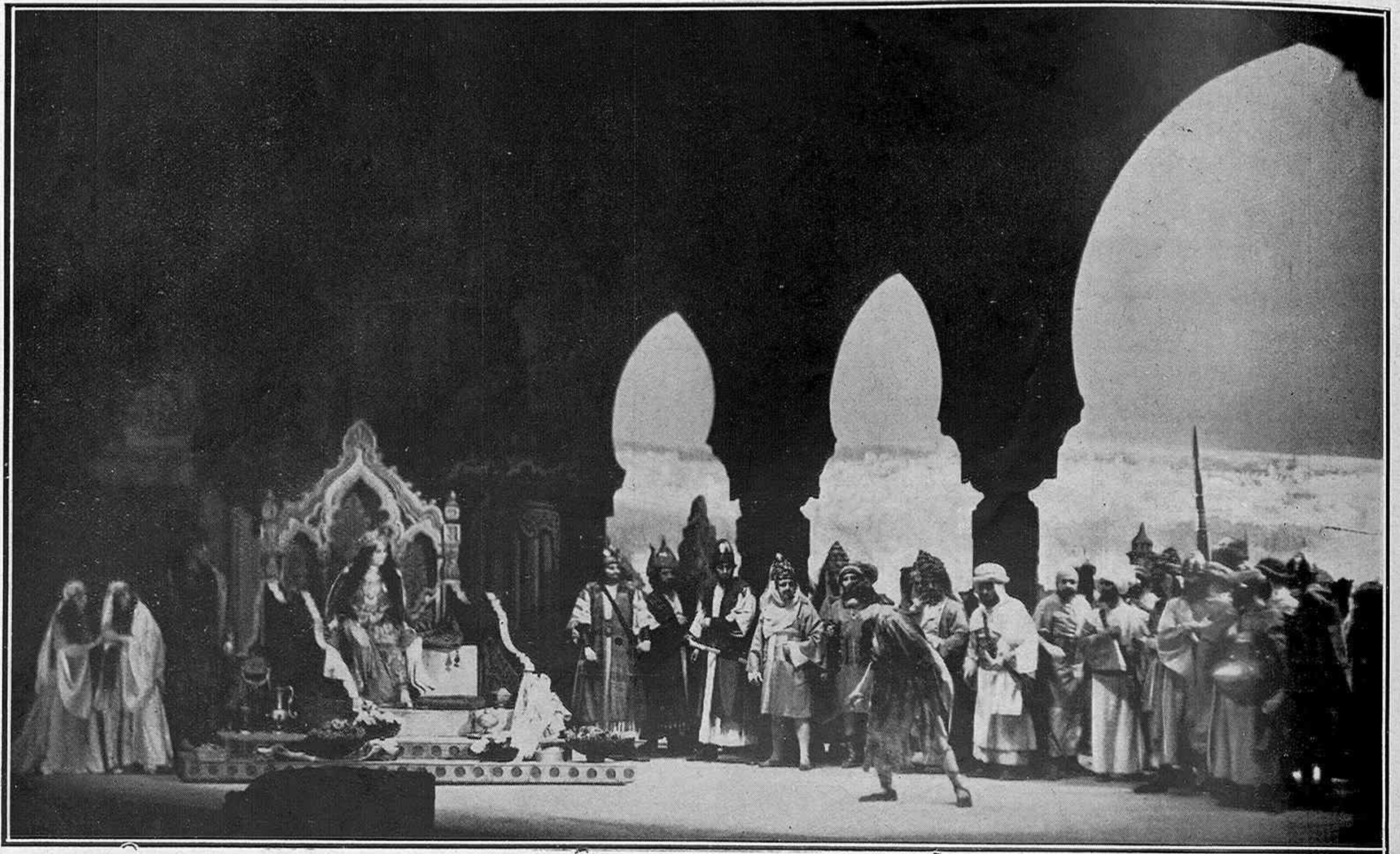
Del florón central de la cúpula, toda ella pintada en grutescos, medallones representando las cuatro virtudes teologales y doctores de la Iglesia, pende un glorioso é histórico trofeo, evocador de imperecedero recuerdo, una lámpara grandiosa de bronce, que es la auténtica farola de la nave de la escuadra turca derrotada en Lepanto, donde la protección de la Divina Providencia se manifestó cumplidamente generosa, permitiendo á los cristianos derribar la colosal potencia marítima del imperio turco, quedando mutilado en dicha cruenta y enconada contienda para la peligrosa carrera de las armas, el en-

tonces obscuro soldado de la galera del famoso almirante genovés al servicio de España, Andrea Doria, el insigne Miguel de Cervantes Saavedra, como si por misterioso y providencial designio se evitara que el mundo de las letras, que la civilización y la cultura universal, perdiera uno de sus más gloriosos representantes, ya que, de no haber ocurrido el percance señalado, el autor del *Don Quijote* inmortal, probablemente muriese de capitán de Flandes ó en los campos de batalla de Francia, sin haber sentido el espíritu vivificador y genial que le impuso la obligación de escribir para glorificación y enaltecimiento de las letras patrias.

El vencedor de Lepanto, el caudillo glorioso D. Juan de Austria, fué quien en solemnísimas función religiosa, en concepto votivo, ofreció el histórico trofeo en acción de gracias á la Soberana de Guadalupe, notándose en la referida lámpara los orificios de los balazos que en el sangriento combate recibió.

HILARIO CRESPO

NUEVA ESCENOGRAFIA DE "ARMIDA", DE GLUCK, EN COVENT GARDEN



Escena de la llegada de Arout



Escena del jardín encantado, en el acto II



Una escena de la comedia de Fontdevila «La protegida»

(Fct. Cortés)

SEMANA TEATRAL

EL PULSO DE ESPAÑA - "LA PROTEGIDA"

L OADO sea Dios! Silvela, redivivo, tendría que modificar su diagnóstico: España tiene pulso aún. En Lara, en el estreno de *Naves sin hélice*, pudimos sentir la ilusión de que habíamos vuelto a los tiempos de *Hernani*: gritos, imprecaciones, denuestos, hasta puñadas, según cuentan los hiperbólicos... Todos los signos exteriores de la hiperestesia romántica, tan fecunda y tan pródiga en creaciones artísticas.

La obra, sin embargo, no era *Hernani*; no nos traía un ideal nuevo, ni siquiera esa fórmula novísima de arte escénico que esperan, como los otros el santo advenimiento, los que podíamos llamar, sin ánimo ofensivo, judíos del arte.

Era una comedia como otras muchas, mejor intencionada que casi todas, con una «lección moral» en el fondo, como mandan los viejos cánones, tal olvidados por los que buscan las sublimidades de la forma en un esteticismo vacuo, como por los nuevos buscadores del vellocino de cuproníquel, para los cuales la «cuestión es pasar el rato», y las emociones estéticas no deben ser sino cosquilleos á flor de piel, sin más profundidad ni trascendencia que la de un juego de palabras con un mínimum de asociación intelectual.

Sin una escena, que tiene todos los caracteres de un «tumor», pero afortunadamente de un tumor operable, la «crónica», como llama el autor á su comedia, hubiese pasado sin pena ni gloria. Como una comedia de escritor, de periodista, con pluma hecha, fácil y rápida; pero como una comedia de dramaturgo principiante. Se ve que el autor tiene más costumbre de perorar ante la realidad que de construirla, y se ve asimismo que, preocupado por la conclusión á que quería llegar, por la «tesis», ha ido demasiado rectamente á ella mediante razonamientos, más que mediante acción, dando así una forma más lírica que dramática á lo que, si había de ser representado, más había de ser dramático que lírico.

Si de reducir á lenguaje periodístico esos dos términos se tratara, podríamos decir que el señor Corrochano es más crítico que reportero, y sus reporterismos tienen siempre, como aquí, una idea fundamental que no impide totalmente ver la realidad, pero que mueve á ver predominantemente en ella los elementos demostrativos de una tesis.

En los tiempos en que estaba de moda hablar

de teatro de tesis y teatro de ideas, superponiendo, naturalmente, éste á aquél, se establecía con toda claridad la diferencia que al autor de *Naves sin hélice* le interesa recordar, si positivamente quiere dedicarse á la literatura dramática; en las obras de tesis á la manera de la suya, la tesis manda, y la acción depende exclusivamente de ella en las de ideas, aunque, naturalmente, la acción haya de servir al pensamiento; en apariencia, no se le supedita tanto, las cosas están invertidas y es el pensamiento el que surge, ó parece surgir, de la acción.

Los gritos y las imprecaciones, por consiguiendo, no fueron fruto de la comedia misma, sino del

«tumor»: de una escena, evidentemente superpuesta, con génesis fácil de conocer, en que el autor de *Naves sin hélice* contesta á los autores de *El Clamor*, más violenta y descarnadamente de lo que fuera menester..., suponiendo que fuera menester contestar algo.

Ahora, á estas alturas, hay en el público extremista quien se indigna porque se saque á escena personas conocidas para censurarlas. Es posible que tengan razón los que así piensan, y para dársela bastaría con recordar un consejo del padre Escoiquiz, ó de alguno de sus congéneres, que reputa de censurable el vicio de apuntar con el dedo; pero tampoco conviene olvidar demasiado que de ese vicio adolecen todos los géneros literarios y aun alguna de las artes del diseño, y que en unos y otros ese modo de proceder constituye todo un subgénero capital.

No es otra cosa, efectivamente, la caricatura, ni fueran otra cosa—cuando podían existir—aquellas revistas políticas con que nos divertían, cuando éramos chicos, Navarro Gonzalvo, Granés y otros escritores satíricos.

Conste, pues, que España tiene aún pulso, pero arrítmico: late á destiempo, y esa es una característica de la patología nacional.



La comedia de Fontdevila estrenada en Martín con el título de *La Protegida*, y traducida por Leopoldo Bejarano, después de un gran triunfo en Barcelona, está más cerca que *Naves sin hélice* del teatro de idea, y en ese sentido es muy superior. En cambio, podría censurársela, si el melodrama no fuese también un género de literatura escénica, el tinte melodramático de algunas de sus escenas.

Si ese es defecto, puede servirle de atenuante recordar que la comedia fué escrita para Barcelona, donde el melodrama tiene más partidarios que en Madrid.

La Protegida tiene, á pesar de eso, un fondo de realidad muy estimable, y es un ataque rudo al parasitismo familiar, causa muchas veces, casi todas, del parasitarismo social en todas sus modalidades.

La obra de Fontdevila es, pues, meritoria.

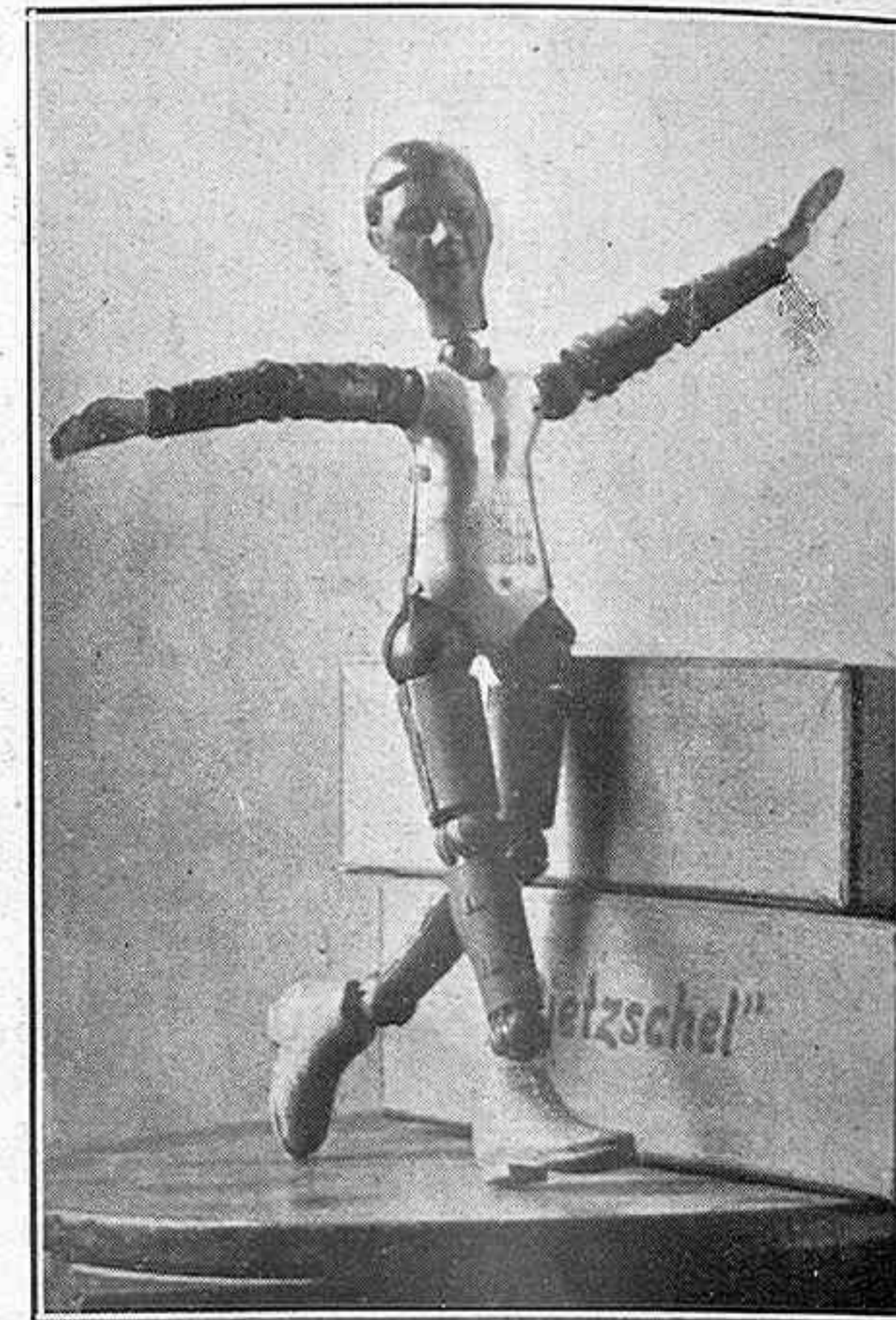
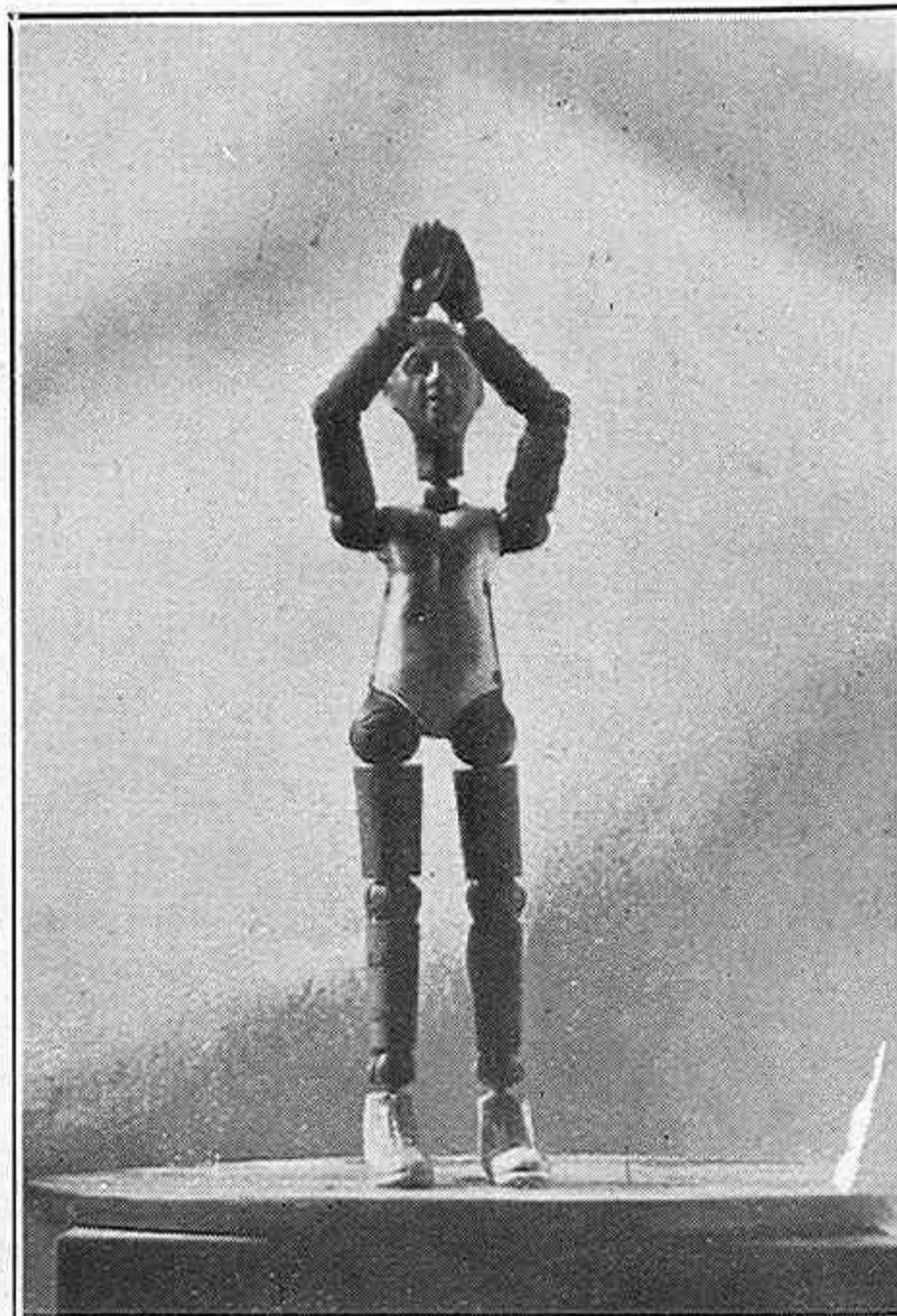
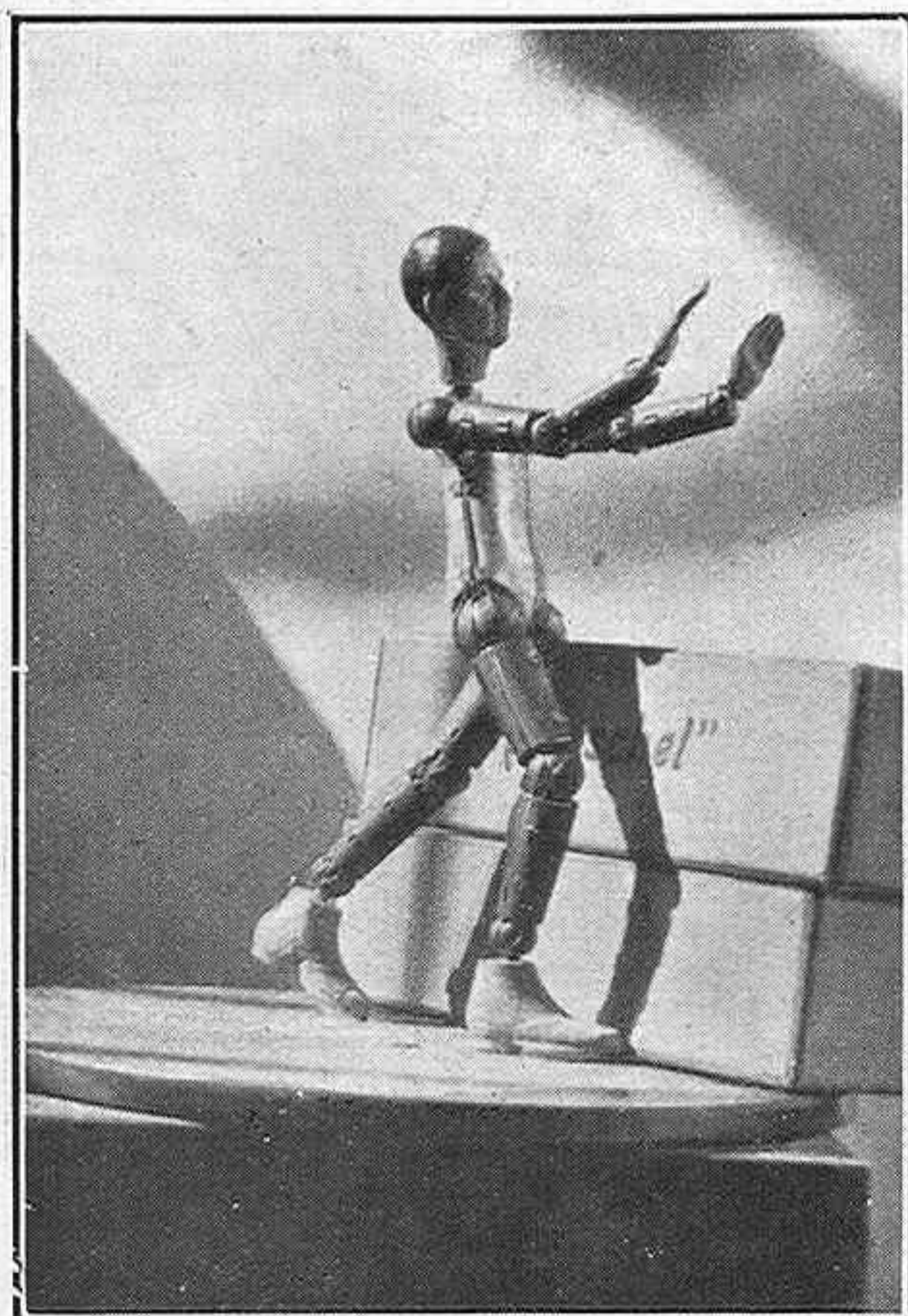


GREGORIO CORROCHAN
Autor de «Naves sin hélices»

ALEJANDRO MIQUIS

PARA LA CORRECCIÓN DEL DELINCUENTE

NUEVA ORIENTACION PSICOANALITICA



El «foot-ball» es la preocupación obsesionante actual de los muchachos, que los lleva fatalmente á la delincuencia

ENTRE las múltiples aplicaciones que en tiempos de más grande fervor psicoanalítico se pretendió hacer de las teorías de Freud, fué una de las que despertaron mayores esperanzas la que había de llevar el freudismo á la esfera educativa.

No puede decirse, y sería más justo decir lo contrario, que esa idea fué fecunda. Muchas de las tentativas hechas para realizarlo fracasaron totalmente, y ninguna pudo servir de demostración plena de la utilidad del método aplicado.

Quizás el fracaso fué consecuencia del error, muy propio de la psicología antigua, de considerar al niño igual al hombre y aplicarle los mismos procedimientos. El análisis de los sueños y el de los recuerdos, difíciles siempre, eran más difíciles aún cuando se trataba de aplicarlos al niño: la parte, enteramente subjetiva, propia del experimentador, tenía una base menos sólida; puesto que por ser la mitomanía fenómeno característico de la edad infantil, faltaban las garantías necesarias para construir sobre ellas una silueta psicológica del sujeto examinado, ni siquiera un diagnóstico de los fenómenos psicopatológicos ó psicopedagógicos indispensable para instituir rectamente un tratamiento adecuado.

Buscar una base suficientemente sólida para esa construcción era preocupación de algunos psicoanalistas y era problema arduo.

Decimos *era* porque actualmente podemos considerarle como resuelto gracias á una afortunada idea del médico director del Reformatorio de Godella, Dr. Gómez-Ferrer Martí, que, efectivamente, ha encontrado manera de tener un punto de partida real y efectivo en que, por la forma de obtenerle sobre todo, no cabe la intervención modificadora de la mitomanía, y son igualmente imposibles ó poco menos las falacias de la simulación.

El doctor Gómez-Ferrer Martí utiliza, para obtener una primera indicación de que partir

en busca de lo inconsciente del sujeto, las diversas posiciones en que los sujetos que le interesa estudiar colocan un muñeco articulado. Esas posiciones, efectivamente, revelan sin que generalmente el sujeto que ignora, como es lógico, la finalidad de la experiencia, trate de evitarlo, la idea dominante, germen posible de una obsesión de cada sujeto y sobre todo suficiente para modificar su psicología, y, sobre todo, en los casos de mentalidad deficiente su moralidad.

Conviene consignar para que el valor del método del Dr. Gómez-Ferrer sea debidamente apreciado en relación con esta última de las modificaciones posibles, que el autor ha trabajado sobre jóvenes delincuentes ó en «potencia propinqua» de serlo; más que en otros casos en ese especial, puede ser útil conocer la idea que dominada en un momento determinado la psiquis del individuo ha podido inducirle al crimen.

El Dr. Gómez-Ferrer ha dado cuenta de los primeros resultados obtenidos con la aplicación de su método en una de las sesiones del reciente Congreso de Pediatría, y en espera de que su trabajo sea publicado, podemos anticipar algu-

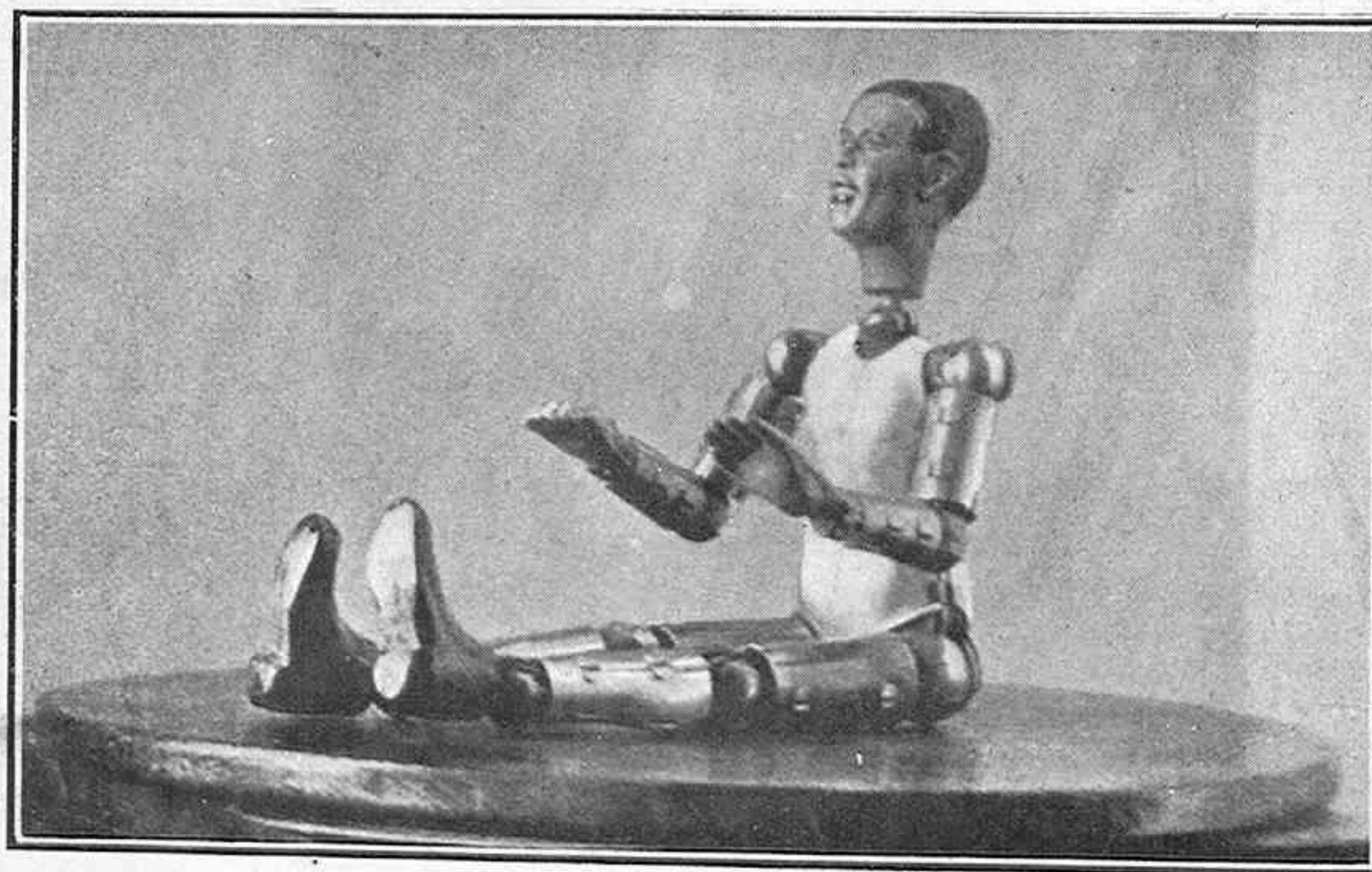
nos datos interesantes de él. Las primeras experiencias las realizó utilizando como muñeco el maniquí articulado, de sesenta centímetros de altura, que en la técnica de Toulouse sirve para medir la memoria visual de actitudes. Después, como puede verse en nuestros grabados, un muñeco más pequeño y fácil de encontrar en el comercio, sin graduación, que para el caso es innecesaria, en las articulaciones.

El doctor Gómez-Ferrer entrega el muñeco al sujeto que trata de examinar, pidiéndole que le coloque en la actitud que quiera.

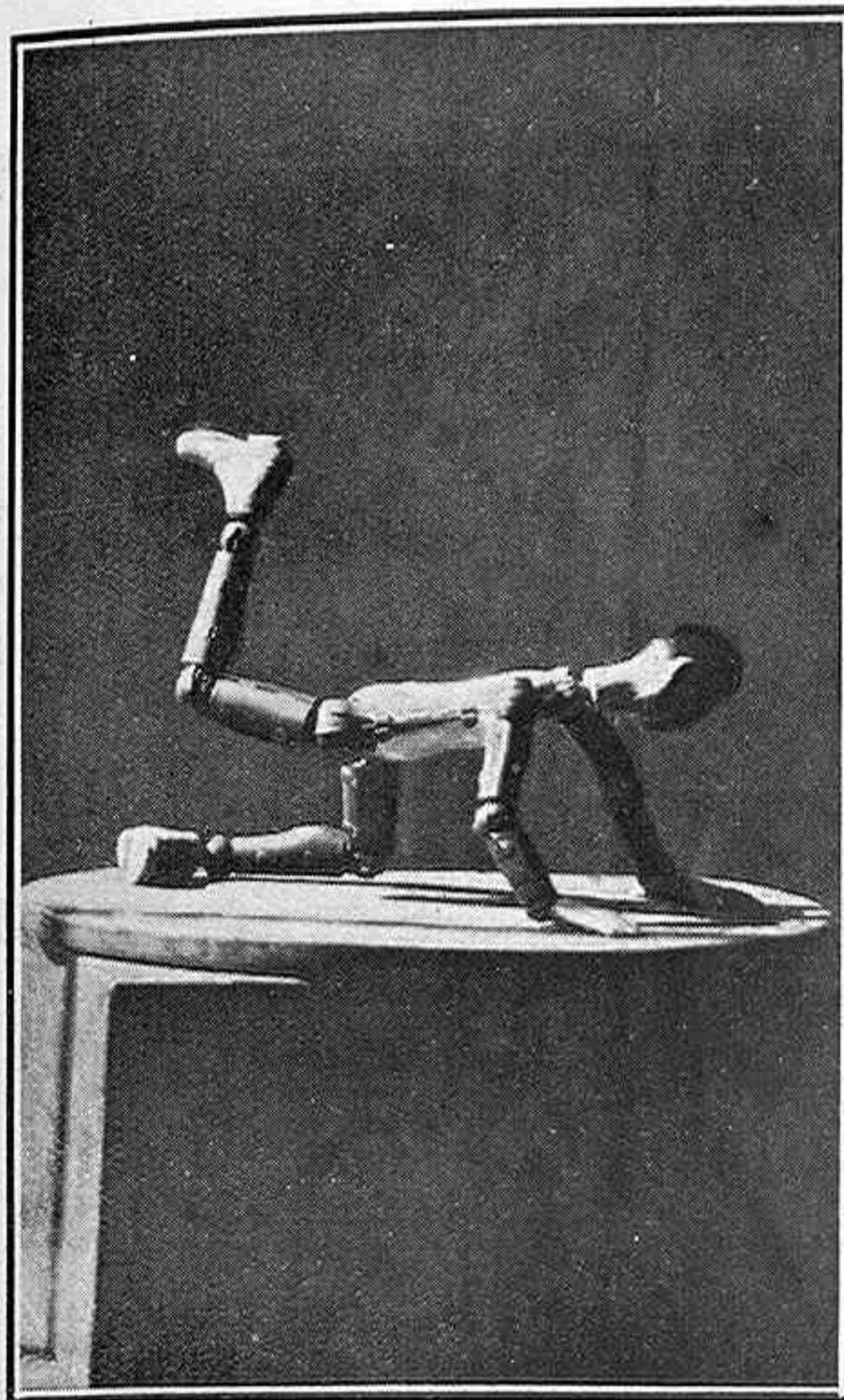
En general, basta con esa indicación para que el sujeto, manejando apropiadamente las articulaciones, coloque al muñeco en una actitud definida, generalmente reproducción de una actitud fácil de identificar.

Cuando el sujeto no entiende la orden, el experimentado, colocando al muñeco en diversas posiciones, una, dos ó tres, según la torpeza del sujeto para interpretar lo que se le pide, le muestra lo que debe hacer. De esas posiciones, que podemos llamar modelos, y que, según el doctor Gómez-Ferrer, tienen explicación fácil en su propia psicología, publicamos dos; la otra, que es precisamente la primera que el experimentador suele mostrar, es la posición de «firmes».

En los grabados que publicamos, reproducción fotográfica de actitudes colocadas por sujetos de su reformatorio, se ven ya muy curiosas indicaciones. Una de ellas, por ejemplo, nos muestra al muñeco, aunque incompleto, en una actitud idéntica á la de uno de los modelos: es una demostración evidente y fácilmente interpretable de falta de personalidad y, consiguientemente, de sugestibilidad. El sujeto presenta, pues, uno de los casos en que el motivo, la causa inmediata del delito debe ser buscada no en el sujeto mismo, sino en el ambiente que le rodeó, y al que, probablemente, sería necesario sustraer al muchacho de un modo definitivo.



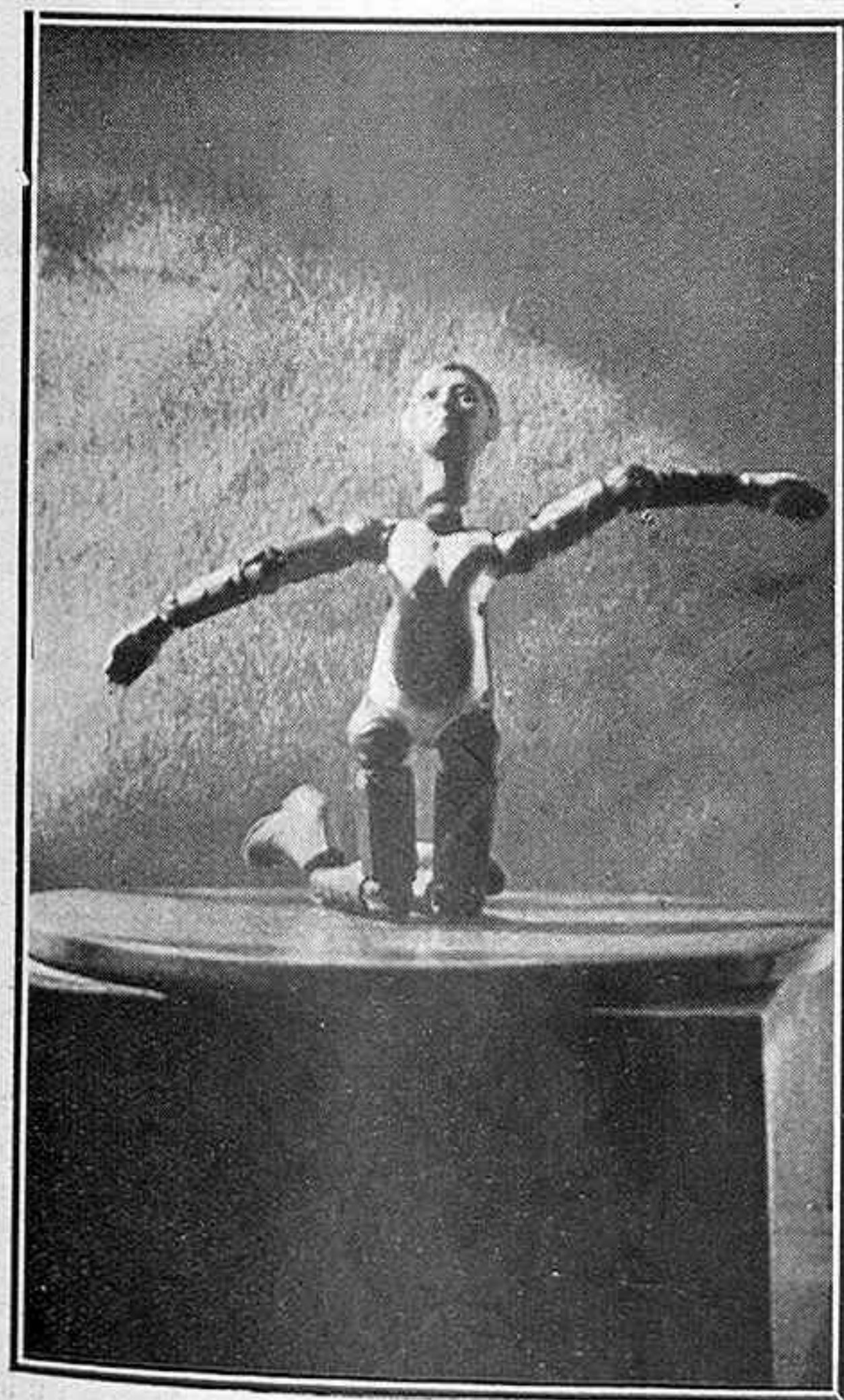
Un muchacho tenía como idea dominante a existencia de un mendigo baldado



Uno de los modelos que el Dr. Gómez-Ferrer presenta á sus sujetos

Tres grabados muestran actitudes de fútbol, y por la frecuencia de esas actitudes, en proporción semejante á la que resulta de nuestras figuras, demuestra hasta qué punto el juego de moda constituye la obsesión de los muchachos. El análisis ulterior de la mentalidad de los sujetos que colocaron el maniquí en esas actitudes, demuestra que en alguno de ellos, por lo menos, el motivo del delito, de la fuga del hogar paterno, causa de su ingreso en el Reformatorio, había sido el deseo de asistir á un partido más ó menos sensacional.

En otro caso de los que publicamos se ve al muñeco en actitud de hacer más ó menos correctamente un «fondo» de esgrima. Se trata de un muchacho obsesionado por la idea de ser mi-



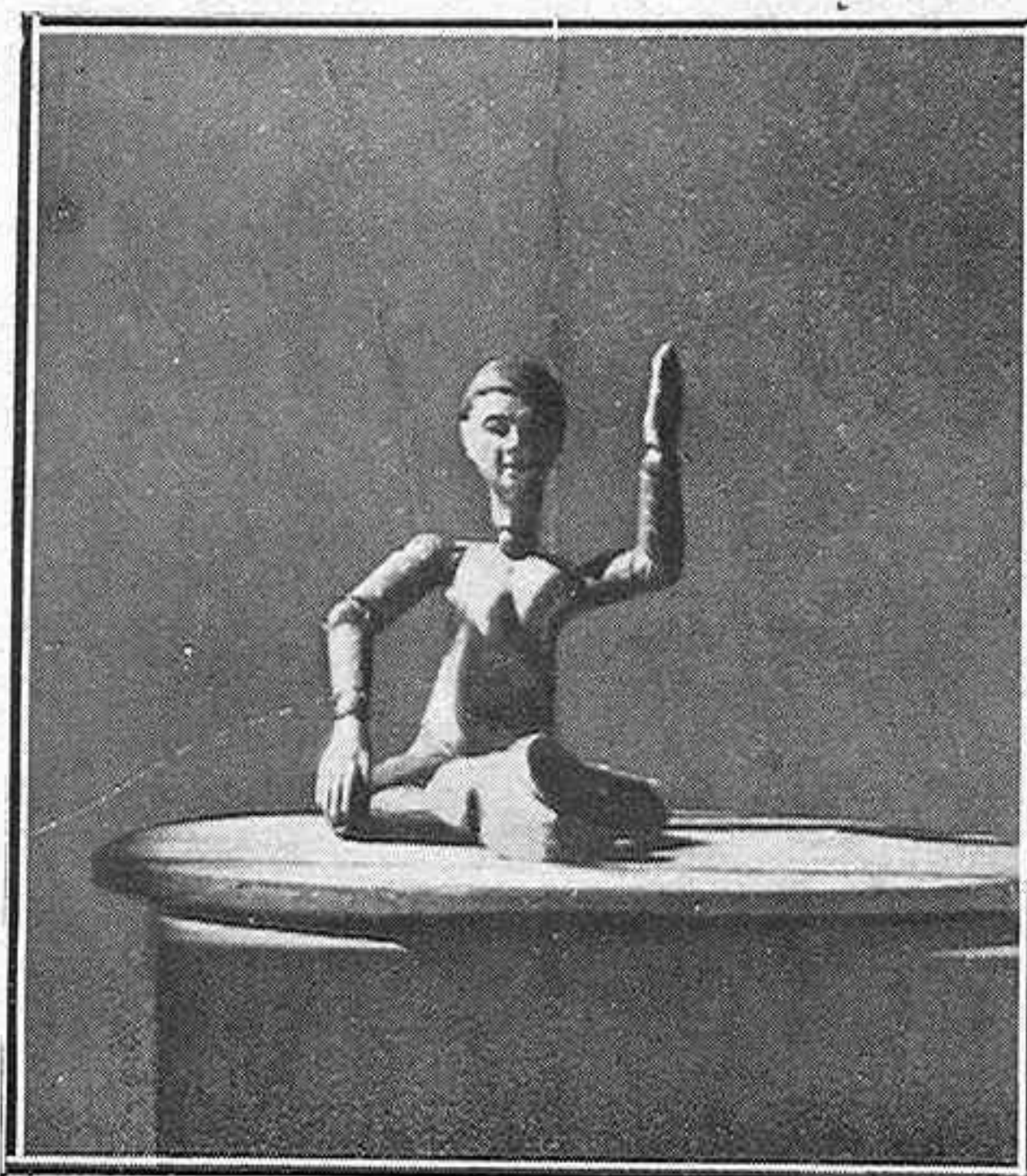
Actitud de tortura que merece un análisis detenido

litar, y que por encontrar obstáculos para realizarla se lanzó á una vida irregular, causa de su detención.

Las otras actitudes que muestran nuestros grabados tienen también un interés psicoanalítico enorme.

Dentro de los métodos psicológicos de investigación, el método de Gómez-Ferrer puede tener extraordinaria importancia; pero la tiene mucho mayor aún el hecho de que en los Reformatorios, en algunos Reformatorios por lo menos, se piense ya en la necesidad de conocer lo más fundamentalmente posible á los sujetos á que se trata de reformar, para que pueda ser eficaz el remedio que pueda aplicarse á cada uno de un modo individual, clínico podríamos decir, y no mediante fórmulas generales, que serían totalmente ineficaces en la mayoría de los casos, y han demostrado serlo aun más cuando son fórmulas de violencia y de disciplina que, por demasiado rígida, podrá «romper» los caracteres, con grave daño generalmente, en lugar de modificarlos.

Del delincuente se ha dicho repetidamente, desde Platón, que es un enfermo, y para tratarle como enfermo, cuya dolencia afecta fundamentalmente á lo moral, es indispensable conocer su constitución, no sólo moral, si vale hablar así, sino física y psíquica, puesto que son estas modalidades las que dan base para una moral sólida, cuando son sólidas y armónicas; perturbada, cuando ellas lo están.



Modelo número 2 de los presentados por el investigador

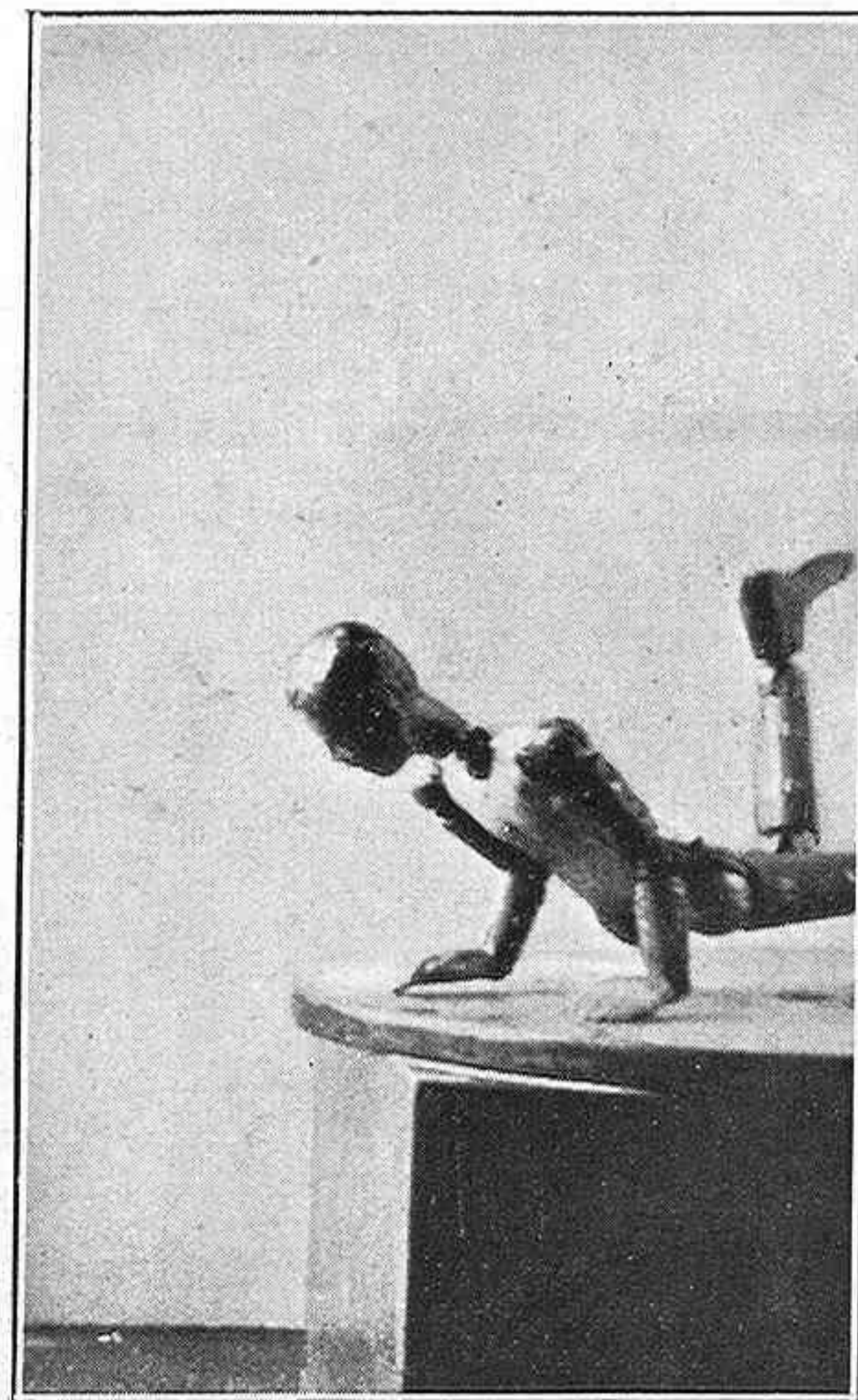
Puede afirmarse hoy casi rotundamente que un delincuente es un deficiente mental del grupo á que el tratadista belga Vermeulen denomina inarmónico, porque no existe armonía entre sus diversas funciones psíquicas; pero es también una función de las condiciones morales, económicas, sociales en general, en que el sujeto vive.

Esas condiciones actúan sobre todos los individuos normales ó no; pero sus reacciones son muy diferentes en intensidad, según los sujetos mismos, y, naturalmente, más fuertes y desviadas en aquellos individuos que por debilidad física ó psíquica no pueden resistirlas.

El Dr. Gómez-Ferrer, que estudia lo físico, lo psíquico y lo moral de los muchachos sometidos á su cuidado por los métodos más perfectos y con las técnicas más apropiadas, puede llegar al más completo conocimiento de la génesis de la delincuencia—ya que se sigue llamando así por muchos á las mínimas transgresiones á la moral que cometen los muchachos—en cada caso particular, mediante ese nuevo procedimiento que le permite conocer al mismo tiempo que al sujeto otras influencias ambientales que obraron sobre él.

Con ese estudio previo forzosamente ha de ser más fácil instituir un tratamiento reformador que logre la mayor eficacia, y sólo de ese modo lograrán los Reformatorios cumplir realmente su misión en la mayoría de los casos.

El método del Dr. Gómez-Ferrer es aún poco



Un muchacho sin personalidad reproduce exactamente el modelo

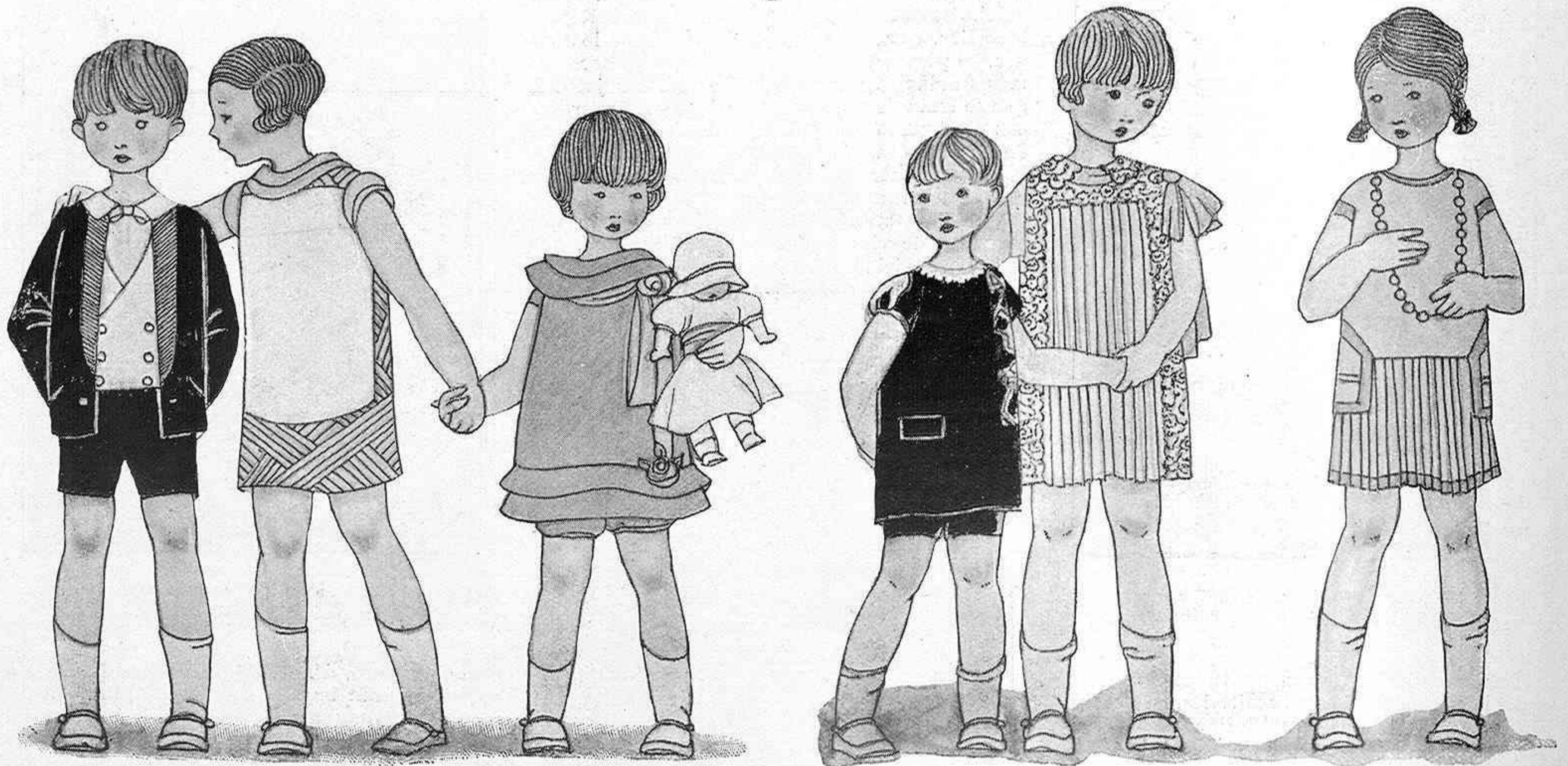
conocido; pero, á nuestro juicio, está llamado á conseguir gran boga y constante aplicación inmediatamente que sea conocido. Tiene, además, la ventaja indiscutible de que, salvo en casos excepcionales, su aplicación es fácil, porque los muchachos le aceptan como una diversión, y se «entregan» por completo al experimentador, descubriéndole con mayor facilidad y sin falacias la psicología que le interesa.

Los que han trabajado en psicología del niño y saben cuántos obstáculos encuentran otros medios de examen para conseguir esa espontaneidad de las reacciones psíquicas infantiles, son los que están en mejores condiciones para apreciar el justo valor del método de Gómez-Ferrer.



Actitud de esgrima. El muchacho, contra la opinión de su familia, quiere ser militar

Elegancias



Lindos modelos para niñas y niños de cinco á ocho años de edad

(Dibujos de A. Brimé)

Lo mismo que para la mujer, la moda para los niños se inspira en la más estricta sencillez.

Se ven algunos modelitos de niñas con la intervención de dos tejidos: *crêpe* de china y *georgette*, por ejemp'o, que, en tonos claros, ofrecen combinaciones del más exquisito gusto.

Se emplea en la confección de estos vestiditos una labor seleccionada, muy *lingerie*, en su aspecto. El caso es ofrecer modelos de una gran vaporosidad y ligereza.

En realidad la moda para nuestros hijos, pocas novedades tiene: los modelitos de niñas y niños que se ven no pueden ser más sencillos; como única materia de lujo se emplean para ellas los crepones de seda lisos ó estampados, y para ellos, las blusitas de seda blanca lavable sobre *culottes* de terciopelo negro, marrón ó marino.

La elección de tejidos estampados para los trajecitos de las nenitas debe de ser cuidadosamente hecha; los colores del fondo serán claros y, á ser



Dos lindos modelitos de trajes de niña, uno en crepón rosa bordado en azul y blanco, y otro en linón rojo con bordado en seda

posible, blancos. En cuanto á las formas, mientras menos complicadas resultan más elegantes en las pequeñas mujercitas.

Las tablas, menudas ó amplias; los «nidos de abeja», el plisado *plát* y los grupos de frunces son el adorno indispensable y el más adecuado para estas *toilettes* infantiles.

Para niñas de doce á catorce años, la manga larga se lleva bastante. En las de menos edad sólo se adoptan mangas sumamente cortas.

Para niños de dos á cuatro años, el trajecito compuesto de pantalón unido al cuerpo, con botones y ojales, es muy bonito y práctico á la vez.

En estos modelitos, los colores lisos y pálidos armonizan maravillosamente con las rosadas carnecitas del bebé. El azul lavanda, limón, malva, rosa, verde almendra y *beige* muy claro no tienen rival en estas confecciones.

Para los mayores, que usan el traje denominado deportivo, se adoptan los tejidos menudamente cuadrículados en negro y blanco.

VERITAS



Es más que un perfume;
 es toda la fragancia, saludable
 y fortalecedora, de un jardín
 español, lo que ofrece a usted el

AGUA DE COLONIA JARDINES DE ESPAÑA

Hallará usted en ella las
 características tradicionales
 del tipo clásico: suavidad,
 finura y aroma delicado.

Frasco, 2,50. -- Litro, 15 ptas. en toda España.
 El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. -- MADRID

Algunos de los productos
 más recomendados de la
 Perfumería Gal.



El JABÓN HENO DE PRAVIA
 es el predilecto de la gente "chic"
 Pasta neutra, espuma suave,
 perfume intenso. Pastilla, 1,25.

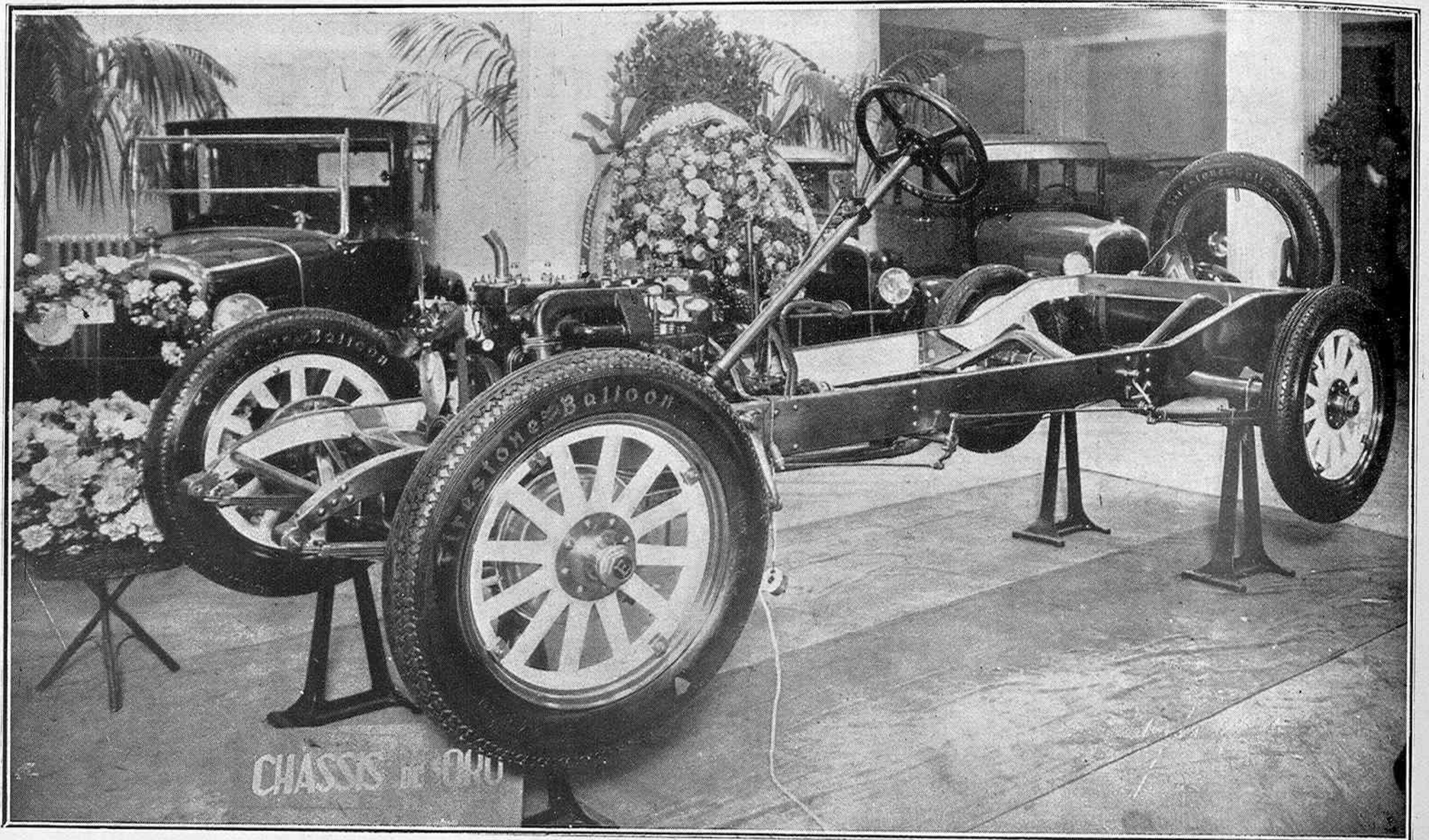


La PASTA DENS, crema jabonosa
 antiséptica, limpia los dientes
 suavemente y perfuma el aliento.
 Tubo, 2 pesetas. Pequeño, 1,25.



El PETRÓLEO GAL suprime la
 caspa y contiene la caída del pelo,
 vigorizando la raíz. Frasco, 2,50.

LOS NUEVOS LOCALES DE LA S. E. C. R. E. A.



Chassis de oro «Erskine», expuesto en los magníficos locales que acaba de inaugurar la S. E. C. R. E. A., para la Exposición de los coches Studebaker



Locales inaugurados por la S. E. C. R. E. A. en la Avenida de Pi y Margall, 18, donde se exponen todos los tipos de coches fabricados por la Studebaker
(Fots. Ragel)

TRUJILLO ARTÍSTICO, MONUMENTAL É HISTÓRICO



Ofrecemos á nuestros lectores tres fotografías de la célebre ciudad de Trujillo, patria de Francisco Pizarro, conquistador del imperio del Perú.

Es la primera una vista general de la población, que tanta importancia tuvo en la Edad Media y en la llamada guerra de sucesión.

La segunda es una vista de la Plaza Mayor, típica como pocas, y en la que se ve la estatua de Pizarro, regalada á la noble ciudad por la dama americana doña María Jarriman, viuda de Bumsey.

Y es la tercera la reproducción fotográfica de una de las siete puertas que daban acceso á la antigua Ciudadela, la llamada de Santiago, en cuya proximidad se levanta el palacio de los Chaves, histórico edificio en donde se firmó la paz con Portugal el 30 de Septiembre de 1479. Dos años antes, en 24 de Junio de 1477, se había entregado la fortaleza de Trujillo á la reina doña Isabel, y en el célebre palacio de los Chaves, cuya fotografía ofrecemos, fué nombrado por la Reina alcaide del Castillo, Gonzalo de Avila, señor de Villatoro, como se había estipulado con el conde de Villena. En dicho edificio dió la Reina providencias de buen gobierno y creó la Santa Hermandad, bajo el mando de Sancho de Agui-

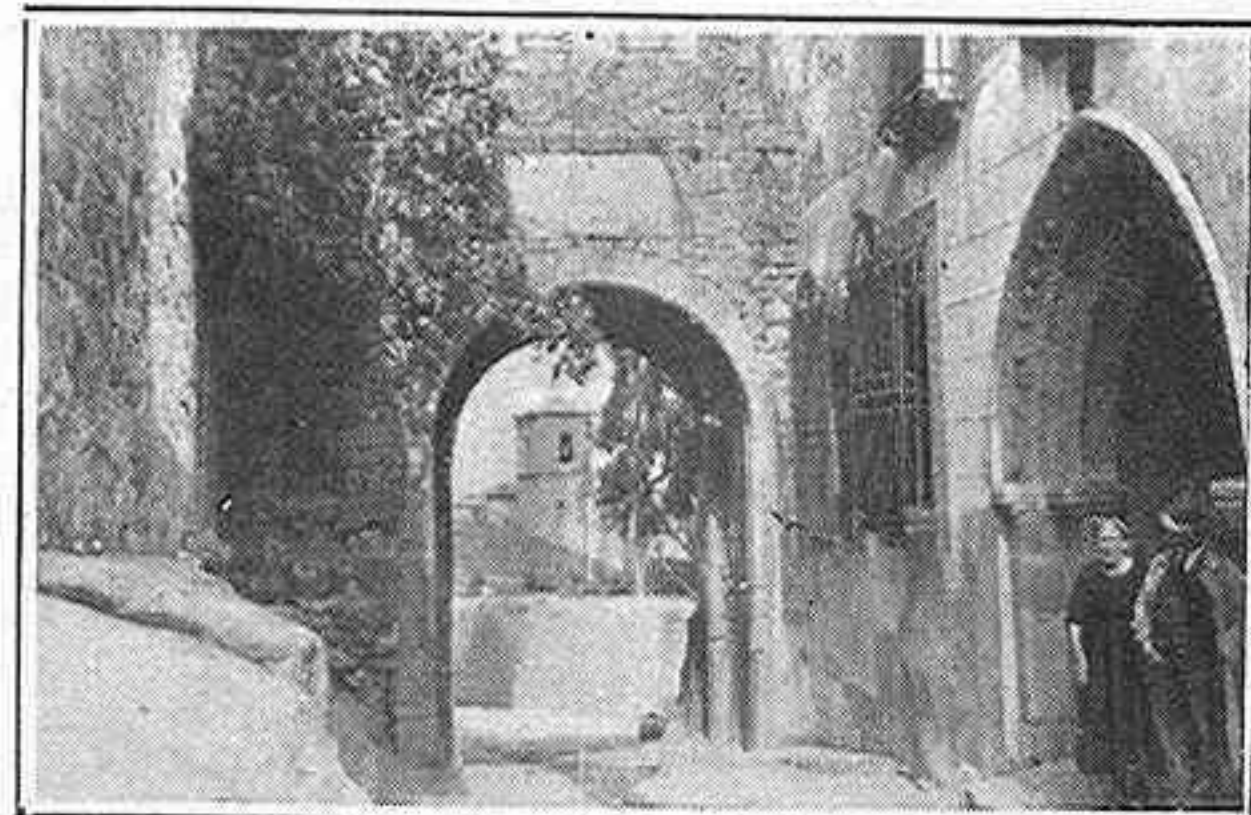
lar, y del repetido palacio salió para Andalucía á someter á los escasos partidarios de la Beltraneja, de donde regresó con su esposo Fernando.

Al recrudecimiento de la guerra con Portugal, obligó á los reyes Fernando é Isabel á trasladarse á Trujillo para vigilar la frontera, quedando por algún tiempo Trujillo convertido en la Corte de España.

En este palacio de los Chaves se firmó tam-

bién la tregua de seis meses con el duque de Anjou.

Es, pues, el palacio de los Chaves uno de los edificios donde se desarrollaron hechos muy salientes de la Historia de España, y, desde luego, el más importante y célebre de Trujillo.



(Fots. Diéguez)

FÁBRICA DE CONSERVAS "MONASTERIO DE YUSTE"

(MARCA REGISTRADA)

A nuestro paso por el industrioso pueblo de Jaraiz de la Vera (Cáceres), hemos tenido el gusto de saludar al activo industrial D. Marcelino Sánchez Tovar, y con ello se nos presentó la ocasión de visitar la fábrica de conservas que recientemente ha construido á la salida del pueblo.

Su instalación, dotada del material más moderno que se conoce, dice mucho en favor del Sr. Sánchez Tovar, y honra al progreso de la industria española.

LA FIESTA DE LOS TONELEROS EN NUREMBERG



Si es usted

nuestro cliente puede hacer un buen favor a su mejor amigo, recomendándole que emplee solamente los engrases

"GEORGIA"

Se vende en todos los buenos garages y tiendas de accesorios de España en bidones precintados

DELEGACIONES: DIRECCION Y DEPÓSITO GENERAL PARA ESPAÑA:
 Madrid: Santa Engracia, 22
 Valencia: Jorge Juan, 4
 Sevilla: Jesus del Gran Poder, 44
 Palma de Mallorca: Cordeleria, 67
 S. A. E. GEORGIA-OIL.
 Málaga: (Apartado. 72)

SOLICITAMOS AGENTES ESPECIALIZADOS EN LA VENTA DE LUBRIFICANTES
 TENEMOS TIPOS MONOPOLIO A PRECIO DE TASA

en desuso y olvido el festejo gremial, hasta desaparecer por completo. Este año, sin embargo, la histórica ciudad alemana ha visto reaparecer el popular holgorio con sus danzas, sus cantos y sus estrafalarios atavíos carnavalescos. Parte principal de esta fiesta es la *Danza del aro*, en la que los participantes han de ejecutar sobre una cuba difíciles juglerías y pasos de baile, manteniendo en un aro dos vasos llenos de cerveza, sin que al voltear de dicho aro se vierta una sola gota del líquido.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
 PASEO DE GRACIA. Primer orden.
 200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
 Precios moderados. El más concurrido.

Desde los albores de la Edad Media, introdujo el gremio de toneleros de la ciudad de Nuremberg la costumbre de celebrar la llegada de la primavera con una fiesta característica que desde entonces fué llamada *Büttnerstanz*, ó *Danza de los cuberos*. Al correr del tiempo fué cayendo

ENTREVISTA DE MODAS

HABLANDO CON UNA NOTABLE CREADORA

ESTAMOS en la época de los *records*. Esto es un hecho evidente que quedará de seguro entre los rasgos más característicos de los tiempos actuales. Como en todos los órdenes el *quid*, la nota sobresaliente, consiste en batir el *record*, en llegar el primero, en dar la novedad, en procurar revestir la propia actividad de un sello especial de interés y emoción, la vida periodística no puede escapar a tal peculiaridad moderna, que tanto se aviene con sus eternas exigencias informativas y divulgadoras de cuanto es digno de comentario. Y dentro de la profesión, el cronista ó la cronista de modas ha de extremar su diligente acción para sorprender todo aquello que pueda contribuir á despertar la atención hacia lo que signifique una innovación ó algo que merezca ser considerado de una manera particular por el relieve ó auge que haya conseguido.

Así, la cronista ha creído cumplir un deber de información justo é imparcial al visitar á la distinguida y competente artista de la moda, señora E. Eugenia Acebal G. de la Meana, en su fugaz paso por Madrid. Procedente de París, en donde ha estado varios años al frente de una de las más principales casa de elegancias: la Elyane, la curiosidad y el deseo natural de conocer á la notable creadora nos llevaron á tratar de confesarla en el lujoso hotel en que sólo ha pasado como un meteoro, en virtud de lo rápida que ha sido su estancia en la Corte.

—¿Puede usted decirnos el motivo de su viaje á Madrid?—la preguntamos una vez que con su afable acogida comprendimos que nuestra indiscreción tenía ancho campo en donde expansionarse.

—Vengo, desde luego, á visitar Madrid solamente de paso, y casi he de confesar que por un motivo sentimental. ¡Tengo tanto cariño á esta noble y simpática capital! Después de mis anteriores viajes desde París á España, no podía comprender el *marcharme* de Europa sin dar mi adiós de despedida á esta hermosa ciudad madrileña, á la que conservo tanto afecto.

—Pues, ¿cómo? ¿A dónde piensa dirigirse?

—Voy á América, para donde partiré en muy breve plazo.

—Pero, ¿será una excursión de poco tiempo, verdad?

—No, no lo crea usted. Aunque me gusta mucho la Europa occidental, y, sobre todo, París y Madrid me encantan por el ambiente elegante que distingue á ambas ciudades y el amplio horizonte que ofrecen á las actividades á que me dedico, sin embargo, mi propósito, al dirigirme á la hermosa América, de la que guardo también tan gratos recuerdos, es llevar allí el fruto de una experiencia profesional adquirida durante los varios años de mi permanencia en capital de Francia.

—Entonces, ¿es que piensa usted sentar sus reales en alguna importante ciudad americana?

—En efecto; así lo pienso. Mi ideal es instalarme en La Habana, donde el buen gusto, el refinamiento y la afición á las grandes creaciones suntuosas, es notorio que alcanzan cada día un grado más considerable de esplendor entre las bellísimas y deslumbradoras damas cubanas.

—¿Y no teme que sea aventurado y expuesto emprender la instauración de sus planes en la actualidad, dada la crisis económica que, según dicen, atraviesa en estos instantes la región antillana, en general, y muy especialmente la isla de Cuba?

—No lo crea usted. Aparte de que en eso, como en todo, hay que acordarse del viejo proverbio que reza: «luengas tierras, luengas mentiras», y, por lo tanto, habrá no poca exageración en lo relativo á esa crisis á que usted alude; aparte de eso, tengo la seguridad de que allí existe un medio aristocrático muy predispuesto á la adopción de las predominantes modas parisinas, que espero no tener dificultades de importancia para el triunfo de mis ideales.

—¿Y está usted de acuerdo con alguna firma de La Habana para llevar á cabo sus deseos?

—No; actuaré allí con entera independencia.

—¿Lleva usted consigo ya nuevos modelos, ó solamente nuevas orientaciones artísticas que la permitan salir airosa en la empresa que va á acometer?

—Llevo, sí, bastantes creaciones mías, de las cuales le puedo mostrar algunas.

Y, efectivamente, la notable artista fué mostrándonos numerosas *toilettes*, que pasaron ante

nuestros admirados ojos, dejándonos una impresión polícroma y fantástica parecida á la de los cuentos de hadas. Entre las varias y maravillosas obras de arte que vimos, podemos recordar, en la baraúnda de colores, formas, adornos que nos fascinaron, una *robe de nuit*, verdadero alarde de riqueza y vistosidad de *crêpe satin* negro, con toques de terciopelo rojo y encajes. La confección de este vestido no puede ser más original y elegante. La nota saliente de él es las grandes bandas que, partiendo del lado derecho de un bonito *drapé*, llegan hasta el borde del zapato. El contraste que presenta con el lado izquierdo, que conserva su corta altura corriente, le da un aspecto más interesante todavía.

Otro de los modelos más notables, fué unencillo vestido de mañana, muy de las playas sortefías, de *crêpe georgette*, en azul pavo real *imprimé*, con grandes y pequeños lunares blancos y rojos, con su *manteau* haciendo juego también en *crêpe georgette*, del mismo tono azul.

Nos produjeron, asimismo, sensación una lindísima *toilette* blanca, adornada con minúsculos botoncitos de nácar, formando caprichosísimos dibujos; otra, en rojo laca, combinado con azul marino y perlas de los mismos colores, que ofrecía un efecto maravilloso; otro vestido en gris perla, todo perforado, con un fondo rosa pálido que presentaba una precisa combinación de tonalidades.

A más de estos y de otros vestidos, tanto de día como de noche, que nos cautivaron nuestras miradas y provocaron exclamaciones admirativas constantes entre las varias y distinguidas damas que presenciaban el desfile de tan selecta colección de elegancias, pudimos anotar algunos abrigos de noche y capas de *lamée* de suprema esplendidez y distinción, y que por falta de espacio renunciamos á describir.

Después de tan agradable visita, nos despedimos de la genial artista, señora Acebal G. de la Meana, augurándole grandes éxitos por su talento indiscutible y su espíritu innovador, que tan á la perfección se compagina con las más refinadas exigencias de la estética y del gusto.

FLORINDA

LA FIESTA DE LAS COSTUMBRES REGIONALES EN ATENAS

Como prueba fehaciente del culto que rinde al pasado el pueblo griego, se vienen celebrando periódicamente, en el gran Estadio de Atenas, espléndidas fiestas de carácter popular, en las que se fomenta el espíritu regional en lo que tiene de más característico y pintoresco. Las danzas, los cantos y las costumbres más típicas de las diversas provincias de Grecia son presenciadas invariablemente por una inmensa muchedumbre.

Nuestra fotografía presenta el paso de una comitiva nupcial cretense, de la que forman parte hermosas muchachas luciendo los trajes regionales, en extremo atractivos. Un grupo de ellas conduce en cestas y bolsas los objetos que forman la dote de la novia, y que, según costumbre cretense, son entregadas al prometido en su domicilio, antes de celebrarse la ceremonia matrimonial.



PIDA HOY MISMO

A SU LIBRERO



EL AÑO ARTÍSTICO

DE
JOSE FRANCÉS

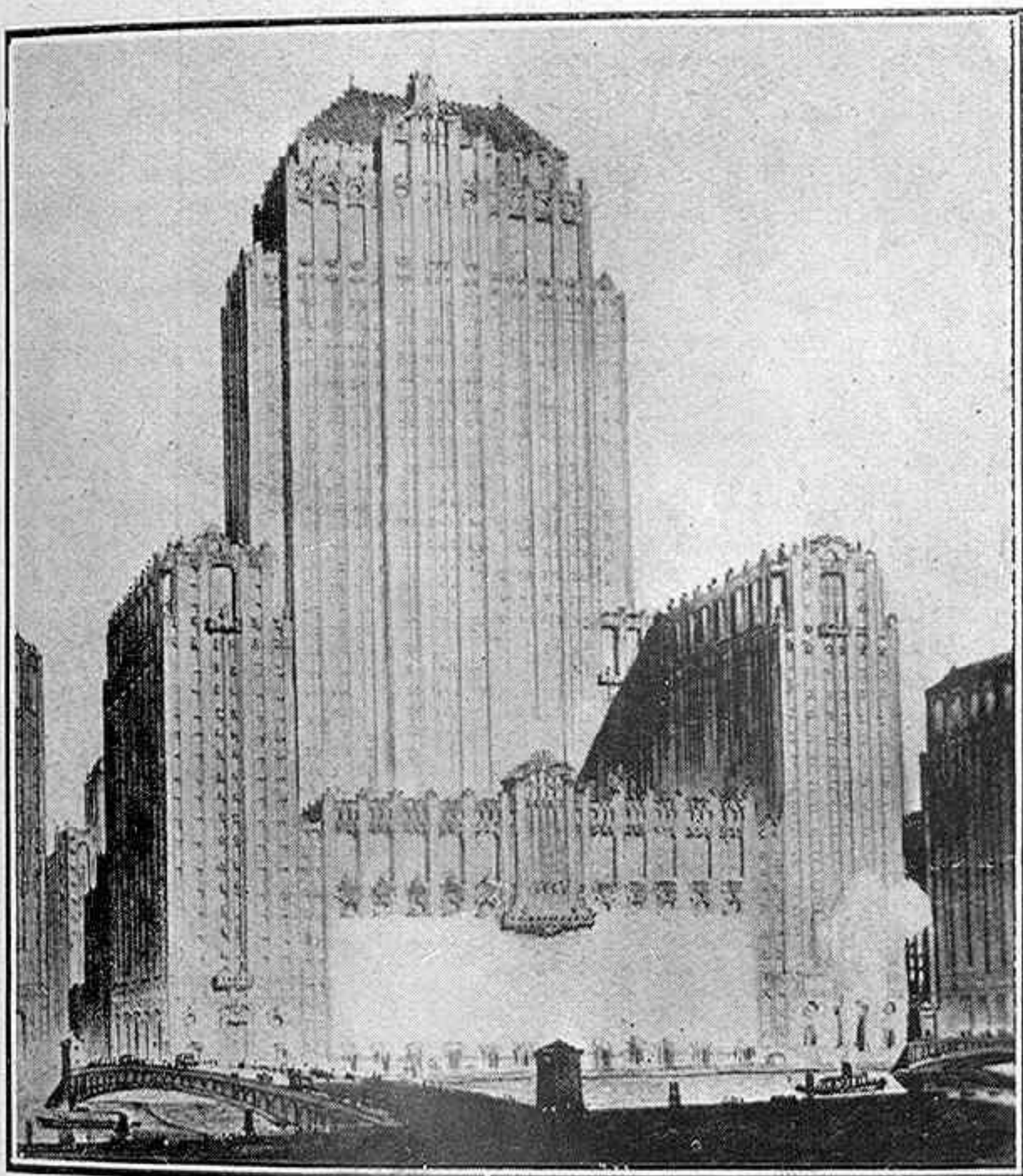
QUE ACABA DE PUBLICARSE

Es una obra excepcional y única en la historia de las Bellas Artes española
UN TOMO DE SETECIENTAS VEINTE PAGINAS CON DOSCIENTAS LAMINAS



REPRODUCIENDO
LO MAS SALIENTE
DE LA VIDA ARTISTICA
ESPAÑOLA
DURANTE LOS
AÑOS ULTIMOS

Un rascacielos con música.



El espíritu eminentemente práctico de los norteamericanos se muestra una vez más en el imponente edificio cuya fotografía encabeza estas líneas, y que en proyecto ha sido aprobado por la «Chicago Civic Opera Company». Quiere ello decir, dada la rapidez de ejecución yanqui, que en breve se enorgullecerá la industriosa ciudad del lago Michigán de poseer no sólo uno de los más altos rascacielos del mundo, sino el primero que servirá simultáneamente de templo á Apolo y Mercurio.

Esta construcción gigantesca tendrá cuarenta y dos pisos, y constará de un cuerpo central, destinado á teatro de Opera, y de otros tres complementarios, en los que serán instaladas oficinas comerciales, con cuya elevada renta se cubrirán los *déficits* que pueda presentar el negocio lírico en las malas temporadas. Comoquiera que el techo del proyectado teatro será móvil, á fin de poder utilizar la vasta sala en el rigor del verano, los vecinos del rascacielos disfrutarán de música gratis en dicha época. El edificio costará veinte millones de dólares.

AVISO IMPORTANTE

Para Escuelas, Ayuntamientos, Diputaciones, Casinos, Sociedades, Oficinas del Estado, etc., etc.
Magnífico retrato en huecograbado de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, tirada especial, y reproducción del publicado en el número 1.791 de NUESTRO MUNDO.
Se halla de venta en la Administración de PRENSA GRAFICA, Hermosilla, 57, Madrid, al precio de 50 céntimos ejemplar, franco de porte.

SKRIP, sucesora de la tinta, hace escribir mejor a todas las plumas y realza la superioridad de la pluma "Lifetime".

El punto blanco que distingue a la "Lifetime".

Obras maestras que el tiempo respeta.

También en plumas existen verdaderas obras maestras. Sheaffer se enorgullece de haber creado la pluma fuente más bella y perfecta que se conoce. Su pluma verde jade no sólo resultó insuperablemente bella, sino que se impuso por la *seguridad* inquebrantable de su estudiada construcción. La pluma «Lifetime», que se distingue por su punto blanco, *cuesta más* pero *vale infinitamente más*. Al comprarla se obtiene bajo firma la garantía de su duración para toda la vida

Los lápices y plumas «Lifetime» de color verde y negro se venden en los mejores establecimientos. Cuide de llenar su pluma con el fluido Skrip infinitamente mejor que la tinta.

Agentes: E. Puigdemolas, S. L., Barcelona.

SHEAFFER'S
PLUMAS-LÁPICES-SKRIP
W. A. SHEAFFER PEN CO., FORT MADISON, IOWA, E.U.A.

AGENCIA GRAFICA

REPORTAJE GRÁFICO
DE
ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase de periódicos y revistas de España y Extranjero

Pida condiciones

AGENCIA GRÁFICA

Apartado 571
MADRID

Lea Ud. todos los miércoles

MUNDO GRAFICO

30 cénts. en toda España

VISITEN EL

OBERLAND BERNES

SUS CUMBRES Y VENTISQUEROS, BARRANCOS Y CATARATAS

VERANEOS EN LAS MONTAÑAS Y EN LOS LAGOS DE THUN Y BRIENZ

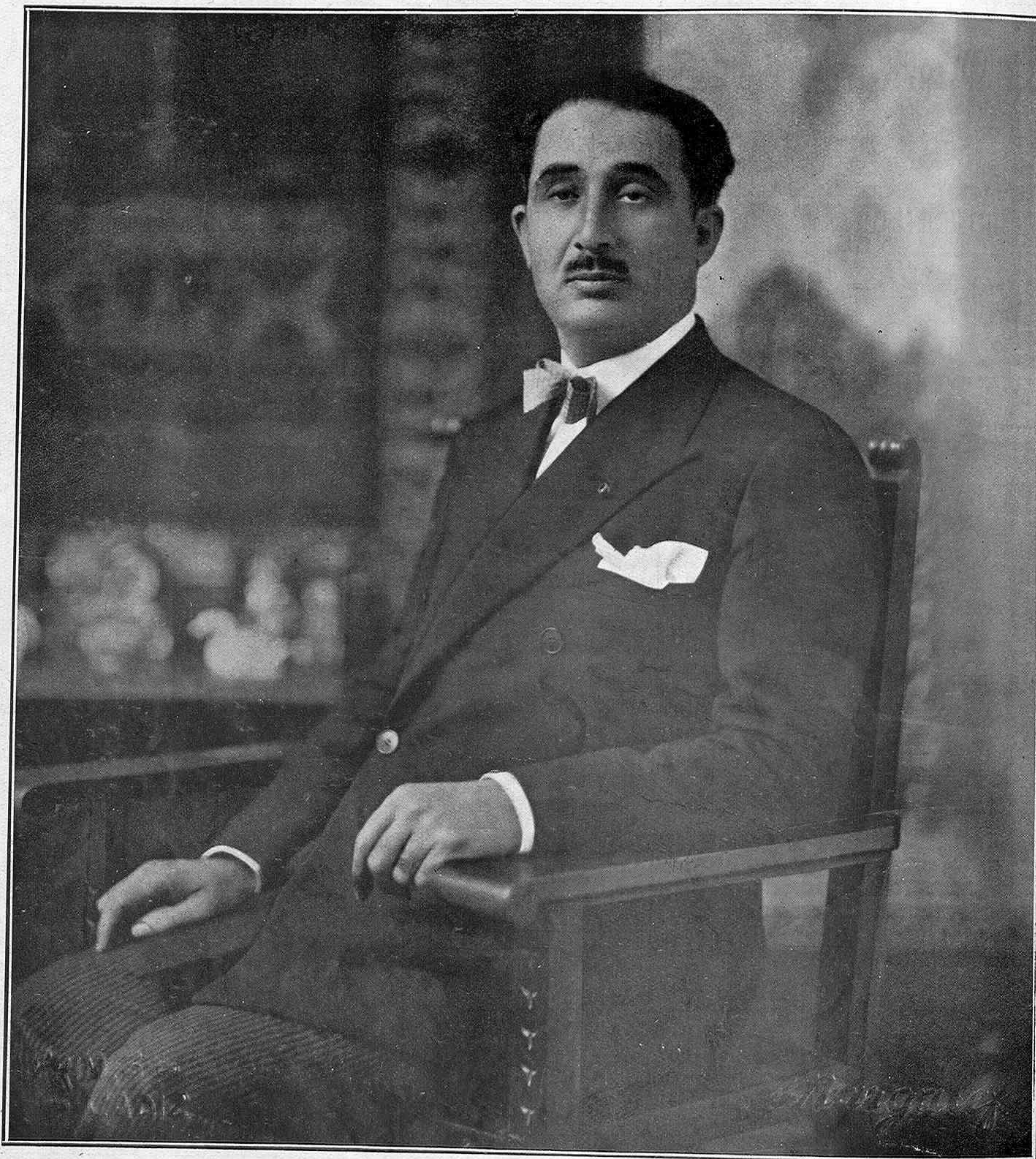
DEPORTE ALPINO, TENNIS, GOLF, DEPORTES ACUÁTICOS

Guías de hoteles, prospectos é informes al

«Verkehrsverein des Berner Oberlands» Interlaken (SUIZA)

y á las Oficinas de Turismo de todos los Balnearios suizos.

LA ADMINISTRACION LOCAL EN LA GUINEA



DON NICOLAS JIMENEZ SANTOS
Primer alcalde de Laka (Fernando Poo)

De entre la gran diversidad de mejoras y reformas implantadas en la Guinea española, nuestra rica colonia, hoy ya en franco y evidente de arrollo, durante la lucida actuación eminentemente colonizadora de su Gobernador, el general Núñez de Prado, se destaca por lo práctico, lo beneficioso y progresivo de sus resultados, el primer ensayo hecho con orientaciones al desenvolvimiento de los centros de población indígena, mediante el régimen europeo de administración local.

Para este ensayo, el general gobernador eligió hace poco más de un año el poblado de Laka, uno de los más importantes de Fernando Poo, habitado por más de mil bubis, casi todos ellos pequeños agricultores, poblado al que dotó de un Consejo de ve-

cinos, como principio y base inicial de lo que un día, seguramente no lejano, una vez alcance un grado mayor de desarrollo el pueblo y la cultura de sus naturales, ha de convertirse en un municipio, pleno de independiente vida administrativa local.

Desde su constitución, al frente de este Consejo de vecinos está el agricultor D. Nicolás Jiménez Santos, jerezano hacendado en la Colonia, quien, habiéndose captado con su activa laboriosidad, su celo y su altruismo hacia el procomún las unánimes simpatías, el respeto y la adhesión de sus regidos, ha logrado hacer, en poco más de un año, del viejo y destartado poblado bubí de Laka, un verdadero modelo de urbanización. Al propio tiempo que al completo saneamiento de la localidad y á su pulcro

aseo y embellecimiento, el vecindario bubí, guiado y estimulado su civismo por el alcalde Sr. Jiménez Santos, ha contribuido voluntariamente á la apertura de espaciosas vías de comunicación vecinal, ha construído un puente de fábrica sobre el río Eolá, y actualmente se trabaja en las edificaciones de la Casa-Ayuntamiento, un dispensario médico y diversas dependencias municipales, pues recientemente establecidos todos estos y otros servicios, ya funcionan como en la más adelantada población europea. Colonos como D. Nicolás Jiménez Santos y pueblos como Laka, hoy rebosante de progresiva prosperidad urbana, honran á la Guinea española, por cuyo florecimiento con tanto éxito labora el general Núñez de Prado.